

dialéctica

■ Nueva época ■ Año 18 ■ Número 27 ■ Primavera de 1995



MÉXICO: LA NACIÓN EN CRISIS

Luis Villoro

CAPITALISMO Y EXPLOTACIÓN

Pablo González Casanova

AMÉRICA LATINA FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

Sergio de la Peña, Sergio Bagú, Adalberto Santana

FILOSOFÍA, TÉCNICA Y MORAL

Adolfo Sánchez Vázquez

MARXISMO ANALÍTICO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

John Holloway, Ruy Mauro Marini,
J. Francisco Álvarez, Gabriel Vargas Lozano

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Samir Amín

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA
POLÍTICA DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

ISSN 0185-7770

15 nuevos pesos



**Universidad
Autónoma
de Puebla**

Rector: Licenciado
José Dóger Corte
Secretario general:
Licenciado Víctor
Espíndola

dialéctica
(nueva época)

Dirección: Gabriel Vargas
Lozano y Roberto
Hernández Oramas

Consejo Editorial: Alfonso
Vélez Pliengo, María Teresa
Colchero, Carlos Figueroa
Ibarra, Lucio Oliver, Mario
Salazar Valiente, ♀ Dora
Kanoussi

**Consejo Asesor y Comité de
Arbitraje Nacional e**

Internacional: Adolfo Sánchez
Vázquez, Pablo González
Casanova, Enrique Semo,
Sergio Bagú, Agustín Cueva, ♀
Angelo Altieri, Sergio de la
Peña, Jaime Labastida,
Georges Labica (Francia),
Iztván Mészáros (Inglaterra),
Luis Villoro, Wenceslao Roces, ♀
Luis Cardoza y Aragón, ♀
Adam Schaff (Polonia),
Giuseppe Vacca (Italia),
Elmar Altvater (Alemania),
Vjekoslav Mikecin (Croacia),
Francisco Fernández Buey
(España), Ruy Mauro Marini
(Brasil), John Holloway
(Inglaterra), Juan Brom

**Consejo de Colaboración
Nacional:** José Dóger Corte,
Severo Martínez Peláez, Carlos
González Durán, Alberto
Saladino, José Luis Balmaceda,
Miguel Concha, Enrique
Dussel, Enrique de la Garza,
Silvia Durán Payán, Francisco
Perús, José Luis González,
Carlos Vilas, Bolívar
Echeverría, Arnoldo Martínez
Verdugo, Raquel Sosa, María
Rosa Palazón, Héctor Díaz
Polanco, Salvador Milán,
Irene Sánchez, Alejandro
Gálvez, Graciela Arroyo
Pichardo, Edith Antal,
Betania Allen, Francisco
Piñón, César Delgado, Estela
Kalloni, Mercedes Durand,
Carmen Lira, Sol Arguedas,
Saúl Ibargoyen, Néstor García
Canclini, Arnaldo Córdoba,
Adolfo Sánchez Reboiledo,
Dimas Lidio Pitty, Javier Mena,
Jorge Turner, Eduardo
Montes, Ilán Semo, Elvira
Concheiro, Gilberto López y
Rivas, Jaime Ornelas, Manuel
Becerra, Felipe Zermeño,
Sonia Gojman, Pablo Maríñez,
Roberto Escudero, Felipe
Campuzano, Raúl Páramo Ortega,
Carmen Galindo, Magdalena
Galindo, Norma de los Ríos

Difusión y administración:
Ernesto Vargas Gil

■ *Dialéctica*, nueva época, año 18,
núm. 27, primavera de 1995
■ Revista trimestral ■ Precio por
ejemplar: 15 nuevos pesos
■ Correspondencia: Maximino Ávila
Camacho, 406 (altos); Centro; 72000
Puebla, Pue.; teléfono y fax (91 22)
42 63 63, ext. 17; o al apartado postal
21-579; México, D.F. ■ Suscripciones
por cuatro números en la República
Mexicana: 75 nuevos pesos / En los
Estados Unidos, Canadá, Centro y
Sudamérica, y Europa: 40 dólares US
■ Tiraje: 2 mil ejemplares

dialéctica

□ Nueva época □ Año 18 □ Número 27 □ Primavera de 1995

■ **Editorial** □ México ante la crisis, 2

■ **Ensayos** □ El triunfo del capitalismo como tópi-
co en la teoría de la explotación, *Pablo González
Casanova*, 3 □ ¿Crisis del Estado-nación mexicano?,
Luis Villoro, 14 □ América Latina frente a la globa-
lización, *Sergio de la Peña*, 24 □ Filosofía, técnica y
moral, *Adolfo Sánchez Vázquez*, 37 □ Dos notas so-
bre el socialismo, *Ruy Mauro Marini*, 54 □ Perspec-
tivas de la historiografía latinoamericana, *Sergio
Bagú*, 79 □ Historia y marxismo abierto, *John Ho-
lloway*, 94 □ Nuevas tendencias del marxismo ana-
lítico, *J. Francisco Álvarez*, 108

■ **Artículos** □ Después de los acuerdos israelí-pa-
lestinos / La nueva cuestión palestina y oriental, *Sa-
mir Amín*, 129 □ Pobreza, desempleo y narcotráfico
en América Latina, *Adalberto Santana*, 134 □ Ilu-
siones y desilusiones de la democracia, *Gabriel
Vargas Lozano*, 142

□ Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán*
□ Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez* □ Producción editorial: *Equi-
po Editor, S.C.*; Ámsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100
México, D.F.; teléfono y fax 211 86 86

MÉXICO ANTE LA CRISIS

Nuestro país se encuentra en medio de una fuerte crisis. Ésta no es nueva y, sin embargo, en los últimos años se ha profundizado en forma extrema. Un país rico en recursos naturales y humanos se encuentra inmerso en conflictos de diverso origen: desde el punto de vista económico, se trata de la quiebra de la estrategia neoliberal, que ha arrojado un saldo de 24 multimillonarios, 40 millones de pobres, un endeudamiento externo de 85 mil millones de dólares (en diciembre de 1994), más los que se agreguen por el préstamo prometido de 50 579 millones, así como una crisis agrícola e industrial. Desde la perspectiva política, la ansiada democracia no acaba de convertirse en realidad: permanecen los conflictos poselectorales; se mantiene el conflicto armado, a pesar del clamor popular por una solución negociada para el problema chiapaneco, pues existen sectores dentro del Estado que desean mantener el atraso político para no perder sus privilegios. Finalmente, desde el punto de vista social, hay inquietud, descontento e incertidumbre por el futuro.

Los conflictos de la nación se han vuelto sumamente preocupantes, aunque las soluciones están en la mente de muchos ciudadanos: un cambio de la política neoliberal, para reactivar el desarrollo y para que exista, al menos, una mejor distribución de la riqueza; una auténtica democracia política que implique pluralismo y tolerancia, y no sólo un cambio de guardia de la oligarquía; un aparato judicial autónomo y digno; una nueva cultura política; una nueva conformación jurídica de la nación que otorgue un lugar justo a los pueblos indígenas; una estrategia a largo plazo que los ciudadanos puedan sentir como suya. En suma, una sociedad más justa y democrática.

G.V.L.
Febrero de 1995

EL TRIUNFO DEL CAPITALISMO COMO TÓPICO EN LA TEORÍA DE LA EXPLOTACIÓN¹

pablo gonzález casanova

Sorprende ver cómo la relación social de explotación es ineludible para comprender la evolución de la sociedad moderna. Pero para eso se necesita analizarla tomando en cuenta tres tipos de leyes —causales, factoriales y de información— y su comportamiento dentro de un sistema a la vez abierto y complejo.

Ley causal

La fórmula clásica de la teoría de la explotación (*p/v*) planteaba una dialéctica feroz: la del amo y el esclavo, en la que el trabajador sólo recibía lo necesario para sobrevivir y reproducirse. Se parecía a la del siervo que dedicaba parte del tiempo a trabajar para sí y el resto para el señor. Se distinguía porque no sólo podía medirse en tiempo sino en dinero. Quien la analizara con minuciosidad advertía en ella otra diferencia: la tecnológica de un Shylock productor y comerciante que había empezado a usar la ciencia para acumular y producir; o la de una nueva religión, más que protestante, hecha de hipótesis y de Newton. Para el

Pablo González Casanova. Sociólogo. Exrector de la UNAM. Actualmente director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM, doctorado Honoris Causa por la BUAP y miembro del Consejo Editorial de Dialéctica.

“simple”, lo significativo de la fórmula era que expresaba una relación social en la que el amo, el señor o el burgués se quedaba con lo que producía el trabajador. Mientras aquél existiera, se beneficiaría de lo que éste produjera como esclavo, siervo o asalariado. En su uso político, radical y sencillo, así se interpretó, o así se hablaba de la relación aun sin referencia a la fórmula. La conclusión era clara: como ni

¹ Ponencia presentada en el XII Congreso Mundial de Sociología, 21 de julio de 1994.

el amo, ni el señor, ni el burgués, eran productores, de hecho sólo eran explotadores. Para liberarse de ellos lo único que había era romper la relación de explotación.

Marx encontró en la *razón matemática* la fórmula para expresar esa relación. Con ella también buscó medir la tasa de explotación. Pero, aun sin medirla, la expresión matemática de la relación de explotación expresa la causa de la pobreza de uno de los términos y de la riqueza de otro, en tanto el excedente, o valor neto producido, es aprovechado por el propietario, mientras el trabajador sólo recibe lo indispensable para vivir y reproducirse. Es más, la relación puede medir qué tanto explota un término al otro, cálculo tan importante como el que hace el propietario de las utilidades que recibe, y al que el propio Marx dedicó muchos esfuerzos. Numerosos son quienes después de él se han propuesto aclararlo. Se le conoce como “el problema de la transformación”.² Aquí nos interesa considerar sólo hasta qué punto la relación de explotación es una *ley causal* en el sentido de que *el efecto pobreza* no se explica sin la existencia de esa relación. Para tal fin parece necesario dar un segundo paso, que consiste en añadir las *determinaciones factoriales* de la explotación.

Leyes factoriales

Originalmente, los factores que determinan la explotación son el tiempo de trabajo, la intensidad del trabajo y la remuneración del trabajador. Esos factores se enriquecieron en la edad moderna con otros insólitos, como la tecnología científica, la mejor organización de las empresas y la transferencia de excedentes en novedosos comportamientos de racionalidad o funcionalidad, mucho mayores que los de cualquier sistema anterior al capitalismo. Las relaciones funcionales fueron consideradas en sus efectos probables o esperados más favorables, y se les aprovechó en lo que se llamarían variables contextuales —como las de Londres y Dublín— o variables antecedentes, como las de Bacon y la “decadencia española”, o variables intervinientes, como la propia tecnología científica y las transferencias de un nuevo

² Véanse, por ejemplo, Morishima y Catephores, 1990, cap. II.

colonialismo para el “libre comercio”, que contribuyera “necesariamente” (“*necessarily*”), como había sostenido Adam Smith de manera seminal, “a aumentar la tasa de utilidades” (“*to keep up the rate of profit*”).³ De tan vasta revolución, única en la historia de la humanidad, surgió el descubrimiento de otros dos tipos de leyes; primero destacaron las *leyes de probabilidad* y poco después las llamadas *de información*, que se empalmarían con un conocimiento científico más, entonces incipiente, de utilización o “construcción” de organizaciones y estructuras funcionales.

La lectura *política* de los factores de la empresa capitalista por los revolucionarios pasaría, de dar un peso exclusivo a la explotación de clase, a privilegiar, entre los factores, el de la explotación de las colonias, sin que dejaran de existir quienes incluyeran también la de los campesinos por “los burgueses” y las “ciudades”. Muchos revolucionarios menospreciaron, desde entonces, el enorme peso de la tecnología científica y de la racionalidad científico-hipotética emergente, que se combinaban con la gran cultura del poder expresada por Hobbes en *El Leviatán* y por el propio Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. Como el peso de cada factor siempre resultó dudoso en cuanto a exactitud y rigor, los apologistas del sistema, por su parte, otorgaron principal importancia —sobre todo como publicistas— a la tecnología, la organización, la moral puritana y la ciencia inglesa, o a algunas de sus variantes en el continente y en los Estados Unidos de América, o, años más tarde, en Japón.

A la subestimación de la tecnología-ciencia en el incremento del excedente y en el nuevo desarrollo histórico, la lectura política revolucionaria añadió con frecuencia el menosprecio de la nueva organización empresarial y del uso de ingenieros y otros técnicos. No percibió que el nuevo propietario de los medios de producción cambiaba estructuralmente, a nivel *macro*, los términos de *la relación con sus trabajadores* y contribuía así a la creación del excedente como un protagonista distinto al esclavista ateniense, al *civis romanus* o al barón normando, aunque algunos de éstos y sus sucesores también hubiesen contribuido al cambio en el orden de las ideas abstractas que desde Atenas y Roma forjaron las bases de la futura *racionalidad instrumental* u “occidental”.



³ Citado por K.R. Popper, 1962, vol. II, p. 187.

Nunca en la historia anterior la tecnología, la organización y la *racionalidad instrumental* habían contribuido tanto y para tantos a la ampliación del excedente. Explicar el nuevo desarrollo de los países industrializados sólo por la creación de valor de los trabajadores manuales y su explotación, o por la de los países y trabajadores coloniales, resultaba la mejor forma de no entender lo que estaba pasando y lo que iba a pasar. La incompreensión del proceso histórico se acentuaría con "la negación del otro" como parte de una dialéctica compleja, estructurada, organizada con posibilidades de transformar a su vez el sistema social. Una definición "esencialista" del capitalismo llevó a no percibir los cambios probables y teleológico-prácticos —"orientados a objetivos"— por los que la clase dominante redefiniría muchas de las estructuras y procesos.

El problema no fue sólo de errores y aciertos. Fue de luchas y condiciones de las luchas. Los revolucionarios no tenían la menor posibilidad de impedir la "reestructuración" de la dialéctica original ni la de dar batallas con absoluta seguridad de ganarlas. La reestructuración, natural o inducida del sistema, los debilitó en ciertos espacios y tiempos. Alteró el espacio y el tiempo histórico que ellos esperaban serían más o menos lineales, con crisis periódicas crecientes. Quienes quisieron ir a la raíz del problema y destruir la relación *p/v* no lo lograron. Esa relación, no sólo se mantuvo firme, sino que se reestructuró y se volvió más compleja, esto es, más organizada y estructurada. Así ocurrió en sucesivos embates y en los periodos menos críticos para el sistema: *p/v* logró consolidarse y extenderse hasta dominar el conjunto del sistema y su entorno. Para ese fin, el manejo y conocimiento de las leyes factoriales y de probabilidad fueron básicos.

El hecho es que, de una dialéctica de relaciones subdeterminadas de explotación, se pasó a otra en que la *dialéctica de la "razón"* (*p/v*) pareció desvanecerse, para ser sustituida por la *dialéctica de los factores* de la producción. Jean Piaget, en un mundo epistemológico distante y distinto, expresó la lógica de la "dialéctica suma-cero",⁴ que hace pocos años aplicó a los Estados Unidos Lester C. Thurow, en su obra *The Zero-Sum Society/ Distribution and the Possibilities of Economic Change*.⁵ El cambio de dialéctica en el neocapitalismo fue visceral para muchos trabajadores: de percibir las

⁴ La dialéctica de Piaget fue mucho más que una "dialéctica suma-cero". Comprendió la construcción de una nueva totalidad por los subsistemas que la integran. De hecho, Piaget es uno de los precursores de lo que hemos llamado la dialéctica compleja, que él aplicó sobre todo al estudio de la psicología y la epistemología. Para la dialéctica "suma-cero", ver, sobre todo, el capítulo II, en Jean Piaget, 1980.

⁵ Lester C. Thurow, 1980.

relaciones sociales de explotación, gran cantidad de ellos pasó a reparar, sobre todo, en el reparto de *la cosa*, del producto. Y aun esa dialéctica se perfeccionó con las de estratificación y movilidad sociales, que acentuaron las infinitas diferencias de *status* y las combinaron en algunas regiones con las que venían de tiempo atrás: de etnias y sectas. Así se rompieron muchos intereses materiales comunes a los trabajadores, se rompieron como proceso natural y político, micro y macrosociales.

Leyes de información y sistemas complejos

La construcción-concepción de los procesos históricos de alternativa *dentro del capitalismo*, y para su fortalecimiento, empezó con el manejo de esa nueva dialéctica, que se entiende mejor cuando al análisis de factores y leyes de probabilidad se añaden el análisis de creación de estructuras, organizaciones y sistemas, y el de las leyes teleológicas o de información. La combinación de acciones y conocimientos llevó, del manejo de las variables independientes, intervinientes y contextuales, con sus leyes de asociación y tendencia, a la *organización de textos y contextos*. Así aparecieron nuevas dialécticas y contradicciones, nuevos desequilibrios, injusticias y luchas que generaron el triunfo del capitalismo, hasta el día de hoy.

Las reestructuraciones de la sociedad se aceleraron a fines del siglo XIX, se fortalecieron entre la tercera y la cuarta décadas del XX, tras la segunda posguerra, y desde la década de los ochenta de este siglo. De una política de reestructuración de fábricas, instituciones, empresas y ritmos de trabajo, se pasó también a una política de reestructuración de macroestructuras y de macroorganizaciones, y de éstas a otra de subsistemas, sistemas y contextos, y hasta a la reestructuración del sistema en su conjunto, del *macrosistema*. Esa historia, más que secular, derivó en el *sistema global* hoy dominante, producto del rico haz de tendencias naturales y de "construcciones dirigidas a metas".

De la dialéctica de las macroestructuras, y de la regulación de tendencias —como en las políticas anticíclicas—, se pasó a



la dialéctica de *megaestructuración de subsistemas* dentro del sistema capitalista y de reestructuración de lo que se consideró *el contexto* del mismo, de lo que se pueda llamar cabalmente una *dialéctica compleja*. Esta última se basa en parte en la modernización funcional de sistemas complejos, tema sobre el cual existe una vasta literatura.⁶

La linealidad histórica adversa quedó sujeta; no sólo se cambió con variables intervinientes o seleccionado aquellos subconjuntos de un universo heterogéneo en que predominan las variables contextuales favorables, sino que también se cambiaron las variables contextuales, esto es, el piso o escenario de las acciones —por ejemplo, se le quitó el agua al pez—, y se organizaron los subconjuntos “contextuales” o del “sistema”, de acuerdo con objetivos cuya posibilidad de logro (“*achievement*”) aumenta conforme disminuye el azar mediante la información y el uso de técnicas adecuadas para lograr la información y para transmitirla.

Los ingenieros con información y los maquineros con computadoras aprendieron a respetar las tendencias del sistema y a utilizar las más adecuadas. Construyeron sistemas con subsistemas *relativamente autónomos* y distribuyeron las *razones y proporciones* de la explotación y la “cosa” en formas óptimas para la rentabilidad y para la “seguridad” del respectivo subsistema, o del conjunto de subsistemas dominantes, hoy llamado “globalidad”. El proceso se dio en términos de micro y macrodecisiones. En su construcción operaron las *tendencias naturales*, pero también se crearon estructuras artificiales “internas”, “internacionales” y “transnacionales”.⁷ Muchas estructuras se “construían” en forma deliberadamente funcional como consenso o como conflicto, con técnicas que pueden estudiarse en los modelos políticos de consenso y en los “escenarios” de la guerra. La investigación “aplicada” no se construyó a estudios “sistémicos” o de modelización matemática. También recurrió a la cultura conservadora que, desde Edmund Burke hasta Raymond Aaron, cuenta con grandes maestros.

A partir de 1968, los artífices del *asalto a la tierra* se prepararon con seriedad y tiempo: hoy se les conoce como neoconservadores, aunque ellos muchas veces prefieren llamarse neoliberales.⁸

En el largo tiempo del capitalismo, las fuerzas triunfantes perfeccionaron sus mediaciones. Lo hicieron desde *el mercado como poder*, en la época clásica, hasta la estratificación, la movilidad y la seguridad social, en el “Estado benefactor” (“*Welfare State*”). Fueron más allá. Hoy, con el “Estado neoliberal” y su red global de dominación, sustituyen las mediaciones más costosas con las de *inversiones focalizadas*, con las de la *sociedad informal* y sus “burgueses en harapos”, con medidas que disminuyen el gasto público y social sin que se den resistencias temibles (lo que a corto plazo parece confirmarse). Además, combinan las mediaciones y manipulaciones de la *enajenación*, la *cosificación* y la *cultura de masas* con otras de *fragmentación* ideológica o cultural antiguas, modernas y posmodernas, de grupúsculos variados que se enfrentan entre sí en micronacionalismos autodestructivos, en “sectas”, “etnias”, “pobres” que roban a “pobres”, anímicos en estado de desnutrición extrema. Las fuerzas triunfantes no planearon como artífices la creación de esos fenómenos; muchos corresponden a efectos no deseados; incluso hay quienes tratan de resolver algunos de los más graves. Pero también hay quienes los utilizan racionalmente con clásicas técnicas de dominación, mientras aumentan en forma deliberada las *transferencias* de los países periféricos a los centrales y de los trabajadores asalariados, en cada país, a quienes viven de “intereses” y “utilidades”. En el triunfo, los vencedores han recuperado parte de las riquezas y propiedades de que los habían privado las políticas neokeynesianas, populistas y comunistas. Aquí ponemos el acento en el triunfo de quienes ganaron, no en la derrota de quienes perdieron. Las contradicciones de éstos son inmensas. Entre todos —como actores o “clases”— redefinieron la dialéctica o las dialécticas del mundo.

Al empezar los años noventa, el triunfo mundial del capitalismo como *sistema abierto* es un hecho incontrovertible. Lo es en el sentido riguroso de la expresión. Los grandes políticos del sistema triunfante, sus técnicos e ingenieros están conscientes del triunfo. También del carácter abierto del sistema, de la complejidad sensata del sistema y de los efectos dañinos con que afecta, sobre todo, a su *entorno*, a los cuales muchos consideran *externalidades* inevitables.



⁶ Para una primera formalización de la explotación en un sistema complejo, véase Pablo González Casanova, 1969, pp. 83-162.

⁷ Véanse Jean Piaget y R. García, para el concepto general de lo “intra”, “inter” y “trans”, pp. 250-252.

⁸ Sidney Rosenthal, 1986.

Cualquier sistema abierto se nutre de energía y materia, y expelle sus desechos en un contexto o entorno que en el caso del sistema capitalista dominante y global es tan necesario para su sobrevivencia como las estructuras complejas e inteligentes que lo integran, capaces de autorreestructurarse.

Los apologistas del capitalismo triunfante se ocultan y ocultan las desventuras que significan su éxito. En su concepción, expresión y propuestas sostienen que el capitalismo se reduce al *subsistema triunfante y dominante*, mientras afirman que los “perdedores” tomaron una ruta falsa que no les permitió el triunfo. Algunos proponen para los perdedores *políticas de alternativa* que no tienen ni la menor posibilidad de resolver los problemas de miseria, extrema miseria y represión en que se debaten.

La verdad científica, rigurosa y exacta, de acuerdo con la teoría de sistemas y con la de la explotación, es que, mientras en la base de todo el sistema mundial se encuentre la *ley causal de la explotación*, característica del sistema capitalista, no existe ni la menor probabilidad de resolver los problemas de la inmensa mayoría de la humanidad.

La notable racionalidad del triunfo del capitalismo ha provocado una gran irracionalidad en el uso de los recursos naturales, del excedente especulativo, de las inversiones, gastos y acciones militares, de la sociedad de consumo; y de la “buena vida” con el narcotráfico como un “gran negocio”; ha acentuado las características biológicas de la historia humana y ha hecho practicable la posibilidad de la desaparición de la especie en medio de categorías que usan los biólogos, bajo el concepto de “depredación”, de “parasitismo” y “colonialidad”. El uso riguroso de estas categorías parece imponerse para el estudio de la actual etapa de la vida humana.

En tan indeseables y mortificantes fenómenos se prueba, con plenitud, que la relación causal de la explotación sigue determinando, entre variadas mediaciones, muchos fenómenos de un sistema social abierto y complejo particularmente injusto, que incluso amenaza la desaparición del ecosistema. A algunos, este hecho les parece exagerado y hasta sin base. Para ellos nada tiene que ver el capitalismo ideal con el capitalismo realmente existente. No quieren ver en el efecto la causa. La verdad es que la inmensa mayoría de

la humanidad produce más de lo que consume, porque una minoría conserva muchísimo más de lo que produce. Según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, la quinta parte de la humanidad recibe las cuatro quintas partes del producto mundial, mientras cuatro quintas partes de los seres humanos sólo reciben una quinta parte del producto.⁹ Eso no es un *milagro económico* o un *milagro tecnológico*, ni una *fatalidad natural*. El sistema, como afirma con razón Immanuel Wallerstein, es “una aberración moral”, es “un sistema” —escribe el gran historiador— “en que los beneficios de unos cuantos se han igualado con *la mayor explotación de la mayoría que ha existido en cualquier sistema anterior*” (subrayado nuestro).¹⁰ Pero ni ésas ni un enorme cúmulo de evidencias y reflexiones más alteran el firme ánimo de negar el triunfo del capitalismo realmente existente.

En cualquier caso, tal vez para cambiar su existencia valga la pena conocerla, y a eso ayudan también quienes, lejos de una teoría de la explotación, la redefinen con base en evidencias empíricas que ni ocultan ni se ocultan. Es el caso de Alan B. Durning, del Worldwatch Institute, de Washington, quien describe lo que él llama “la trampa de la pobreza”. “Los pobres del mundo —escribe Durning— están atrapados por fuerzas que operan a nivel local, nacional y global, y que se combinan en una trampa de tres hileras. A nivel local, las fuerzas incluyen modelos muy desiguales de acceso a la tierra y otros recursos, debilidad física y alta susceptibilidad a las enfermedades, al crecimiento de la población, al desamparo frente a instituciones corrompidas. Esas fuerzas son reforzadas a nivel nacional por innumerables políticas —desde la legislación fiscal hasta la estructura de las inversiones para el desarrollo— que desatienden a los pobres, e incluso los discriminan. Y a nivel global, a los pobres se les deja donde están por una combinación devastadora de la carga de la deuda, de las tasas de altos intereses, de los precios de exportación a la baja y de una creciente descapitalización”.¹¹ La descripción de Durning es incompleta en relación con los datos que sobre la explotación él mismo aporta.



⁹ United Nations Development Program.

¹⁰ Immanuel Wallerstein, 1980, p. 180.

¹¹ Alan B. Durning, 1989.

La pobreza del mundo actual es efecto de la relación de explotación que opera de manera muy efectiva. El desarrollo tecnológico es capaz de resolver los problemas de la pobreza, lo cual no ocurre, precisamente por la relación de explotación y por el predominio de la *razón lucrativa*. La ley sigue operando en medio de sus transformaciones y reestructuraciones.

En algunos subconjuntos del sistema, la ley opera en su formulación original; en otros, con factores que alteran parte de su comportamiento y de sus efectos en la tasa de explotación, así como en el monto y distribución del producto o excedente para cada término de la relación.

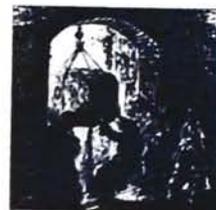
La ley opera en todo el sistema todo el tiempo, aunque con variantes en espacios desarrollados y deprimidos, y en periodos de auge y depresión. El fenómeno global o mundial se manifiesta, tanto en el desempleo, como en la "exclusión", "marginación" o "pobreza". Todos ellos son efecto de las estructuraciones del desarrollo tecnológico y de las inversiones y gastos, precisamente en función de la *razón lucrativa*.

Desempleo y pobreza, con alto desarrollo tecnológico e instrumental, confirman, a su vez, que la contradicción entre las "fuerzas productivas" y las "relaciones de producción" es también *efecto* de la ley causal de explotación. Como desempleo tecnológico, tiende a aumentar en forma desequilibradamente global.

A los distintos *efectos* de la ley causal de explotación y de la *razón lucrativa* se añaden, cada vez más, la explotación irracional de la naturaleza y la amenaza a la sobrevivencia de la especie como problemas prácticos insolubles mientras exista el capitalismo. Considerar esta conclusión como hipótesis y realizar una investigación empírica, histórica y sistémica que la precise pueden contribuir a aumentar el conocimiento para la construcción de un mundo viable.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ¹ Morishima, M., y C. Catephores, *Value, Exploitation and Growth*, McGraw-Hill, Nueva York, 1990.
- ² Popper, K.R., *The Open Society and its Enemies*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1947, vol. II., p. 187.
- ³ Piaget, Jean, *Les formes élémentaires de la dialectique*, Gallimard, Paris, 1980.
- ⁴ Thurow, Lester C., *The Zero-Sum Society / Distribution and the Possibilities of Economic Change*, Penguin Books, Nueva York, 1981.
- ⁵ González Casanova, Pablo, *Sociología de la explotación*, Siglo XXI Editores, México, 1987 (1969).
- ⁶ Piaget, Jean, y Rolando García, *Psicogénesis e historia de la ciencia*, Siglo XXI Editores, México, 1989 (1982).
- ⁷ Rosenthal, Sidney, *The Rise of the Counter-Establishment / From Conservative Ideology to Political Power*, Times, Nueva York, 1986.
- ⁸ Wallerstein, Immanuel, "The Future of the World Economy", en Trence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, editores, *Processes of the World System*, Sage, Londres, 1980.
- ⁹ United Nations Development Program, *Human Development Report 1992*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.
- ¹⁰ Durning, Alan B., *Poverty and the Environment / Reversing the Downward Spiral*, Worldwatch Paper, núm. 92, Worldwatch Institute, Washington, 1989.



Dissent

MICHAEL LIND
The Death of Intellectual Conservatism

KATHRYN ABRAMS
**Sexual Harassment
and the 'Reasonable Woman'**

RICHARD RORTY
Campaigns and Movements

THOMAS E. WEISSKOPF
Why No Market Socialism

WILL KYMLICKA
Misunderstanding Nationalism

DAVID BRADLEY
Ironies of Henry Louis Gates

CLAUS OFFE
Divorcing Work and Income

KATHRYN ABRAMS
Welfare State, Fare Thee Well?

SUSANNAH HESCHEL
Feminists in Cairo

GEORGE PACKER
Why we are in Haiti

ARGUMENTS

David Bromwich against "Culturalism", with replies
by Charles Taylor and Michael Walzer

and
Nicolaus Mills and Sean Wilentz
on the baseball strike

Dissent ■ 521 Fifth Avenue, New York, NY 10017
■ Subscription: US \$22/year ■ Single copy: US \$7.50

¿CRISIS DEL ESTADO-NACION MEXICANO?

Luis Villoro

Una nación es un proyecto compartido. Como todo proyecto, implica la elección de valores comunes; no son siempre conscientes, pero permanecen como supuestos de la asociación. Los valores comunes elegidos pueden entrar en conflicto con otros de un sector de la sociedad. Entonces el proyecto de nación choca con la realidad y se genera un conflicto. Ha sido la historia del México independiente. En muchos momentos, el conflicto entre el proyecto de nación y la realidad social se ha hecho patente. Quizás vivamos hoy uno de esos momentos.

El Estado-nación, tal como lo conocemos, es un invento moderno. Antes de las revoluciones liberales del siglo XVIII, *nación* se aplicaba a una comunidad de cultura, consciente de sí misma, con una unidad histórica y territorial. España, por ejemplo, era un conjunto de *naciones* unidas por su vasallaje al mismo rey; en México se hablaba comúnmente de la *nación tlaxcalteca*, la *otomí* o la *tarasca*. Las revoluciones de fines del siglo XVIII y principios del XIX dan lugar a una nueva idea: el *Estado-nación*. El Estado-nación es concebido como una asociación de individuos que se unen libremente por contrato. La sociedad no es vista ya como la compleja red de

grupos disímboles, asociaciones, culturas diversas, estamentos, que han ido desarrollándose a lo largo de la historia, sino como una suma de individuos que acuerdan hacer suya una voluntad general. Sólo así se pasará de una asociación impuesta por la necesidad histórica a una asociación basada en la libertad de los asociados. La expresión de la voluntad general es la ley que rige a todos. Nadie tiene derecho a ser diferente. El nuevo Estado establece la homogeneidad en una sociedad heterogénea.

Luis Villoro. Filósofo. Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Premio Nacional de Filosofía, Historia y Ciencias Sociales. Miembro del Consejo Editorial de *Dialéctica*. Uno de sus más recientes libros es *El pensamiento moderno*.

Descansa, en efecto, en dos principios: está conformado por individuos iguales entre sí, sometidos a una regulación homogénea. El Estado-nación, consagrado por las revoluciones modernas, no reconoce comunidades históricas previamente existentes; parte desde cero, del "estado de naturaleza", y constituye una nueva realidad política. El pacto federal entre los estados de Nueva Inglaterra *constituye* la nación estadounidense. En Francia, el nuevo concepto de *nación* se utiliza por primera vez en la Fiesta de la Federación, de 1791, en la que los representantes de todas las provincias formalizan el *contrato social*, que habría de convertirlas en una sola patria unificada. En América Latina, los congresos de Chilpancingo y de Angostura proclaman el nacimiento de nuevos *Estados nacionales*, que libremente se constituyen a partir de un acto voluntario. En realidad, es un grupo criollo de ideas ilustradas el que pretende construir una patria imponiendo un diseño legislativo a una enorme diversidad de pueblos y regiones.

Si el Estado-nación moderno no se funda en la sociedad histórica que precede a su pacto constitutivo, ¿en qué se funda entonces? En una voluntad común. Para ello los pactantes tienen que concordar en un núcleo de valores que todos aceptan por igual. Pero, de hecho, todos los pactantes tienen intereses particulares distintos. ¿Cuál puede ser ese núcleo común que todos podrían hacer suyo? En un convenio libremente pactado por todas las partes, éstas pueden diferir en muchos puntos, pero deben necesariamente coincidir en uno: en las condiciones necesarias para que se dé un convenio libre. Para llegar a un acuerdo, todos deben respetar la vida de los otros, aceptar que puedan ejercer su libertad según sus propios fines y valores, en igualdad con todos los demás. Libertad, igualdad, respeto a los fines y valores de cada persona son requisitos, no consecuencias, del pacto que constituye la asociación, si ésta ha de ser racional y libre. Constituyen así un núcleo común de valores que estaría *vedado* a la divergencia.

Ese núcleo común se expresa, legalmente, en lo que llamamos *derechos humanos*. Los nuevos estados-nación implican la aceptación de los derechos humanos como condición misma de su constitución como estados. Los



miembros de la asociación pueden diferir en sus fines e intereses particulares, pero no en esos *derechos*. Si lo hicieran, rechazarían las condiciones mismas que hacen posible la asociación y se saldrían de ella.

En realidad, los llamados *derechos humanos* sólo son derechos que obligan cuando forman parte de la ley promulgada por el Estado ya constituido, porque sólo tiene sentido hablar de *derecho* cuando existe un legislador. Sin embargo, ocupan un lugar especial frente a los demás derechos: expresan condiciones de la constitución del Estado, por lo tanto, de toda legislación. En ese sentido, deben expresar atributos de la condición humana, que no derivan del pacto político, sino que le son anteriores. Podremos decir que los *derechos humanos* son el reconocimiento por el Estado de necesidades y valores del hombre que permiten su constitución. Los valores de la libertad, igualdad, la capacidad de regir su vida conforme a sus propios fines, serían *razones* que justifican la promulgación de *derechos* por el Estado.

La idea del Estado-nación moderno difiere considerablemente de la antigua idea de *nación*. Toda asociación supone la adhesión a ciertos valores comunes, pero en las asociaciones antiguas esos valores corresponden a las creencias básicas de una cultura y son transmitidos por la tradición; en el Estado-nación moderno, son características universales, inherentes a la persona como agente autónomo, aceptadas libremente al constituirse el Estado. Las naciones antiguas eran resultado de un lento desarrollo histórico; las modernas, de un proyecto voluntario. Aquéllas se formaban y crecían espontáneamente, al modo de un árbol; éstas se constituyen, como un artefacto.

El Estado-nación moderno impone un orden homogéneo sobre la compleja diversidad de las sociedades que lo componen. En la heterogeneidad de la sociedad real, debe establecer la uniformidad de una legislación general, de una administración central y de un poder único, que consideran a la sociedad formada por ciudadanos iguales entre sí. De ahí que el Estado debe borrar la heterogeneidad de las sociedades sobre las que se impone y construir sobre ellas un orden homogéneo. Su construcción es un proceso lento, puede durar mucho tiempo. Fue el caso del Estado-nación

mexicano. Toda nuestra historia, desde la Independencia, puede verse como una lucha por construir una nación moderna.

El siglo XIX se ve desgarrado por la empresa del grupo liberal de imponer a una sociedad dividida en *cuerpos*, en comunidades diversas, en regiones y poderes locales, la concepción racional de un Estado homogéneo. Su proyecto es la unificación bajo un orden racional de una sociedad irracional. La construcción de esa nación moderna es, en realidad, el programa de un grupo criollo y mestizo que se hace pasar por proyecto de todo el país.

El proyecto liberal empieza a realizarse con la república restaurada. Es la primera expresión cabal de un programa de modernización del país. Comprende, en lo jurídico, la vigencia de un Estado de derecho bajo una ley uniforme; en lo social, la homogeneidad de todos los ciudadanos frente al Estado; en lo político, la democracia representativa; en lo económico, el desarrollo capitalista. Su ideal es el de una patria unida de ciudadanos iguales ante la ley. Por eso, la república liberal termina con los *cuerpos* constituidos, pero también asesta golpes mortales a las comunidades indígenas y a su propiedad comunal. Con todo, la resistencia de la sociedad real a la implantación del modelo racionalizador es grande. Como ha mostrado Francisco Xavier Guerra, el porfiriato puede verse como un compromiso del proyecto liberal uniformizador con las sociedades tradicionales.

En la revolución de 1910, sobre la corriente agrarista y popular, de la que hablaré en seguida, triunfa de nuevo el proyecto modernizador. Una vez más, se trata de imponer a la sociedad real la idea de un Estado-nación concebido como una unidad homogénea. Manuel Gamio fue el que mejor sintetizó ese proyecto. La sociedad mexicana, pensaba, está escindida entre culturas y formas de vida distintas. La patria, en cambio, es algo que hay que construir, que "forjar" (*Forjando patria* se llama su libro principal). El fin de la política posrevolucionaria es justamente el de crear una patria integrada en una unidad, sobre el modelo de una nación que se quiere *moderna*. ¿No es éste aún el proyecto que, matiz más, matiz menos, subsiste actualmente? Proyecto inacabado, porque está por cumplirse cabalmente el



programa liberal: la creación de un Estado democrático de derecho, fundado en la aceptación común de los derechos humanos.

Pero desde el comienzo de la nación mexicana está presente también otra corriente más profunda. Mientras la construcción del Estado-nación es el proyecto de las clases medias urbanas, occidentalizadas, esa otra corriente expresa anhelos de las masas rurales, de las comunidades indígenas, de los desheredados. Las turbas que siguen a Hidalgo y a Morelos están compuestas por indios del campo, negros de las haciendas del sur, trabajadores mineros, plebe de las ciudades. Poco saben de la instauración de una república y en nada les concierne los congresos inventados por los letrados criollos. Tampoco tienen un proyecto de nación. Sus intereses son locales, están ligados a sus territorios, a sus pueblos. Su concepción de la sociedad no es individualista, está impregnada de valores comunitarios. Hidalgo y Morelos los entienden cuando les restituyen la propiedad comunal de las tierras, medidas, por cierto, que los congresos constituyentes, siguiendo su ideología liberal individualista, no se cuidaron de refrendar. Los valores básicos que persiguen no son tanto las libertades individuales, sino la disminución de las desigualdades sociales y un hondo sentimiento de comunidad.

El movimiento popular es aplastado en sus orígenes. Frente a él triunfa, en el siglo XIX, la concepción liberal del Estado homogéneo e individualista, propio de las clases medias. Esta idea se impone a los pueblos indígenas sin su consentimiento expreso. Por eso, en ese siglo, la gran corriente popular sólo está presente en la resistencia de los pueblos indios, que, en algunas ocasiones, llega a la revuelta armada, como en la guerra de castas de Yucatán o en la lucha violenta de los yaquis.

La corriente localista y popular, ahogada en el siglo XIX, vuelve a surgir en la Revolución, en su línea agraria: la de Villa y Zapata. No era compatible con la línea burguesa, restauradora, del Estado liberal; de Madero y Carranza. A la inversa de ésta, sus intereses eran más concretos, estaban ligados a contextos locales, a las tierras, a las comunidades, a los municipios. No tenían un proyecto claro del

Luis Villoro

Estado-nación y fueron incapaces de oponer al carrancismo una alternativa de gobierno nacional. Su preocupación era la tierra y, por ello, sus exigencias eran las autonomías locales, no el gobierno nacional. "Las exigencias locales", señala Arnaldo Córdova,¹ "se combinan nacionalmente con el único tipo de gobierno que, no sólo podía convivir con ellas, sino, además, promoverlas y garantizarlas; un gobierno que se debiera a las autonomías locales y que sólo con base en ellas pudiera subsistir".

Si su idea de nación no coincide con el Estado-nación homogeneizante, tampoco coincide con su individualismo. En la base de su proyecto no están ciudadanos aislados, sino estructuras comunitarias: los pueblos indios y mestizos en el sur, las colonias agrarias militares en el norte. Los valores fundamentales que reivindican no son la libertad individual frente al Estado ni la igualdad formal ante la ley, sino la justicia y la colaboración fraterna. Todo esto apunta a una idea de nación, sentida más que formulada, pero, en todo caso, distinta a la liberal. Con referencia al zapatismo ya había apuntado Octavio Paz:

El movimiento zapatista tiende a rectificar la historia de México y el sentido mismo de la nación, que ya no será el proyecto histórico del liberalismo... Al hacer del *calpulli* el elemento básico de nuestra organización económica y social, el zapatismo, no sólo rescataba la parte válida de la tradición colonial, sino que afirmaba que toda construcción política de veras fecunda debería partir de la porción más antigua, estable y duradera de nuestra nación: el pasado indígena.²

Pero esa corriente revolucionaria —al igual que la de Hidalgo y de Morelos un siglo antes— fue derrotada. No prevaleció ese nuevo *sentido* de nación. Zapata y Villa se convirtieron en estatuas de bronce, mientras triunfaba de nuevo la concepción liberal del Estado-nación. Pero las estatuas de cuando en cuando parecen animarse. ¿No empezará a revivir actualmente esa idea *otra* de nación?

Si algo nos ha revelado este año, es una crisis profunda del modelo de Estado-nación de nuestra tradición liberal. La política neoliberal es la última versión del proyecto



¹ Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana*, Ediciones Era, México, 1973, p. 171.

² Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 130.

modernizador. Llevada a su extremo, ha acrecentado más que nunca la distancia entre el México occidentalizado y el "México profundo". El proyecto liberal respondía al reto de unificar a la nación; en su versión actual conduce, de hecho, a aumentar la escisión entre dos Méxicos. Su proyecto incluía también la realización de una democracia representativa y de un Estado de derecho; los acontecimientos recientes nos muestran cuán lejos estamos aún de ese objetivo.

Pero el signo más importante de crisis es la manifestación nueva de esa segunda corriente de la que hablábamos, popular, localista, indígena, la misma que, en su momento, arrastró a Hidalgo y a Morelos, a Zapata y a Villa. Es ante todo la rebelión de Chiapas. Pero no es sólo ella. Es también el cobro de conciencia de la mayoría de los pueblos indígenas, que se organizan y reclaman su autonomía y el respeto a su derecho. Pero ahora, notémoslo bien, esa corriente se presenta con características nuevas: no busca la subversión de la democracia, sino su realización plena; no pretende la disolución del Estado, sino su transformación. Porque anuncian la posibilidad de una nueva idea de nación.

Ante una situación de crisis, la reacción más común es intentar remedios circunstanciales que eviten la disolución que amenaza: reformas al sistema electoral, separación entre partido oficial y gobierno, reforma del aparato judicial, aumento de los programas de asistencia y desarrollo en las regiones pobres, etcétera. Todo eso es positivo, incluso necesario. Pero la situación de crisis puede invitar también a una reflexión más profunda, capaz de poner en tela de juicio la validez de la concepción de nación que ha predominado desde la Independencia. Porque tal vez estemos ahora en una situación privilegiada: la de proponer una nueva idea de nación en la que se unan por fin las dos grandes corrientes que dieron nacimiento al país: el proyecto republicano liberal y la corriente popular.

A riesgo de simplificar, intentaré enumerar algunos rasgos que constituirían una nueva idea de nación:

1. *Frente al Estado homogéneo, el Estado plural.* México es aún un mosaico complejo que alberga múltiples culturas, etnias, regiones. Intentar integrarlas en un modelo único es una empresa inacabable. No lo es reconocer su diversidad y

adecuar nuestras divisiones geopolíticas a la realidad. El verdadero federalismo sería el que reflejara la complejidad real del país, con sus culturas diversas. "Forjar la patria" no es reducir a un modelo único la diversidad, sino propiciar el desarrollo de varias culturas regionales que se comuniquen en el marco unificador de un Estado plural.

2. *Frente al Estado centralista, las autonomías regionales.* El pacto que dio lugar al Estado nacional les fue impuesto a los pueblos indígenas por un grupo hegemónico: el criollo-mestizo occidentalizado. Hay ahora una creciente exigencia de autonomía por las comunidades indias, que nunca participaron en la constitución del Estado nacional. Los estatutos de autonomía libremente negociados con ellas son la única solución radical y duradera a sus demandas. Las autonomías locales y regionales no rompen con el pacto constitutivo; lo transforman de un convenio impuesto por la coacción a un acuerdo libremente consentido por todas las partes.

3. *Condición de los derechos individuales, derechos colectivos.* Hice notar al principio de este ensayo que la constitución del Estado moderno se basaba en la aceptación de un núcleo inviolable de valores reconocido por todos. Esos valores se expresan, en el orden jurídico, en los *derechos humanos*. Pero los derechos humanos fueron interpretados como derechos individuales, destinados a proteger a la persona frente al Estado. Esta interpretación deriva de la idea de que, antes de la constitución del Estado, no existen más que individuos. Pero la realidad es otra: el Estado nacional se constituye, de hecho, a partir de agrupaciones sociales previas, que comparten una cultura, y no a partir de individuos aislados. La posibilidad de la persona de realizar su propio plan de vida, conforme a sus propios fines, derecho humano básico, supone un contexto comunitario: el de la cultura a la que pertenece cada individuo. Es la cultura la que ofrece el abanico de fines y valores en el que puede elegir el individuo. El ejercicio de la autonomía individual tiene como condición la autonomía de la cultura a la que pertenece. Así, en una nación pluricultural como la nuestra, el respeto a la libertad individual debe incluir el respeto a la autonomía de las distintas culturas, como contexto en el que la autonomía



individual puede ejercerse. En las naciones pluriculturales, entre los derechos que garantizan a cada persona su libre elección de vida, debe incluirse la autonomía de los pueblos, que hace posible la elección de vida de los individuos. Como condición de los derechos individuales, se plantean ciertos derechos colectivos de los pueblos a los que pertenecen. Así como el Estado homogeneizador se basa en los derechos individuales, el Estado plural se basa en los derechos colectivos, que no niegan sino condicionan los derechos individuales.

4. *Sobre el derecho a la igualdad, el derecho a la diferencia.* La democracia liberal proclama el trato igual a todos los ciudadanos. Pero la sociedad real nada tiene de uniforme. Actualmente observamos en todas partes las reivindicaciones crecientes de grupos, comunidades, minorías sexuales, instituciones, para que se reconozca el derecho a mantener sus diferencias. En una verdadera democracia, cada quien debería tener derecho a realizar su propio plan de vida, a ser, por lo tanto, único. El derecho a la igualdad ante la ley debe completarse con el derecho a la diferencia. Por otra parte, tratar igual a los desiguales es la mejor manera de hacer perdurar la desigualdad. La ruptura progresiva de las desigualdades sociales y económicas implica el trato preferencial a los que menos tienen. La verdadera igualdad empieza a poder alcanzarse cuando se reconocen las desigualdades.

El reconocimiento de las diferencias tiene una repercusión en la democracia. Frente a la democracia como juego de partidos, está lo que llama Norberto Bobbio una "democracia ampliada", es decir, una democracia resultado de la participación, a distintos niveles de decisión, de las diferentes asociaciones, grupos, comunidades, que componen la sociedad civil. Y la democracia ampliada no deriva de la uniformidad partidaria, sino del reconocimiento de las diferencias.

5. *Sobre la libertad y la igualdad, la fraternidad.* El programa liberal establece como valores fundamentales la libertad individual y la igualdad ante la ley. Son los valores supremos del individualismo moderno. Pero, frente a ellos, en las sociedades reales existen valores del mismo rango, incluso

superiores, que ya no son individuales sino comunitarios: la justicia, el servicio a los demás, el don de sí, la fraternidad. Frente a la nación concebida como un conjunto de individualidades en competencia, está el pueblo real, en el que la persona se realiza en la afirmación solidaria de sus ligas con los otros miembros de la comunidad. Hay una idea superior a la de nación como pacto entre iguales: la de la comunidad entre personas solidarias.

Amplios sectores de la sociedad han planteado la necesidad de transitar, al fin, a una democracia moderna. Estas breves reflexiones han sido una invitación a pensar si la transición democrática, para ser radical y duradera, no implicaría un cambio más profundo: el de la concepción moderna del Estado-nación. Por amor a la brevedad, he expuesto una idea de alternativa del Estado-nación en contraposiciones tajantes, generales y esquemáticas, lo cual puede dar lugar a creer en un tránsito repentino y breve. No es así. Un cambio de esa naturaleza pertenece a la *cuenta larga* de la historia y no se lograría sin rectificaciones y tropiezos. Pero tal vez a nosotros corresponda empezar a intentarlo.

LIBERTÉ
ÉGALITÉ
FRATERNITÉ



NUEVA

TIERRA  NUESTRA

Visiones Latinoamericanas

La revista *Nueva Tierra Nueva* es una tribuna de información y opiniones sobre la realidad política, económica y cultural de América Latina. ♦ Es una revista de circulación continental, que se distribuye en más de 15 países. ♦ *Nueva Tierra Nueva* ha acompañado a las organizaciones indígenas, campesinas, urbanas, ecologistas, así como los procesos de autodescubrimiento cultural y de consolidación democrática de América Latina. ♦ DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS. ♦ CORRESPONDENCIA AL APARTADO POSTAL 40-234; 06141 MÉXICO, D.F. ♦ INFORMES EN EL TELÉFONO 211 86 86 (LUNES A VIERNES, 9:00 A 15:00 HS.)

SUSCRÍBASE

AMÉRICA LATINA FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

sergio de la peña

La globalización, etapa superior del capitalismo

El capitalismo entró a una nueva etapa de su desarrollo hacia la segunda mitad de los setenta por la combinación de cambios profundos de los procesos productivos, del comercio mundial y de la intermediación financiera, en fin, de las relaciones de producción. Todo se ha modificado en algún grado, desde las relaciones de propiedad, por la extensa privatización de las economías, los procesos productivos y distributivos, y las formas de consumo. Han surgido nuevos fenómenos de incierta consecuencia, como es la dimensión y acelerada expansión del capital financiero, que adquiere una creciente autonomía respecto a las transacciones productivas y comerciales, y, por lo mismo, respecto a gobiernos y organismos mundiales.²

Destaca como característica y abanderada de la nueva etapa del capitalismo la nueva competencia que introdujo Japón desde los años sesenta. De ser una suerte de curiosidad oriental por entonces, pasó una década más tarde a ser la norma obligada mundial, más aún al ampliarse en los ochenta la ofensiva con los Cuatro Tigres de Asia (Taiwán, Hong Kong, Corea del Sur y Singapur) y más tarde con la docena de países asiáticos para formar el "vuelo de los gansos".³ Mientras tanto, Alemania Occidental destacaba en

Occidente como el único país que mantuvo el paso y encabezó los cambios.

En los demás países capitalistas occidentales, en los ochenta se convirtió en vital la transformación profunda de sus economías, ante la violenta ofensiva que amenazaba con desplazarlos de la competencia mundial. Asumieron las normas orientales como referentes por enfrentar, con lo que les dieron estatuto mundial: costos, productividad, diseño,

Sergio de la Peña. Economista. Profesor e investigador de la Facultad de Economía de la UNAM. Autor de importantes libros y ensayos sobre su especialidad, como El modo de producción capitalista.

sergio de la peña

precios, todo. Y su respuesta consolidó la globalización y sus contradicciones.

De esta manera, la globalización aparece como la presión irresistible para entrar en la competencia mundial por efecto de la poderosa y nueva forma de la ofensiva comercial, o sea, la tecnológica, que convierte la incompetencia mucho más costosa. A su vez, la necesidad creciente de exportar en las nuevas condiciones mundiales, y de adecuarse tecnológicamente y en términos de costos y productividad, vuelve inevitable la inserción en la nueva pauta. Así, lo que hace ineludible la globalización es la creciente internacionalización de las relaciones económicas nacionales y el costo insostenible de mantenerse al margen, y, en general, de la incompetencia.

Reconversión y acumulación

Ante la embestida de la competencia, sustentada en procesos productivos y distributivos que rompían los límites de las relaciones económicas anteriores, era necesaria la transformación radical del capitalismo occidental para sobrevivir, lo que supuso una inmensa acumulación para sustituir gran parte del aparato productivo en la industria, comercio, banca, agricultura, en fin, todo. A fin de inducir las grandes inversiones para tan gran propósito, se procuró elevar las ganancias.

El argumento fue explícito desde un principio. El estímulo a las inversiones y la mayor capacidad para competir residían en ahorrar costos por trabajo y evadir presiones inflacionarias generadas por las inversiones que deberían realizarse. De manera que la solución obvia era, dentro de esta lógica, restringir los salarios, recortar subsidios y transferencias, imponer normas de flexibilización al trabajo—incluso algunas que parecían históricamente superadas desde un siglo atrás—y elevar sustancial y constantemente la productividad. Todo ello se consideró en los ochenta esencial para sobrevivir. Y tal vez lo era.



Objetivo: reducir el costo del trabajo

En todo caso, el conjunto de políticas y sus resultados fueron perfilando lo que ha sido una verdadera derrota mundial del trabajo. Empezó en los países desarrollados y se extendió rápidamente a todo el mundo, con la diferencia de que los costos para los trabajadores de los países desarrollados se disminuyeron en parte al cargar a los inmigrantes la mayor contracción salarial, desocupación e incluso expulsión y en parte se absorbieron por la mayor productividad. En cambio, en los países atrasados esos ajustes cobraron dimensiones catastróficas por la mayor debilidad tradicional del trabajo y la dificultad para elevar la productividad media, excepto desocupando a los trabajadores más ineptos. La transformación requería cambios mucho más complejos que sólo inversiones, y éstas superaban y superan con mucho los recursos internos, de por sí mermados por la asfixiante deuda externa. Así, el subdesarrollo agudizó las cargas sobre el trabajo.

De hecho, esa derrota mundial del trabajo no ha terminado, como tampoco los cambios mayores del capitalismo. Nuevas batallas suceden en los países desarrollados y se transmiten en forma de ajustes mundiales. Los pactos de los ochenta entre empresarios, trabajadores y estados establecieron la reducción salarial voluntaria mediante pago por desempeño, jornadas de medio turno o semanas de cuatro días para evadir la desocupación y el cierre de empresas, además de recortes de prestaciones (seguro social, pensiones de desempleo y retiro) y derechos de huelga, así como la imposición de contratos de corto plazo.⁴ En los noventa hay nuevas iniciativas, como el salario por abajo del mínimo en Japón o el pago de medio salario a menores de 28 años en Francia, aún en disputa por las fuerzas sociales en pugna.

El recuento anterior delinea un panorama mundial novedoso de sujetos sociales y confrontaciones insólitas, además de las clasistas.⁵ Pero la novedad no otorga licencia teórica, interpretativa o de estrategia para declarar inexistentes a contendientes o luchas que se materializan a diario.

sergio de la peña

Parte principal del éxito logrado por la burguesía en este inmenso ajuste mundial a costa del trabajo se debe a una formidable operación de propaganda. Consiste en la ofensiva ideológica neoliberal para imponer el dogma en Occidente de la restricción de la intervención del Estado, atacar el sindicalismo y deteriorar los derechos laborales. Con tal éxito que la sabiduría popular identifica la nueva etapa capitalista con el neoliberalismo, otorgando así a este cuerpo ideológico un certificado de inevitabilidad.⁶

La internacionalización del capital

Dentro de este proceso general, el capital ha ganado gran ventaja por su rápido crecimiento y la proliferación y expansión de empresas transnacionales y multinacionales, al grado de que todo capital tiende a internacionalizarse, independientemente de su ámbito de acción, a diferencia de la etapa anterior, en la que sólo lo tenía el que actuaba mundialmente.

Ya no sólo es internacional el capital financiero mundial, el comandado por las empresas transnacionales, y el nativo, que se vincula con el externo mediante relaciones comerciales, crediticias o productivas, o se asocia con firmas externas. Ahora tiende a internacionalizarse cuanto capital opera en el mundo, esté o no vinculado directamente con el exterior, se reduzca su ámbito de operación a intercambios y relaciones internas o sean sus activos propiedad exclusiva de nacionales. Incluso el capital público. Es la magia del capitalismo.

Mundialización y regionalización

Una contradicción que se ha vuelto principal en la nueva etapa es que la mundialización impone poderosas presiones para la integración a la economía planetaria, la primera de la historia. Entre las numerosas fuerzas y relaciones que la hacen inevitable destacan el capital financiero y la nueva e implacable competencia ya evocada. También el dominio y prácticas gerenciales de las empresas transnacionales, grandes y pequeñas.



Pero al mismo tiempo se fortalecen vigorosas resistencias nacionales de los afectados por los cambios y de los marginados, viejos y nuevos, sean grupos humanos o países completos,⁷ lo cual genera procesos de regionalización sustentados en el intercambio muy intenso entre los países que forman cada bloque y con barreras a importaciones ajenas a la región. Dentro de estas regiones se tienden a crear espacios de intercambio más homogéneo de valor, lo que no significa la desaparición del intercambio desigual.

Este doble movimiento de mundialización y regionalización ha creado una globalización fragmentada que retiene muchos de los obstáculos del capitalismo nacional. Al mismo tiempo, es incapaz de resolver las deficiencias del capitalismo semimundializado, al grado de que hay grandes tensiones que podrían conducir a conflictos bélicos mayores.

Por otra parte, las resistencias nacionales y locales se multiplican por causas económicas, raciales, étnicas o de nacionalidades. De esta manera, en el nivel agregado se reproduce la combinación, a veces antagónica, entre tendencias a la homogeneización y a la diversidad en el campo económico, social, político, cultural y religioso, que provoca tensiones severas a la forma tradicional de operación del Estado-nación.

La redefinición del Estado-nación

El proceso de globalización se sustenta y es comandado cada vez más por el poderoso y extenso entramado de las empresas transnacionales. Una consecuencia de primera importancia es que dichas empresas marcan cada vez más las condiciones mundiales y el desempeño de las economías nacionales: precios, desarrollo tecnológico, intercambio comercial, tasas de interés, decisiones de inversión, fragmentación de mercados, costos de producción.



Lo que significa que la mundialización y la privatización de las economías escamotean a los gobiernos y a las sociedades nacionales, poderosas o débiles, su capacidad para ordenar y decidir su propio destino, más aún en los países de América Latina que han abierto sus economías y cedido aspectos de la regulación para alinearse con las normas neoliberales.

La consecuencia es clara. El Estado-nación hasta ahora conocido está siendo erosionado por el asedio externo implacable, ayudado en algunos casos por corrientes dominantes internas. Pero esto no supone la desaparición inminente del Estado-nación, sino su redefinición, tal vez con debilidades irreversibles y nuevos campos de ordenamiento, porque se perfilan necesidades y posibilidades de crear nuevas formas de regulación que enfrenten y resuelvan la embestida desreguladora con instrumentos nuevos. Mientras tanto, ya han cambiado considerablemente las relaciones internas y externas.

Desde luego, las formas novedosas del internacionalismo capitalista no eliminan las dependencias; las modifican. Tampoco desaparecen las prácticas imperialistas, sino que las hacen diferentes. El problema es encontrar respuestas a tales retos y aprovechar las posibilidades de crecimiento, bienestar y avances políticos que ofrece la nueva etapa del capitalismo.

El Estado-nación se enfrenta a las presiones crecientes para responder, no sólo a las exigencias económicas homogeneizantes, sino a las *diversificantes* internas y externas. La globalización abre espacios y apetitos por los derechos a la diferencia, no poco por la mundialización de la opinión pública, lo cual impone al viejo Estado-nación exigencias de redefinición. Por ejemplo, España es ahora un mosaico de regiones autónomas.

Intercambio desigual y periferias

La nueva reproducción capitalista constituye un espacio homogéneo de valor mucho más amplio y consolidado, pero no borra las diferencias nacionales de producción y apreciación del valor. En la medida en que existan diferencias de productividad, de formas de producción o poderes suficientes para imponer condiciones al intercambio



comercial, habrá variaciones en las cuantías de valor que se comercian. Por lo mismo, no se elimina el intercambio desigual de valor entre países, regiones o sectores, sino en todo caso se reformula. Con o sin barreras aduanales.

Tampoco ha aliviado la globalización, hasta ahora, la fractura del mundo en centros y periferias. En todo caso, ha vuelto mucho más complejas las causas y las consecuencias de esa relación. De esta manera, se generan ahora periferias relegadas y marginales dentro de los propios países desarrollados, y surgen centros desarrollados en los países periféricos, lo que es un caso más de tendencias contradictorias entre homogeneización y polarización.

Pero tal vez sea el paso accidentado hacia formas más integradas, de manera que los polos actuales de desarrollo y los nuevos que surjan tenderán a incorporar gradualmente, y de manera diferenciada, a regiones vecinas, sea África del norte y Europa del Este por la Comunidad Económica Europea, América Latina por América del Norte y regiones de Asia occidental y China por el polo oriental. Los cambios recientes (GATT, TLC, proyecto de integración de las Américas, Mercosur) apuntan hacia una globalización más general, no sin tensiones. No será fácil moderar la tendencia a la polarización del capitalismo o reducir las distancias que existen entre centros y periferias internos y entre países.

Lo que requiere modificar el capitalismo, porque sólo en algunos aspectos proveerán alivio las estructuras propias del sistema, como es el inevitable movimiento centrífugo de inversiones y tecnología hacia las periferias, que en cierta medida compensan la polarización que opera en sentido opuesto. Sólo mediante medidas, pactos y políticas acordadas mundialmente se podrán moderar y revertir las tendencias a la concentración, centralización y polarización, que son propias del capitalismo.

El gambito a las obligaciones estatales

El problema central para los países atrasados es, así, la carrera por la productividad y la eficiencia, por los cambios tecnológicos, por reducir costos y mejorar calidades y

diseños. El reto es integrarse de la mejor manera al proceso de globalización, que puede ser, desde la competencia regulada y protegida, hasta la apertura completa de la economía.

En pocos lugares del mundo, aparte de América Latina, se acepta que la globalización es neoliberalismo. Esta identidad espúria fue propagada por los neoliberales nativos con el apoyo y presiones materiales e ideológicas de organismos internacionales (FMI, Banco Mundial y aun la CEPAL en los noventa) y de gobiernos, sobre todo de los Estados Unidos e Inglaterra.

En contraste, los países desarrollados y de reciente industrialización han respondido a tales exigencias con cambios de políticas y una fuerte participación e intervención estatales, incluyendo la protección frente al exterior y el manejo de las variables económicas fundamentales. O sea, ni siquiera la privatización conlleva necesariamente una declinación de la intervención estatal, a menos que así se quiera.

Un indicador de la importancia de la economía estatal es la relación entre gasto público y PIB.⁸ Su examen destaca niveles elevados y fuertes aumentos entre los quinquenios 1966-1970 y 1986-1990 en el caso de Francia (pasa de 22 a 44%) y Alemania (16 a 30%). Altos y se elevan en Inglaterra (30 a 37%). Medios y crecientes en los Estados Unidos (19 a 24%) y Japón (12 a 17%).

A su vez, en los países subdesarrollados la experiencia es de fuerte avance, hasta alcanzar un nivel medio en Brasil (pasa de 11 a 28%), México (11 a 27%) y Chile (20 a 30%). Bajo, con aumento moderado, en Argentina (13 a 16%). Medio, sin cambio, en Venezuela (20 a 21%). O sea, la tendencia general es más bien hacia la elevación del gasto respecto al PIB.

Pero independientemente del nivel del gasto, en el caso de Japón y de los países asiáticos de nueva industrialización (Taiwán, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong), que se mencionan con frecuencia como paradigmas de éxito, la intervención estatal ha sido y sigue siendo de principal importancia.⁹ Primero se estimuló la industrialización por sustitución de importaciones, al igual que en América Latina desde la posguerra, pero se modificó en los setenta con una



vigorosa política de exportaciones, sin dejar del todo la orientación anterior. Se encaminaron decididamente al cambio tecnológico sin desproteger todas las industrias, con apoyos diversos, incluso subsidios, e imposición de metas de productividad a las empresas.

Tuvo una influencia fundamental en tal desempeño la política de la inversión directa japonesa. Porque en general le interesa el encadenamiento con productores locales, a diferencia de la inclinación *enclavista*, de control excluyente, que tiene la inversión de los Estados Unidos en América Latina.

Destaca en la experiencia oriental la introducción oportuna, y de manera consistente, de cambios de la política industrial, que permitió alinear los sectores seleccionados a las condiciones mundiales y ponerse a la cabeza de la competencia en muchos casos. Sobresalen la opción de programas y planes de muy largo plazo, el aprovechamiento de oportunidades y nichos mundiales con una política comercial agresiva, el desarrollo de habilidades, una razonable eficacia pública y una corrupción más moderada que en América Latina. Todo con una decidida intervención estatal, no exenta de autoritarismo.¹⁰

Competencia y realización del valor

De lo más grave, por ahora, es la carrera aparentemente sin fin y cada vez más intensa entre los cambios tecnológicos y la competencia mundial. Porque es una relación dinámica que obliga a procurar nuevas tecnologías y rupturas para resistir, aprovechar oportunidades y obtener nuevas ventajas, lo cual está llevando al mundo a una tensión insostenible, en que cada salto de la competencia y productividad demanda inversiones inmensas y desplaza más trabajadores por unidad de inversión.

Los países del exTercer Mundo, o sea, atrasados, gran parte de los del exSegundo e incluso algunos del Primero se encuentran cada vez más impedidos de sostener la carrera irrestricta de la competencia. Pero no pueden simplemente rehusar el reto y no concurrir. El costo social de quedarse atrás o marginarse es aún más alto, porque cada avance de la

productividad mundial eleva el costo social de un intercambio cada vez más desigual y desfavorable, por producir de manera deficiente, insuficiente y más cara. Nada de ello es nuevo, pero sí la velocidad e intensidad del proceso, al grado de que no se ha logrado recomponer del todo los medios de realización del inmenso valor que se genera, porque en el tránsito al nuevo capitalismo se rompieron los viejos pactos sociales y económicos que dieron soporte a esta función mediante la ampliación de la demanda, con indudable eficacia, durante más de medio siglo. En este sentido operaron el gasto público, la economía de guerra y la ampliación de actividades terciarias. Lo central era que estaban socialmente aceptadas.

Hoy la privatización económica y del pensamiento han convertido ideológica y contablemente esos mecanismos de realización del valor en costos agregados de la producción, y por tanto en conspiradores contra la capacidad para competir. Pero no pueden desaparecer, como lo demanda el dogma neoliberal, porque son vitales para la reproducción del capitalismo y la sobrevivencia de más de un tercio de la población. De manera que las actividades que llenan esta función y quienes las realizan se vuelven clandestinos, ilegales, informales. Y la expansión de la demanda se vuelve política vergonzante, acto obscuro.

El problema es encontrar nuevos canales sociales de realización del valor y establecer nuevos pactos eficaces y equitativos que les den legitimidad. Para ello es necesario remitir tales funciones adonde corresponden conceptualmente, o sea, del lado del consumo, y sacarlas de los costos de producción, y restaurar o crear sistemas que resuelvan la vieja contradicción del capitalismo entre las estructuras productivas y las distributivas, ahora ampliada por la mundialización.

Las opciones de América Latina

La globalización exige replanteamientos. Se reconoce que la inserción positiva y regulada de la mundialización puede lograrse de diversas maneras. Se puede ser competente o



incompetente, con economías abiertas o protegidas. Pero lo inevitable es una intervención estatal firme y compromisos sociales estables.¹¹ Desde luego, es posible optar por el neoliberalismo a sabiendas de que produce el relegamiento de grandes sectores, una gran polarización social y resultados inciertos. El caso más *neoliberal* que se conoce es el de Chile, que, además de una dictadura sangrienta, tuvo que moderar en diversos aspectos el proyecto de inspiración friedmaniana. Y a juzgar por esa experiencia, promete hambre, desocupación, decadencia del nivel de vida, disolución de organizaciones laborales y fortalecimiento del autoritarismo, dejando la economía y la sociedad en manos de unas cuantas empresas. Es una opción. Es la opción de los gobiernos de México.

Pero también existe la posibilidad del crecimiento compartido y responsable entre los diversos sectores de cada país y entre países, con atención al bienestar, la democracia y en vista a la construcción de un futuro mejor. Ante tales disyuntivas, es claro que las opciones deben atender algunos puntos básicos, independientemente de la precariedad que pueda existir en cuanto a otros criterios en disputa. Destaca el que se puede y debe compartir el costo social del tránsito, de manera equitativa, sobre la base de decisiones democráticas. No menos importante es que debe ser un proyecto de largo plazo que sea parte central de un pacto social explícito y equitativo. Igualmente relevante es que la transformación debe hacerse con la gradualidad y equidad que demanda el equilibrio social, y el alivio de los agravios que genera.

Cambios del capitalismo y de la historia

La crisis del capitalismo en los setenta se volvió ruptura general y reconstitución que no acaba. Las causas y explicaciones de tal ruptura destacan que, al profundizarse y prolongarse la crisis, y sobre todo por los caminos que tomó su solución, se transformó en el paso a una etapa superior del desarrollo del capitalismo, que está aún por consolidarse.¹² Es un cambio de las relaciones fundamentales y secundarias, sean de producción, sociales, políticas o culturales, lo cual

puso en entredicho explicaciones y teorías. El aparato teórico e interpretativo se volvió obsoleto, porque se movió la realidad, porque correspondía a un capitalismo que ya no existe más.¹³ Hay ahora la necesidad de conceptualizar la realidad, de replantear las formulaciones teóricas e interpretaciones de la nueva historia que está configurándose.

En esta labor tiene América Latina un compromiso insoslayable al que la obligan sus contribuciones teóricas y empíricas del pasado.¹⁴ Y empieza a cumplirlo. Del pasmo y la parálisis frente a los efectos de la crisis y de las políticas aplicadas, se ha pasado al cuestionamiento y la crítica.

No es un proceso fácil. Las ciencias sociales, como todas las demás, son esclavas de la experiencia histórica; requieren la acumulación de observaciones y analizar extensamente los acontecimientos en curso, y los ocurridos, para apreciar frecuencias, probabilidades, excepciones, correlatos, variables, invariantes y tendencias. Es necesario que la nueva economía se perfile por una regularidad esencial, para reconocer sus rasgos y relaciones fundamentales. Sólo en esa medida se podrá formular la crítica de la nueva economía política, y otras corrientes también podrán formular cuerpos teóricos e interpretaciones significativos.

Y no sólo eso, sino que dicha búsqueda lleva a reexaminar el pasado con nuevas preguntas y motivos, para procurar el reconocimiento de los orígenes y explicaciones de las rupturas que ahora asombran y confunden. Lo que se tenía como verdad firme se pone en entredicho.¹⁵ Los ciclos y tendencias anteriores cobran nuevos perfiles desde la perspectiva que impone la conceptualización del nuevo capitalismo. El reconocimiento de la realidad, no sólo cambia las interpretaciones del presente, sino también las del pasado. Obliga a una relectura de la historia. Ése es el reto.

NOTAS

¹ Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

² D.B. Marron, "The Globalization of Capital", en J.M. Rosow (ed.), *The Global Marketplace*, Facts on File, Nueva York, 1988.

³ Se refiere al vigor del despegue de los países, que evoca el de los gansos, y a la dispersión geográfica de islas y unos pocos países continentales



asiáticos: Japón, los Cuatro Tigres, más Indonesia y Filipinas, Tailandia, Camboya, Malasia, Ceilán, Birmania y otros.

- ⁴ Así por ejemplo, en España la proporción de trabajadores bajo contrato de corto plazo pasó de 15% en 1987 a 30% en 1990. Véanse Segura *et al.*, *Análisis de la contratación temporal en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1991.
- ⁵ A. Giddens, "Globalization, Change and Conflict", en *Sociologia e Ricerca Sociale*, núm. 9, 1988.
- ⁶ Véase Sergio de la Peña, "Mundialización contra neoliberalismo", en *CEMOS-Memoria*, México, julio de 1994.
- ⁷ M. Rimez, "Las relaciones económicas de Europa y América Latina: entre la internacionalización y la regionalización", en *Investigación Económica*, núm. 205, Facultad de Economía de la UNAM, México, julio-septiembre de 1993.
- ⁸ Fondo Monetario Internacional, datos comparados en dólares de 1980.
- ⁹ Hyan Oseok, "Korean Economics in the 90's: Making the Transition to Maturity", en *East Asian Review*, vol. IV, núm. 2, verano de 1992.
- ¹⁰ G. Gerefi y D. Wyman (eds.), *Manufacturing Miracles: Paths of Industrialization in Latin America and East Asia*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- ¹¹ O. Sunkel, "El marco histórico de la reforma económica contemporánea", en *Pensamiento Iberoamericano*, t. I, núm. 22-23, 1992-1993.
- ¹² David Harvey, *The Conditions of Postmodernity*, Basil Blackwell Ltd., Oxford, 1989. Véase igualmente el trabajo de Alejandro Dabat, *El mundo y las naciones*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, 1993.
- ¹³ Entre otros documentos que recogen primeros esfuerzos definitorios de opciones en este sentido, se pueden mencionar los de la CEPAL, *Crisis y desarrollo: presente y futuro de América y el Caribe*, Santiago de Chile, 1985; y *El desarrollo de América Latina y el Caribe: escollos, requisitos y opciones*, Conferencia Extraordinaria, México, 19 al 23 de enero de 1987, así como el del SELA, *América Latina en la economía mundial: problemas y perspectivas*, Siglo XXI Editores, México, 1987. Sobre proposiciones iniciales de solución, véase también la discusión publicada en la *Revista de la CEPAL*, núm. 34, dedicada al neoestructuralismo, Santiago de Chile, 1988.
- ¹⁴ Véase al respecto Cristobal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, Londres, 1989.
- ¹⁵ Sobre el reconocimiento del importante tema de los diagnósticos de los desequilibrios y políticas de estabilización, destaca la compilación de José Luis Alberro y David Ibarra, *Programas heterodoxos de estabilización*, El Colegio de México, número extraordinario de la serie Estudios Económicos, México, 1987; así como Edward Amadeo *et al.*, *Inflación y estabilización en América Latina / Nuevos modelos estructuralistas*, Tercer Mundo Editores, Colombia, 1991.

FILOSOFÍA, TÉCNICA Y MORAL

adolfo sánchez vázquez

1

Si la filosofía se ocupa del hombre en su relación con el mundo (natural y social), y si la técnica es parte esencial de esa relación, cabe preguntarse: ¿qué lugar ocupa en la filosofía? Ahora bien, si nuestra mirada se detiene, aunque sea a vista de pájaro, en su historia, advertiremos fácilmente que la técnica no se inscribe en sus temas mayores. Esto no significa que los hombres no hayan tenido cierta conciencia de la técnica, de su poder y sus efectos, y que la filosofía no se haya hecho eco —en mayor o menor grado— de ella, aunque sin llegar a ser objeto principal de sus reflexiones. Pero esa conciencia y su expresión filosófica son históricas, es decir, se hallan vinculadas en el tiempo: a) al grado en que la técnica eleva el dominio sobre la naturaleza; b) a la importancia que se atribuye socialmente a ese dominio; y c) al sentido y alcance que se le concede por sus efectos en la existencia humana. Por último, la conciencia y filosofía de la técnica —entendida ésta como producción de objetos útiles o funcionales— son inseparables del punto de vista de la práctica alcanzado por esa conciencia y esa filosofía.

2

Adolfo Sánchez Vázquez. Filósofo. Investigador emérito del Sistema Nacional de Investigadores. Profesor titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Doctorado *Honoris Causa* por la BUAP. Su más reciente libro es *Invitación a la estética*.

Tres actitudes ejemplares (espontáneas o reflexivas) hacia la técnica podemos distinguir claramente delimitadas histórica y socialmente.

La primera es la hostil o negativa de la antigua Grecia, que se extiende a toda actividad que —como el trabajo o algunas artes— entrañara un contacto material con las cosas. Y esa actitud —que encuentra su expresión filosófica en el Sócrates de Jenofonte, Platón y Aristóteles— se justifica por los fines u

objetivos de la auténtica existencia humana, que, liberada de toda actividad práctica material, se concentra en la vida teórica o contemplativa. Y corresponde, asimismo, a una sociedad de clases en la que los hombres *libres*, y en particular los filósofos, se elevan a la verdadera vida humana por su dedicación a la teoría y al ocio que la hacen posible. En contraste con ellos, a los esclavos no se les reconoce esa dimensión humana, dado el carácter servil, humillante, de su trabajo físico. No cabe, pues, distinguir entre la *bondad* y la *maldad* de la técnica, puesto que lo verdaderamente humano no está en ella, sino en otra parte. Se comprende, por tanto, que —dado su *status* humano inferior— la técnica no sea en la Grecia antigua una cuestión filosófica mayor.

3

Un viraje radical llega cuando la dignidad del hombre se reivindica —desde el Renacimiento—, no sólo en la contemplación, sino en la práctica que lo hace sentirse dueño y señor del mundo. Pero, en rigor, este *dueño y señor* es el hombre burgués, interesado en impulsar y desarrollar la transformación de la naturaleza, es decir, interesado en la producción material, porque sólo desarrollando incesantemente las fuerzas productivas puede satisfacer sus intereses económicos y sociales, de clase. Y de esta praxis productiva es parte integrante e indispensable la técnica, junto con la ciencia que le sirve de base.

Con la revolución industrial del siglo XVIII se eleva considerablemente el valor que se reconoce a la técnica. Pero, no sólo en cuanto que, al elevar el dominio del hombre sobre la naturaleza, lo libera de la necesidad natural, sino también porque la técnica —se piensa— le abre el camino de la felicidad. Bacon, Hume y en general los filósofos ilustrados ponen de manifiesto las virtudes, no sólo intelectuales —al estimular el conocimiento—, sino también las morales y sociales, al contribuir a alcanzar la libertad, felicidad y sociabilidad de los hombres. La técnica no les ofrece motivos de inquietud o recelo. Y no puede ofrecerlos ya que, para ellos, es en definitiva la aplicación de lo que hay más propio del hombre: la razón. Lo que cae bajo las luces de ella no

puede ensombrecerse. Hay, pues, en esta visión moderna, ilustrada, un optimismo tecnológico que es la extensión de su optimismo racionalista, sólo cuestionado entonces por Rousseau y los románticos. Pero el desarrollo técnico hará que surjan sombras, dudas y cautela allí donde los ilustrados no encuentran más que luces, certidumbres y virtudes. La sospecha de que la técnica —como el trabajo humano— pueda tener consecuencias deshumanizantes se vuelve certidumbre desde mediados del siglo XIX, como se advierte claramente en la crítica de Marx al papel de la máquina en el capitalismo de su tiempo. Pero, aún así, los filósofos no desviarán su mirada de los grandes problemas tradicionales a los de la técnica.

4

Una nueva actitud se desplegará ya en nuestro siglo, cuando el impetuoso desarrollo científico y técnico abra, en toda su amplitud, el arco ambivalente de sus efectos impresionantes en nuestras formas de vida. Desde las primeras décadas del presente siglo, los avances técnicos han sido constantes y crecientes, hasta llegar al mundo tecnificado de hoy. Lo técnico nos sale al paso en cada recodo de nuestra vida cotidiana o profesional: en los objetos y artefactos que usamos; en los edificios que habitamos, trabajamos o nos distraemos; en los medios de transporte con los que nos trasladamos; y en los de comunicación —con los que nos informamos o *desinformamos*—, en los instrumentos de aprendizaje y difusión del saber, en la protección de nuestra salud, etcétera, etcétera. No hay necesidad humana que, para su satisfacción, no haga intervenir determinados objetos o instrumentos técnicos. Y, ciertamente, la técnica contemporánea ha beneficiado al hombre con sus logros inmensos, jamás conocidos en toda su historia anterior. Y aunque su desarrollo se haya visto impulsado, limitado o pervertido por las exigencias capitalistas de la producción y el consumo, con vistas a la obtención de beneficios, son innegables esos logros en la satisfacción de las necesidades humanas, desde las básicas o elementales, hasta las más elevadas o espirituales. Y, sin embargo, no se puede dejar de reconocer que, en nuestra época, la técnica ofrece un lado



negativo, incluso sombrío, por sus efectos en nuestras formas de vida. Estos efectos, impresionantes por su profundidad y extensión, son de diverso tipo:

a) Los que nos afectan como individuos en la relación con nosotros mismos y con los demás; b) los que nos atañen colectivamente en cuanto miembros de la comunidad; c) los que socavan la convivencia o relaciones armónicas entre los pueblos o naciones; d) los que, más allá del presente en el que vivimos, alcanzarán a nuestros hijos o a futuras generaciones; y e) los que nos afectan, no ya como individuos o miembros de determinada comunidad, sino como seres humanos, ya que ponen en cuestión la supervivencia misma de la humanidad.

5

Tomando en cuenta este mundo tecnificado y el modo como incide en nuestras formas de existencia, la actitud hacia la técnica ya no puede consistir en: a) su simple desvalorización por no formar parte de la auténtica existencia humana, ya que ésta se buscaría en otra parte; b) en la contemplación o teoría, como la buscaban los antiguos griegos; o c) en su relación con lo trascendente, que es la actitud propia de las sociedades premodernas o ajenas —fuera de Occidente— a la modernidad.

Nuestra actitud hacia la técnica ha de consistir en verla, no sólo con el enorme potencial creativo que se pone de manifiesto en su deslumbrante progreso, sino también en el inmenso y dramático potencial destructivo que se despliega con ese progreso. Ahora bien, el modo como, en determinado entorno social, se conjugan o separan uno y otro potenciales obliga a establecer cierta distinción entre las diversas técnicas. O sea, entre: a) técnicas que, por su naturaleza propia, reclaman un uso positivo de ellas, aunque por error o accidente pueden tener efectos negativos —tal es el caso de las técnicas médicas, educativas, agrícolas, etcétera—; b) técnicas que, por su naturaleza intrínseca, sólo pueden tener efectos sociales o morales negativos, como sucede con las distintas técnicas bélicas —nuclear, bacteriológica, química o la herbicida empleada en Vietnam; c) técnicas que, por el

nivel en el que se encuentra su desarrollo, pueden tener efectos indeseados o incontrolados, presentes o futuros, como puede verse ya con ciertas técnicas: informáticas, genéticas, robóticas, etcétera; y d) técnicas que, por su carácter ambivalente, producen efectos positivos o negativos, de acuerdo con el uso que se haga de ellas. Tal es el caso de las técnicas —como la nuclear o la ingeniería genética— que pueden prodigar al hombre los más elevados bienes junto con los más terribles males.

6

El peso que una u otra técnicas tenga en las diferentes formas de vida —para los individuos, cierta comunidad o todo el género humano— no podía dejar de hacerse sentir en la filosofía, aunque ésta, como el búho hegeliano, levanta siempre su vuelo ya tarde. Y no es casual que lo levante en el siglo XX, cuando los avances técnicos abren un impresionante abanico de creatividad y destructividad, de efectos positivos y negativos, en lo que constantemente ha sido ocupación fundamental de la filosofía: el hombre, en su doble o indisoluble relación con el mundo y con los otros hombres. Y de ahí que el progreso técnico, al alcanzar tan elevado y contradictorio nivel, plantee a la filosofía problemas de este tenor: ¿por qué y para qué la técnica?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿qué relación guarda como tecnología con la ciencia?, ¿qué nexos tiene con la producción material, la sociedad civil y el poder?, ¿en qué relación se halla con principios, fines y valores, y, en particular, con los morales?

Estos problemas, y otros no menos importantes, exigen a la filosofía una urgente clarificación en cuanto que a ella corresponde ocuparse del hombre que crea o usa la técnica; del conocimiento —la ciencia en su nivel más alto— en que se basa; de la sociedad en la que su desarrollo se ve estimulado, obstaculizado o pervertido; de los valores —sociales, morales, políticos e incluso estéticos— a los que aparece vinculada. Se ha pretendido escapar a ese tratamiento filosófico partiendo de la premisa de que la técnica es una esfera autónoma, autosuficiente, que no reconoce más fines o valores que los suyos propios: el de la efectividad o eficiencia. Pero lo cierto



NO NUKES

es que las llamadas de la técnica a la filosofía son ya frecuentes y bastante ruidosas, aunque no por ello siempre escuchadas. Más bien cabría decir que la pesada carga teórica, que durante siglos ha arrastrado la filosofía occidental, la ha hecho permanecer sorda a esas llamadas y que sólo en nuestra época, con Spengler, Heidegger, Bogdanov, Gramsci, Habermas y Marcuse, se han abierto algunas puertas filosóficas a ellas. A las que se suman las abiertas por los filósofos de lengua española Ortega y Gasset, pionero en este campo; Juan David García-Baca; y Carlos París, en España; y Ernesto Mayz Vallenilla y Mario Bunge, en América Latina.

Todos los filósofos nombrados se ocupan de la técnica por motivos diferentes; explican de distinta manera su naturaleza y sus relaciones con la ciencia, el poder y la sociedad, y no ven con los mismos ojos la conjunción de sus lados positivos y negativos, de su creatividad y destructividad. Sin embargo, todos ellos coinciden en afirmar que la técnica no es algo accidental o marginal en la existencia humana, aunque conciban esa esencialidad desde enfoques filosóficos distintos, que van desde el antropológico más abstracto al concreto del hombre en su despliegue histórico-social.

En contraste con esta magra cosecha filosófica, destaca la abundancia de estudios contemporáneos de economistas, sociólogos, ingenieros, psicólogos. Pero justo es reconocer que, en contraste con la carga especulativa que suelen arrastrar los filósofos, los científicos sociales y tecnólogos tienden a moverse en un vacío ideológico, desligados de supuestos filosóficos, lo que los conduce con frecuencia a un tratamiento empirista en el que desaparecen los fines, valores o intereses que un enfoque filosófico ha de sacar a la luz. Sin embargo, que la filosofía haya marginado de su quehacer el comportamiento técnico del hombre puede comprenderse —como hemos venido apuntando— por su ceguera proverbial para la práctica que campea a lo largo de su historia. Y, cuando se reconoce su importancia, no se libra de la especulación, ya sea que se le haga tributaria de premisas ontológicas, como forma de ocultamiento del ser (Heidegger), o de las antropológicas, de una naturaleza

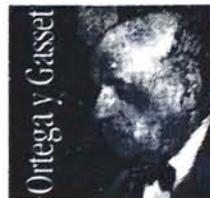
humana ahistórica e inmutable que se cifraría en la voluntad de poder (Mayz Vallenilla).

Ciertamente, hay filósofos de la ciencia que no cargan con semejantes premisas, pero sólo ven la importancia de la técnica como aplicación del conocimiento científico. Con ello no descartan, es cierto, la relación entre teoría y práctica (de la que la técnica sería una variante), pero en esta relación la primacía corresponde a la teoría que determina la práctica y reduce ésta a la aplicación de ella. En esta concepción teórica, la técnica —como la ciencia en que se basa— tiene una lógica propia, autónoma, al margen de la historia y la sociedad reales. Y, como en la ciencia, esa lógica interna, inmanente, la hace aséptica o neutra ideológicamente, lo que la exime de toda responsabilidad por los riesgos y consecuencias para la existencia humana.

7

Sortear esos riesgos y consecuencias exige opciones que pudieran buscarse: *a*) en otros tipos de técnicas (como pretende Marcuse), *b*) en el uso humano de ella al ser controlada socialmente desde otros fines y valores, y *c*) en su cautelosa suspensión cuando sus resultados ominosos son imprevisibles o incontrolables.

Pero esa solución se vuelve imposible: *ontológicamente*, si el destino del hombre —y de su técnica— se pone fuera de él, en manos del ser; *antropológicamente*, si la negatividad de la técnica se inscribe en una naturaleza inmutable del hombre; y *científicamente* (o más bien, en una filosofía cientifista), si a la técnica —como a la ciencia que aplica— se le atribuye una lógica propia, interna, al margen de los fines y valores que dominan en la historia y la sociedad en que se desarrolla. Y aunque en esta concepción —tecnicista a la vez— se reconocen sus efectos negativos para la existencia humana, éstos se consideran externos a su lógica inmanente o connaturales a su desarrollo necesario. Ciertamente, con esta concepción, la técnica ya no se presenta tributaria de algo exterior a ella: el ser o la naturaleza humana. Pero, al orientarse las relaciones entre técnica y sociedad en una sola dirección —la que impone la técnica—, se llega a la conclusión de que su



desarrollo autónomo e irresistible, no sólo configura y domina a la naturaleza, sino también al hombre, lo que conduce a legitimar el poder de los expertos o dueños de la técnica, o sea, la tecnocracia.

No se trata, pues, de concepciones inocentes, ya que en ellas está en juego la posibilidad de la alternativa que somete la técnica a un control social, democrático, o de la que reduce su control al estrecho círculo de los tecnócratas. Y mientras las concepciones especulativas —ontológicas o antropológicas— ven en la técnica intrínsecamente perversa, o en su uso perverso, un mal necesario determinado por el ser o la naturaleza humana, la visión tecnicista de la técnica le asigna un valor propio —la eficiencia— que se impone sobre cualquier otro, justificando así el poder de la tecnocracia.

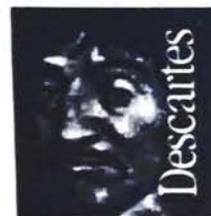
8

Podría desprenderse de todo esto la necesidad de concebir la técnica, centrándola en el hombre, como ser histórico-social que sólo se afirma humanamente en su relación de dominio, creciente e ilimitado, con la naturaleza, dominio que se expresaría, a la vez, en el doble desarrollo de la razón y las fuerzas productivas. Esta concepción del hombre como *dueño y señor* en sus relaciones con la naturaleza tiene su raíz en el humanismo burgués que, desde el Renacimiento, se despliega en la Ilustración. Ahora bien, esa concepción proclamada abiertamente por Descartes en su *Discurso del método* impregna incluso el pensamiento de Marx cuando, en *El manifiesto comunista*, aplaude ese desarrollo, lo que ha dado lugar a que ciertos marxistas lo interpreten en términos productivistas. Aunque históricamente ese dominio del hombre se mueve por un interés particular, de clase —el lucro—, que beneficia sobre todo a la burguesía, se trata de un dominio gracias a la ciencia y la técnica, cuyos beneficios se extenderán algún día, según Marx, a la sociedad entera cuando la revolución instaure las nuevas relaciones de producción que habrán de asegurar el libre e ilimitado desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Hoy sabemos, mejor que Marx, lo que él ya había atisbado, si no en *El manifiesto...*, sí en *El capital*; a saber, que ese

creciente desarrollo productivo, no sólo tiene consecuencias negativas para el trabajador, sino también para la naturaleza. Hoy sabemos muy bien que el progreso tecnológico tiene un lado perverso, inhumano, pero en grado mucho más alto que el que conoció y previó Marx. Y hemos comenzado a saber también lo que Marx no podía prever al propugnar, para una nueva sociedad, el libre, y por tanto irrefrenable, desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Hoy ya es evidente que la pretensión de imponer la sujeción total de la naturaleza amenaza la existencia misma del hombre. Los desastres ecológicos conocidos —tanto en los países capitalistas desarrollados como en las sociedades de lo que se llamó el *socialismo real*, desastres de los que no se libran los países del *Tercer Mundo*— demuestran que el dominio del hombre sobre la naturaleza no puede ser ilimitado, pues su expansión irrefrenada viene a destruir la base natural, indispensable, de la existencia humana. Esto significa que el antropocentrismo tiene que ser revisado para poner en armonía las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Ello exige trazar límites al dominio del hombre sobre ella o, más exactamente, dominar ese dominio para ponerlo efectivamente a su servicio, lo cual requiere, asimismo, poner límites al desarrollo tecnológico que la visión occidental, capitalista, orienta hacia la producción y el consumo ilimitados. Este dominio humano sobre el dominio que la técnica ejerce no implica en modo alguno la renuncia a ella, sino su control social, democrático. Ahora bien, para que ese control sea factible, se requiere una transformación radical de la sociedad en la que rigen la explotación, el lucro y el egoísmo, a fin de que el interés común —y no el particular de la clase que domina económica y políticamente— prevalezca en las relaciones humanas.

Lo anterior demuestra hasta qué punto se hace necesario, en nuestro tiempo, esclarecer la dimensión técnica, la relación del hombre con la naturaleza, su verdadero carácter autónomo o heterónomo y, en consecuencia, comprender que el dominio técnico sobre la naturaleza tiene que dejar de ser una amenaza para el hombre, lo cual sólo puede lograrse si éste logra dominar su propio dominio. Pero, para llegar a semejante esclarecimiento y comprensión, hay que dejar a un



lado el tratamiento técnico (o más bien tecnicista) de la técnica, porque la esencia de ella —diríamos parafraseando a Heidegger— no es técnica, sino humana, social.

9

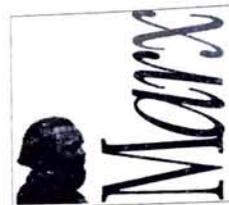
El concepto de técnica no puede separarse del de praxis como actividad práctica, transformadora, con la que el hombre se hace —o deshace— ante la naturaleza, es decir, afirma o niega su propia naturaleza. Como ser de la praxis, el sujeto técnico se vale del conocimiento de la realidad y produce los instrumentos con los que puede transformarla. El conocimiento sirve de base a esa producción y ésta a su vez impulsa ese saber (o ciencia). Con su técnica, el hombre responde a la necesidad de trascender su propio ser natural (Carlos París), pero el modo de trascenderla en esa empresa técnica es histórico y social. Aunque no puede ignorarse que la técnica —como la ciencia— tiene una lógica interna, propia, cuyas fases no se pueden saltar, esa lógica no puede desligarse del contexto social en el que se presenta, no sólo porque éste, históricamente, puede retardar o acelerar su desarrollo, sino también por la dirección —humanizante o deshumanizante— que puede imprimirle.

La historia real, en este punto como en otros, es aleccionadora. Así como una sociedad —la antigua esclavista griega— que no conoce la exigencia de desarrollar la producción material —y en la que prevalecen la exaltación de la contemplación, del ocio, con el consiguiente desprecio por el trabajo físico— no puede dejar de bloquear mental y socialmente el desarrollo científico-técnico, como han demostrado Schull y Magallanes-Villena, el contexto social moderno que exige un desenvolvimiento incesante de las fuerzas productivas es decisivo para el creciente desarrollo de la ciencia y la técnica. Si esto es así, la cuestión de la técnica no puede aislarse del tipo de organización social que la impulsa o bloquea. Y en haber puesto de relieve esta dimensión social frente a tantas concepciones especulativas o tecnicistas está una de las aportaciones filosóficas más fecundas de Carlos París.

Ciertamente, no hay que caer en la disolución historicista o sociologista de la técnica, ya que ésta es esencial en el hombre, como ser de la praxis, y la técnica —como hemos recalcado— es un componente de ella. Ahora bien, el lugar que ocupa en la vida humana, el modo como la afecta, sus efectos sociales, no están inscritos en una esencia intemporal, abstracta, sino que son posibilidades humanas que se realizan históricamente y en condiciones sociales dadas. Podemos suscribir, por ello, la caracterización de la técnica como dimensión *trascendental* del ser humano (Carlos París), justamente porque el hombre, con su praxis, trasciende el mundo natural y se trasciende a sí mismo como ser natural. En esta autotranscendencia se da la posibilidad de que se afirme, pero también de que se niegue, sin que esta negación lo rebaje a un plano puramente natural o animal. Es el propio hombre —como “ser natural humano” (Marx)— el que despliega su potencial trascendental en un sentido u otro, o sea, humanizándose o deshumanizándose a sí mismo. Pero, en verdad, sólo despliega uno u otro en determinada situación concreta histórico-social.

10

Que la técnica y sus productos se vuelven contra el hombre, al no disponer del control necesario sobre ellos, es lo propio del fenómeno de la enajenación, tan convincentemente expuesto por el joven Marx con respecto a la actividad del obrero, a los productos de su trabajo y a sus relaciones con los demás. Como en toda forma de enajenación, la técnica —o, más exactamente, cierta técnica o uso de ella— se erige como un poder extraño que se impone al hombre, convirtiéndolo en simple cosa, medio o instrumento. Pero no se trata sólo de que tenga consecuencias extrañas, no deseadas o imposibles, hoy por hoy, de prever o controlar, sino de los efectos de una técnica necesariamente perversa por su naturaleza intrínseca. Lo que claramente se pone de manifiesto en nuestros días es que el desarrollo tecnológico alcanza, junto a las cuotas más altas de creatividad, los niveles más elevados de potencial destructivo. Si no obstante esa creatividad, o más bien por ella, la técnica se ha trocado en



una amenaza para la existencia humana, ¿no valdría la pena tratar de vivir sin ella? Pero no puede renunciarse a la técnica como si fuera un capítulo accidental de la historia humana que podría cerrarse, retornando a una fase premoderna en la que la naturaleza —integrada con el hombre y los dioses en la totalidad del cosmos— dejara de ser lo que ha sido desde la modernidad: objeto de conquista para el hombre. El hecho de que la técnica moderna esté asociada con el antropocentrismo de la civilización occidental no autoriza a cierto naturalismo que, como reverso de ese antropocentrismo, pone en el centro a la naturaleza como *dueña y señora*, incluso como sujeto moral y jurídico independiente del hombre. Pero hoy no es posible, ni la integración premoderna de hombre y naturaleza en un todo que los trascienda, ni el señorío o independencia supuestamente posmodernos de la naturaleza respecto del hombre. En la técnica se pone de manifiesto una relación indisoluble entre el hombre y la naturaleza, y de lo que se trata es de alcanzar la armonía que el antropocentrismo occidental ha socavado, pero que puede ser socavada también por un naturalismo absoluto. Vivimos en un mundo en el que la técnica se presenta con su doble faz de creatividad y destructividad. En ambos casos vivimos —o malvivimos— *de, con y por* ella, entendida como una dimensión esencial del hombre que, por tanto, no puede eludir y menos aún abolir, aunque sí puede y debe orientarla en un sentido u otro, desde su circunstancia histórica y social, en la medida en que el dominio técnico sobre la naturaleza y los hombres se convierte en el dominio del hombre sobre la técnica.

11

Si vivimos en un mundo tecnificado que modela nuestras formas de existencia, y del que no podemos escapar, se hace necesario plantear la cuestión de las relaciones entre técnica y moral. Esta cuestión es pertinente, ya que, como forma de comportamiento humano, la técnica pone en juego nuestra conducta hacia nosotros mismos y hacia los demás. Pero, ¿no se sustrae la técnica a esa dimensión moral dada su condición

instrumental? ¿No es acaso el fin —y no el medio o instrumento— el que puede y debe ser calificado moralmente? En verdad no hay fines que no puedan ser calificados moralmente, pero esto no significa que los medios sean indiferentes desde el punto de vista moral o que su calificación desde ese punto de vista esté inscrita en “el fin [que] justifica los medios”. Ahora bien, ni los medios son neutros o asépticos moralmente, ni basta el fin para justificarlos, por muy eficientes que sean, como lo fueron —técnicamente— las cámaras nazis de gases, los bombardeos nucleares a Nagasaki e Hiroshima, las torturas físicas y psíquicas para obtener confesiones en los procesos de Moscú o la defoliación de los campos en la guerra de Vietnam. Y aunque los fines fueran válidos —lo que no sucede, por supuesto, en los casos citados— y se apelara a medios eficientes para ellos, la calificación moral de esos medios no dependería exclusivamente de esos fines y medios, sino de las consecuencias sociales que tuvieran y que, en ciertos casos, se volverían contra los fines que los medios empleados pretendían servir. Pero si la calificación moral de la técnica no está simplemente en los fines, a los que remite su condición instrumental, ni tampoco en esta condición, en su eficiencia, el sujeto técnico no puede desentenderse de las consecuencias de su actividad o circunscribir ésta, desde el punto de vista moral, a las intenciones que se anidan en su interioridad. Cierto es también que, justamente por ser moral, su calificación ha de tomar en cuenta lo que sucede en esa interioridad, o sea, el grado de conciencia y libertad con que se comporta, pero no entendida como un reducto aislado, ya que ese comportamiento se presenta en condiciones sociales determinadas, generadoras de ciertos principios y valores que el sujeto asume libre y conscientemente a partir de ese condicionamiento. Se plantea, entonces, el problema crucial de la responsabilidad moral imputable al sujeto técnico que actúa de un modo u otro.

Ahora bien, de acuerdo con lo que antes se ha establecido, la responsabilidad moral se plantea en relación con los efectos de los actos de los sujetos técnicos (individuales o colectivos), realizados en determinadas circunstancias que los



condicionan, pero sin abolir cierto grado de conciencia y libertad. En concordancia con la naturaleza de la técnica respectiva, esos efectos o consecuencias son de tres tipos: *a*) efectos necesarios e intrínsecamente negativos, como los propios de la técnica bélica nuclear; *b*) efectos ambivalentes, de acuerdo con la doble naturaleza de una misma técnica (como sucede con la técnica productiva, química, informática o robótica); y *c*) efectos incontrolables o imprevisibles (como los de las técnicas, por ejemplo, de manipulación genética).

La responsabilidad moral variará en cada uno de esos tipos de efectos. En el primer caso, el técnico no podrá eludir la responsabilidad que comienza con la planeación misma, ya que las consecuencias no pueden ser otras que las negativas que tiene necesaria, intrínsecamente, la opción asumida. En el segundo caso, será responsable moralmente de las consecuencias de cierto uso de la técnica que, dado su carácter ambivalente, no deriva forzosa e inevitablemente de ella. Por último, cuando sus efectos son imprevisibles, la responsabilidad moral del sujeto está en provocarlos con su actividad sin el conocimiento y el control necesarios.

En ninguno de los casos mencionados puede eludirse la responsabilidad moral correspondiente arguyendo que ésta se reduce a hacer bien las cosas, es decir, a realizar el valor propio de la técnica, su eficiencia, desentendiéndose de los riesgos, daños o consecuencias que supuestamente han de ser juzgados conforme a fines o valores ajenos a su funcionalidad. Y aunque se reconozca que la técnica, por su condición instrumental, puede servir a otros fines o valores, ni éstos ni los efectos sociales provocados por ella pertenecen a la esencia de la técnica. La técnica en cuanto tal —se dice también— es aséptica o neutra moralmente y el técnico sólo tiene compromisos con su valor o fin propio. En cuanto a sus efectos, sólo le interesan los que prueban prácticamente la realización de ese fin o valor. Esta posición con la que se pretende justificar su no responsabilidad o, más exactamente, su irresponsabilidad moral tiene por base una separación entre medios y fines que, como hemos visto, no puede sostenerse. Y no sólo por la imposibilidad de esta separación, dado que elegir el medio —por ejemplo, en las técnicas de exterminio nazis— es elegir el fin, sino también porque los

medios pueden desnaturalizar o incluso anular los fines —por elevados que aparezcan— que se pretenden servir.

Ciertamente, decidirse por una técnica intrínsecamente destructiva supone ya elegir determinado fin y con una firmeza tanto mayor cuanto más eficientes sean los medios que se ponen en práctica. Ahora bien, cuando se trata de una técnica ambivalente, la opción por un uso u otro de ella no es puramente técnica o una simple cuestión de eficiencia, sino que es una opción ideológica, moral. Por último, en el caso de técnicas cuyos efectos sociales son imprevisibles o incontrolables, optar por detenerlas o continuarlas tampoco es asunto puramente técnico, de eficiencia (la opción técnica exigiría más bien proseguirlas), sino que es también una opción ideológica o moral. Esta desatención a los efectos sociales que tiene, o puede tener, descansa en la separación de la ciencia y la técnica, por un lado; y su aplicación, por otro. En una época en la que el potencial destructivo científico-técnico ha alcanzado índices terribles, no se puede sostener la inocencia de ciencias y técnicas puras, sobre todo cuando por su propia naturaleza sólo pueden mostrar en la vida real un rostro destructivo.

Pero la responsabilidad moral de los sujetos técnicos (individuales o colectivos) no puede plantearse al margen del sistema de relaciones sociales en el que actúan y en el que la técnica tiene determinados efectos en las formas de vida de los hombres. Las implicaciones morales de ciertas técnicas: productiva, nuclear, biomédica, genética, informática, robótica, etcétera, se dejan sentir, en definitiva, en cuanto que, en lugar de servir al ser humano, lo dominan y convierten de fin en medio (conversión que para Kant era la negación de la moral misma). Pero, ante esas consecuencias, no hay que atender sólo las decisiones de los sujetos, sino también el sistema que, de acuerdo con su naturaleza y sus intereses, necesita la producción y el uso de semejantes técnicas. No se trata, pues —insistamos una vez más—, de repudiar la técnica en general, sino aquella intrínsecamente perversa o el uso perverso de ella. Y ese repudio alcanza también el sistema en el que —no dé un modo casual, sino necesario— se produce y se usa esa técnica. Esa producción y ese uso entrañan cierta dimensión moral. Y, aunque en el



entorno de esas condiciones el sujeto técnico tenga una responsabilidad moral en cuanto que decide y actúa libre y conscientemente, la cuestión de la técnica no es asunto puramente individual o de grupo, sino social. Ahora bien, el convencimiento de que, por las consecuencias sociales que hay que asumir, la técnica que las provoca no es neutra o aséptica moralmente ha de llevar también al convencimiento de que el destino definitivo de la técnica —a favor o en contra del hombre— está vinculado necesariamente a la forma de organización social, bien como sistema actual de explotación y enajenación que hace del hombre un simple medio, instrumento o cosa, bien como sistema en que el hombre es un fin en sí mismo, al ofrecerle una vida más digna y libre, más justa y solidaria. De donde resulta que el imperativo moral de resistirse hoy a producir una técnica perversa o a rechazar el uso deshumanizante de ella, o de ser cauteloso cuando sus efectos son imprevisibles, desemboca en el imperativo político de transformar el sistema social en el que la técnica tiene —por la estructura misma de ese sistema— semejante naturaleza y tales efectos negativos en nuestra existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anthropos / Revista de Documentación Científica de la Cultura*, Instituto de Investigaciones sobre Ciencia y Tecnología, núms. 94 y 95, Barcelona, 1985.
- Bunge, Mario, *Tecnología y filosofía*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 1976.
- García Bacca, Juan David, "Elogio de la técnica", en *Anthropos*, Barcelona, 1987.
- Habermas, Jürgen, *Ciencia y técnica como "ideología"*, Editorial Tecnos, Madrid, 1986.
- Heidegger, Martin, "La pregunta por la técnica", en *Época de la filosofía*, Barcelona, 1985, t. I.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, Editorial Ariel, Barcelona, 1986.
- Mayz Vallenilla, Ernesto, *Crítica de la razón técnica*, Caracas.
- Mitchan, Carl, "¿Qué es la filosofía de la tecnología?", en *Anthropos*, Barcelona, 1989.

adolfo sánchez vázquez

- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*, Revista de Occidente-Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- París, Carlos, *Mundo técnico y existencia auténtica*, Revista de Occidente, Madrid, 2a. ed., 1973.
- _____, *La civilización nuclear*, Ediciones Libertarias, Madrid, 2a. ed., 1986.
- Sanmartín, José, "Los nuevos redentores", en *Anthropos*, Barcelona, 1987.



MEMORIA

ceмос

DIRECTOR: ARNOLDO MARTÍNEZ VERDUGO

REVISTA MENSUAL DE ANÁLISIS SOCIAL, CRÍTICA POLÍTICA Y ESTUDIOS HISTÓRICOS

SUSCRÍBASE A 12 NÚMEROS

México	NS\$ 100
Norte, Centro y Sudamérica	\$ 60 US Dlls.
Europa	\$ 75 US Dlls.
África y Oceanía	\$ 90 US Dlls.

GIROS Y CHEQUES: Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A.C.; Monterrey, 159; colonia Roma; delegación Cuauhtémoc; 06700 México, D.F.; teléfonos 564 64 49 y 564 94 42



DOS NOTAS SOBRE EL SOCIALISMO

ruy mauro marini

La crisis a la que ingresaron, a mediados de la década pasada, los regímenes socialistas europeos puede ser objeto de dos consideraciones. La primera consiste en no perder de vista que esa crisis es parte de un proceso teórico y práctico, en el cual se articulan los distintos movimientos que, en el plano de las ideas y de la lucha social y política, realizaron la crítica del capitalismo, como modo de organización de la vida social. De Sismondi a la izquierda ricardiana, de Owen a Marx, de Kautsky y Hilferding a Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky y Gramsci, la teoría socialista desnudó los fundamentos de la economía capitalista y de la sociedad burguesa, evidenció la perversidad estructural y la expropiación del trabajo social que ellas propician y armó ideológicamente a los pueblos que lucharon contra aquello. Y han sido muchos esos pueblos, desde los obreros parisinos de 1871 y los destacamentos obrero-campesinos de Rusia hasta las masas expropiadas de China, Cuba, Vietnam, Angola, Nicaragua.

Más de un tercio de la humanidad optó, en su momento, por el rechazo al capitalismo y en pro de un desarrollo social orientado a la supresión de las desigualdades de clase y la implantación de una democracia radical de masas. Bajo esas consignas, y soportando el aislamiento y las agresiones internacionales, aun

partiendo de un retraso económico y social sin paralelo entre las potencias occidentales, la Unión Soviética conquistó en poco más de treinta años una posición destacada en el escenario mundial. En todos los países que tomaron ese rumbo, las necesidades básicas de la población en materia de educación, salud y alimentación se han visto satisfechas, se acabaron las hambrunas y el desempleo.

No representa, pues, una tarea simple borrar el socialismo de la memoria de los pueblos y mucho menos convencer a la

Ruy Mauro Marini. Sociólogo y politólogo brasileño. Fundador de la teoría marxista de la dependencia. Miembro del CELA, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Su más reciente libro es América Latina: democracia e integración.

ruy mauro marini

inmensa mayoría de la humanidad, para la cual la solución de esas cuestiones aparentemente elementales sigue todavía pendiente, de que el socialismo no ha sido más que una equivocación de quienes no habían comprendido que la historia ha terminado. Para esa humanidad explotada y carente, la historia no ha siquiera comenzado. El campesino nordestino de Brasil busca ingresar a ella todos los días, amontonándose en los *paus-de-arara* que lo conducen a las regiones más prósperas del sur, para descubrir, en las *favelas* de Río o de São Paulo, que la entrada continúa siéndole negada.

La segunda consideración, referente a lo que pasa en el mundo socialista, implica preguntarse si la crisis del llamado "socialismo real", o más precisamente europeo, invalida y pone fin a esa búsqueda de formas superiores de organización social, a la que asistimos hace casi dos siglos, o si representa uno más de esos momentos de autocritica radical que jalonan la historia del socialismo y que le han permitido resurgir con una creatividad renovada. Fue así, tras la derrota de la Comuna de París y la disolución de la Internacional de Trabajadores, que daría luego lugar a la difusión del socialismo en Europa y la fundación de la Segunda Internacional. Fue así cuando, frente a los sucesos de la primera guerra mundial y la división de la Internacional, se asistió a la primera revolución socialista victoriosa en Europa y a la creación de la Internacional Comunista. Fue así, después de Yalta, cuando, rebelándose contra los límites que trataba de imponerles el compromiso establecido entre norteamericanos y soviéticos, los yugoslavos y los chinos proclamaron su derecho a la revolución socialista. Fue así en América Latina, hasta que el pueblo cubano diese al traste con improbabilidades teóricas y geográficas, y en todo el mundo, hasta que Vietnam señalara con el dedo la desnudez del imperialismo.

Porque lo sabía, Marx pudo comparar la revolución socialista con el topo que pasa buena parte de su vida trabajando las entrañas de la tierra. Es por ello también que, en un periodo como éste, Marx afilaba el arma de su crítica, dedicándose a su obra mayor, al tiempo que se comprometía enteramente con las nuevas formas que asumía entonces el desarrollo del socialismo en Europa con los partidos obreros.



I. EL SOCIALISMO COMO PROCESO HISTÓRICO

El modo por el cual se tiende a plantear actualmente la cuestión del capitalismo y del socialismo, como si se tratara de dos sistemas abstractos, disociados de los procesos de la lucha de clases y susceptibles de comparación en términos de pragmatismo y eficiencia, es totalmente engañoso. Ese procedimiento ignora los *intereses reales* que inspiran a los dos sistemas y hace caso omiso de su *historicidad*.

Ello nada tiene que ver con el punto de vista de Marx, que vinculó el socialismo con la emancipación de la clase trabajadora y lo concibió como una nueva etapa histórica. Dicha etapa correspondería a la recuperación de un nivel superior de la *propiedad individual*, la cual representa el acto supremo de afirmación del hombre frente al mundo que lo cerca y es tanto más efectiva cuanto más elevado sea el grado de *cooperación* en que se basa.¹ No fue ése tampoco el enfoque adoptado por Lenin, quien, partiendo de la noción del socialismo como hecho histórico, lo asumía como una de las características centrales de la nueva era en que entrara la humanidad y que él definía como *la era del imperialismo y de las revoluciones proletarias triunfantes*.²

Si las cosas se plantean así, es decir, si asumimos el punto de vista desde el cual la historia se nos aparece como *el desarrollo de formas de organización y convivencia social que tienden a la plena emancipación del hombre*, es útil recurrir al análisis del socialismo, con base en la analogía y el contraste, en relación con la era histórica que lo precede, vale decir, la *era capitalista*. Ello nos permitirá captar sus diferencias más marcadas en relación con ésta y acercarnos, por ende, a lo que constituye su naturaleza más profunda.

El capitalismo y la revolución burguesa

Configurándose a mediados del siglo XVI, la era capitalista no consagra de partida la hegemonía de la forma del capital que le conferiría después sus principales atributos: el capital industrial, el cual reviste entonces el carácter de capital manufacturero. Éste se encuentra todavía subordinado al

capital comercial, aunque sea allí donde el comercio, y en especial el comercio exterior, impulsa con más fuerza su desarrollo, es decir, en Inglaterra el capitalismo engendrará más rápidamente los fenómenos que lo conducirán a su madurez. Esos fenómenos son, primero, la *revolución burguesa*, que le permitirá a los dueños del capital abatir los obstáculos que le oponen el viejo mundo feudal y crear los mecanismos de protección y estímulo al desenvolvimiento del nuevo modo de producción; y, luego, la *revolución industrial*, que acelera la metamorfosis de la industria manufacturera en industria fabril y lleva al capital industrial a subordinar a sí las demás formas de capital existentes.

Durante la fase manufacturera, tiene lugar la transformación masiva de la *propiedad privada individual*, fruto del trabajo propio, en *propiedad privada capitalista*, mediante la expropiación de los pequeños productores rurales y urbanos por la burguesía y la conversión de éstos en trabajadores asalariados, forzados a vender en el mercado su fuerza de trabajo. La ganancia deja progresivamente de ser el resultado de transferencias de valor propiciadas por relaciones mercantiles que se efectuaban entre diferentes modos de producción, para derivarse de la parte del producto del trabajo que es apropiada por el capitalista.

En otros términos, la ganancia, en sus distintas formas, es ya sino la forma aparente que reviste el fruto de la explotación del trabajo llevada a cabo por el capital industrial, i.e., la plusvalía. Ésta nace, esencialmente, de la prolongación del tiempo de trabajo más allá del tiempo necesario para que el obrero reproduzca el valor de su fuerza de trabajo, cristalizando en la plusvalía absoluta. Pero, desde un principio, como lo demuestra la cooperación manufacturera, la plusvalía se produce también bajo su forma relativa, es decir, mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario a la reproducción del valor de la fuerza de trabajo.³

El capital comercial podía convivir con distintos modos de producción, ya que era en la esfera de la circulación donde se apropiaba del fruto del trabajo ajeno. Ése no será el caso del capital industrial, el cual opera en el plano de la producción y necesita crear allí una organización económica especial. Se comprende así que, en la medida en que se fortalece la



burguesía manufacturera, el capitalismo se vaya volviendo incompatible con el modo feudal de producción y acabe por postular la transformación de éste. Pero se entiende también que la revolución burguesa, que conduce a la conquista del Estado por la burguesía para proceder a esa transformación, sólo pueda tener lugar una vez que el desarrollo capitalista se encuentre ya relativamente avanzado.

Es lo que se verá en Inglaterra, a mediados del siglo XVII, en el periodo que se extiende entre la revolución de 1648, que dio origen a la dictadura cromwelliana, y la llamada "revolución gloriosa" de 1688-1689, que instauró la monarquía constitucional y la convirtió en expresión institucional de la alianza de clases entre la burguesía y la nobleza feudal, o la fracción aburguesada de ésta. Tal alianza se fue depurando, hasta llegar —con el predominio de la Cámara de los Comunes sobre la de los Lores— a la cristalización de la hegemonía burguesa en el bloque dominante.

Por las mismas fechas en que tiene lugar en Inglaterra la revolución burguesa, Francia enfrenta una guerra civil, en la que se enfrentan dos fracciones de la nobleza. La burguesía emergente participa en ese proceso dividida. El resultado de la Fronda es el fortalecimiento del poder real, el cual, ubicándose sobre los conflictos de clase, encarna en la monarquía absoluta de Luis XIV. Ésta, sustentando con una mano los privilegios feudales, concede con la otra beneficios a la burguesía, mediante una política industrializadora y proteccionista.

Durante un siglo, mientras la burguesía francesa se ajusta al marco que le fue trazado —las manufacturas de Estado, el comercio ultramarino y la administración estatal y feudal—, los campesinos siguen oprimidos por un sistema cada vez más parasitario y las ciudades ven crecer a los pequeños comerciantes y artesanos, al lado de una masa de profesionistas carentes de perspectivas. La revolución de 1789 forzará a la dirección burguesa a aliarse, en un primer momento, con esas clases y fracciones de clase que, planteando reivindicaciones sociales y políticas que rebasan con mucho los intereses específicamente burgueses, la impulsan a llevar hasta el límite el enfrentamiento con la

nobleza. En medio de esfuerzos por conformar un nuevo bloque dominante, la burguesía lanzará al país a la inestabilidad política y la radicalización de las luchas de clases por casi un siglo, hasta la derrota de los obreros de París en 1871.

Estos procesos, de cierto modo paradigmáticos, se complementan con el de la frustrada revolución burguesa en Alemania, a mediados del siglo XIX, que culmina con la subordinación de la clase a la nobleza, la cual restringe su desarrollo a un marco signado por el militarismo y la necesidad de conquistar mercados exteriores. Todos ellos están mostrando que la afirmación del capitalismo en su espacio originario, Europa, se tradujo en procesos sociales y políticos diversificados, que se realizaron en diferentes momentos históricos y se basaron en distintas alianzas de clases. Si consideramos el modo mediante el cual la burguesía se convirtió en clase dominante e impuso nacionalmente su modo de producción en los Estados Unidos y América Latina, tendríamos ante nosotros un mosaico de situaciones que sólo con una elevada abstracción pueden tratarse como fenómenos de una misma cepa.

Lo que importa señalar aquí es que *el periodo de transición del capitalismo se extendió por más de dos siglos y sólo fue superado una vez establecida la dominación burguesa y concluida la revolución industrial*. En ese lapso, el capitalismo ensayó distintas formas políticas, centradas en torno a la idea de la democracia representativa, y promovió una revolución cultural que consagró algunos conceptos claves: individualismo, representación política, mercado, progreso, ciencia. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la historia se convierte, de hecho, en historia del capitalismo, convertido en sistema universal, y el horizonte del pensamiento humano corresponde cada vez más al marco que le fija el mundo burgués.

El socialismo como periodo de transición

El socialismo puede entenderse como el periodo de transición hacia una nueva era histórica y se caracteriza por la superación de la propiedad privada en favor de una nueva forma de propiedad individual, basada en la socialización de

1871
COMMUNE
DE PARIS

los medios de producción. Ello corresponde, en el plano político, a una democracia ampliada y participativa, referida a la inmensa mayoría de la sociedad.

Siendo un periodo de transición, el socialismo es también ya parte integrante de esa nueva era histórica, del mismo modo que el capitalismo comercial y manufacturero integran la historia general del capitalismo. No procede, pues, considerarlo como simple articulación de modos de producción, como pretende el marxismo estructuralista francés, así como algunos teóricos latinoamericanos. Un periodo de transición tiene que verse a partir *de lo nuevo, del modo de producción que está surgiendo*, y lo hace, no mediante la combinación con los que lo preceden, sino principalmente a través del enfrentamiento y la lucha en contra de éstos. La historia de ese periodo es la de los éxitos y fracasos del nuevo modo de producción y de la clase que lo representa, en su proyección hacia el futuro.

Si se trata del socialismo, es aún más verdadero. En efecto, el capitalismo, cuyo fundamento es una variante de la propiedad privada, inicia su existencia dentro del modo de producción feudal. Se requiere cierto tiempo para que el orden feudal se presente como obstáculo para su desarrollo. Sólo entonces la revolución burguesa, la conquista del poder, se plantea como ineludible. Y, aún así, si las condiciones sociales existentes dificultan que ésta se concrete, el capitalismo puede seguir su camino, aunque por vías más tortuosas, hasta la extinción total del régimen anterior.

Distinta es la situación a la que se enfrenta el socialismo, puesto que para él la conquista del poder por los trabajadores es condición *sine qua non* de su existencia. Es cierto que el capitalismo pone las premisas del socialismo, al concentrar la propiedad de los medios de producción y favorecer así la expropiación del capital y la socialización del proceso de trabajo; al proletarianizar a las amplias masas de la población y prepararlas, *de esa manera*, material e ideológicamente, para la propiedad individual basada en la colectivización de las fuentes de riqueza; al desarrollar las fuerzas productivas y hacer posible, por esa vía, el dominio del hombre sobre la naturaleza y la transformación del trabajo en acto plenamente creador. Sin embargo, *hasta que se*

produzca la revolución proletaria, todos esos procesos no hacen sino acrecentar el poderío burgués y volver más rígidas las cadenas que atan a los trabajadores al capital.

La conquista del poder por los trabajadores hace posible imprimir un sello distinto a esos procesos, pero de ningún modo reemplazarlos por otros de la noche a la mañana. En tanto que periodo de transición, el socialismo implica la continuidad de los mismos por cierto tiempo y su gradual transformación en algo diferente. Aun una medida de crucial importancia para la revolución proletaria, la supresión de la clase burguesa, no puede ser sino el resultado de una evolución, apresurada y orientada por medidas revolucionarias, como, por ejemplo, la extinción del derecho de herencia.⁴

Con mayor razón todavía, la transformación de la base material de la sociedad burguesa sólo en escala muy limitada puede ser objeto de actos de voluntad y decisiones superestructurales, condicionada como está al desarrollo de las fuerzas productivas. El drama del socialismo llamado real se deriva de que partió de condiciones materiales y espirituales muy deficientes, e intentó (muchas veces por presión externa) superarlas prematuramente. Es lo que pasó cuanto trató, por ejemplo, de suplantar los mecanismos de mercado por la planificación centralizada, o cuando integró en un solo Estado etnias conflictivas.

Esto no implica subvalorar el factor subjetivo. Elemento esencial en un periodo de transición es la *lucha ideológica*, mediante la cual la clase emergente concibe e impone a la sociedad una nueva escala de valores, una nueva moral, una nueva visión del mundo. Para la burguesía, que se asentaba sobre condiciones de existencia distintas a las de la nobleza, no hubo mayor dificultad para oponer a la ética aristocrática, justificadora de la ociosidad y del parasitismo social, una filosofía del trabajo, del mercado y de la ganancia. Lo pudo hacer incluso porque, poseedora de riqueza, le fue posible edificar su propio sistema educacional, además de poner a su servicio a parte de la élite intelectual, científica y artística de la nobleza. En Inglaterra, donde la revolución burguesa ocurrió cuando esa situación no se verificaba todavía plenamente, la burguesía debió contraer un compromiso con



la nobleza y delegarle muchas de esas funciones culturales, compromiso que dejó profundas marcas en su sistema político y administrativo.

El proletariado, empero, cuyas condiciones de existencia se derivan del capitalismo, del mismo modo que las de la burguesía, depara obstáculos casi infranqueables para trascender la cultura burguesa, aun después de conquistar el poder. Ésta parece ser una de las tareas más arduas del periodo de transición, como lo entendió Lenin al plantearse la cuestión de la *revolución cultural*.⁵ No hay duda de que el fracaso en este terreno constituye una de las causas principales de la crisis que derrocó al socialismo real, cabiéndole, pues, lugar destacado en la reflexión marxista.

El capitalismo se caracteriza desde su origen por su vocación internacional, lo que hace del mercado mundial instancia privilegiada para el desarrollo de sus contradicciones. Ello corresponde a una fuga hacia adelante, lo que significa que el capitalismo no puede contar con el mercado mundial para solucionar efectivamente esas contradicciones, sino tan sólo para ampliar el espacio en que ellas se presentan y, por tanto, para volverlas cada vez más universales. La conquista de nuevos territorios y la extensión de su imperio a un número creciente de pueblos, proceso que comienza ya en la fase de la acumulación primitiva y continúa a lo largo de su desenvolvimiento, le permiten delinear el perfil acentuado que sus contradicciones adquieren en los centros del sistema, a costa de la transferencia a la periferia de su potencial explosivo y autodestructivo.

Ésta es la razón por la cual la ruptura con el capitalismo y el paso al socialismo empezaron en los países más atrasados, donde la explotación capitalista dispensa artificios y disfraces, además de ejercerse sobre una masa de trabajadores aún poco hechos a la ideología burguesa. Ello acarreó dos consecuencias para el socialismo naciente: implantarse sobre una base material incipiente, poco capacitada para hacer frente a la competencia con el mundo capitalista, y depender de la movilización de pueblos que no llegaban aún a la plenitud de la cultura burguesa, aunque presentaran ya muchos de sus vicios. Esto último era posible porque esos

pueblos no eran, como pretendía Mao, una página en blanco (la versión socialista del buen salvaje); por el contrario, su cultura estaba marcada por la desigualdad y el valor de cambio, por lo cual era fácil asimilar lo peor que les ofrecía el capitalismo: la posibilidad de oprimirse y explotarse mutuamente, movidos por la ambición de la posesión de bienes y, sobre todo, de dinero.

Ciudadanía burguesa y ciudadanía socialista

En estos términos, la conquista del poder no conlleva la posibilidad de transformar de un solo golpe las estructuras socioeconómicas y, lo que es aún más grave, pone a la cabeza del Estado a una clase cuyo desarrollo, en el seno de la sociedad anterior, no le permitió madurar ideológicamente, mediante la conquista y la superación de la cultura burguesa. La crisis actual del socialismo nos fuerza a reflexionar sobre ese problema y esa reflexión apunta hacia el replanteamiento de la cuestión de la vanguardia, o del partido, y su relación con las masas.

En efecto, en un movimiento inverso al que realizó Marx entre el fracaso de las revoluciones de 1848 y la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, los revolucionarios han sido llevados, bajo la influencia de la revolución rusa de 1917 y la necesidad de luchar contra las estructuras políticas rígidas de los países atrasados, a fundar su estrategia en la dinámica de la vanguardia y a confiar en que la gestación de una nueva ética y una nueva cultura en el seno del partido aseguraría la realización del socialismo. La vida ha mostrado que, aunque mantenga intacta su entereza ideológica y su vocación revolucionaria (lo que no es la regla), el partido no puede sustituir a la clase en la construcción de una nueva sociedad. Ésta es una tarea que cabe fundamentalmente a la *práctica colectiva de las masas* y que obedece a *las leyes generales de los procesos sociales*.

No se trata de negar la validez del partido en tanto que instrumento de lucha de las masas, ni su papel conductor y educador. Trátase tan sólo de entender que la maduración de la capacidad revolucionaria de las masas depende, antes que



nada, de su propia experiencia de vida. Es justo y correcto que el partido ejerza el papel de levadura y faro en las luchas sociales, que desarrolle la agitación y propaganda, que se preocupe de la formación de cuadros, que se esfuerce por formular planteamientos tácticos y estratégicos que centralicen las acciones dispersas de la sociedad.

Pero, en última instancia, la suerte de la revolución depende de la conciencia real que adquieran las masas respecto de los obstáculos que el capitalismo pone a la realización humana y de las limitaciones inherentes a los métodos reformistas. Para ello, no basta la agitación y la propaganda: las masas tienen que educarse prácticamente y, en este sentido, deben ser estimuladas a intentar la superación de los males del capitalismo mediante el ejercicio amplio de los mecanismos que la burguesía dice servir a ese fin o de aquellos a los que ella no se puede oponer sin desenmascarar la naturaleza discriminatoria y excluyente del sistema.

Para dominar las fuerzas productivas, para distribuir de modo justo la riqueza, para ejercer la conducción de la sociedad en el socialismo, es necesario que las masas sepan utilizar los medios que utiliza la burguesía y que los someta a su *crítica práctica*. Ese camino debe conducirlos a posesionarse de la gran conquista democrática que significó el advenimiento de la era burguesa: el *concepto de ciudadanía*, exento en teoría de las exclusiones con que se ha tratado de restringirlo a grupos sociales, étnicos y sexuales definidos.

Aunque la lucha de los trabajadores, de las minorías étnicas, de las mujeres y los jóvenes haya ido ampliando la vigencia real de ese concepto, éste sufre todavía en el capitalismo las limitaciones impuestas por las desigualdades de clase y las diferencias económicas. La democracia socialista, en la medida en que tiene como objetivo suprimir esas desigualdades y diferencias, apunta a realizar a plenitud el concepto de ciudadanía y darle foro efectivamente universal.

Ésta es una de las grandes contribuciones del socialismo a la historia humana, que lo diferencia radicalmente del capitalismo, el cual es incapaz de conducir a ese resultado. La ciudadanía socialista, expresión de la perfecta igualdad

política, es la condición necesaria para que los hombres desarrollen integralmente su diversidad individual y establezcan entre sí relaciones sociales de una riqueza y complejidad sin paralelo en el pasado. En ese sentido, con Marx, es posible hablar, no del fin, como pretenden algunos, sino del comienzo de la historia —vencida finalmente esa prehistoria de explotación y opresión del hombre por el hombre que nos toca todavía vivir.

II. SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

En la historia de las ideas, socialismo y democracia no tienen el mismo origen ni tienden necesariamente a la identidad. Tanto Platón como Saint-Simon fueron capaces de imaginar sistemas socialistas de carácter marcadamente autoritario, del mismo modo como la ideología burguesa, aun en sus expresiones más avanzadas, ha podido plantearse la cuestión de la democracia sin vincularla al socialismo (Rousseau). Es el socialismo moderno, que surge como crítica al proceso y a la idea de la sociedad burguesa, con Babeuf, Blanqui, la izquierda ricardiana, y culmina con el marxismo, el que relaciona íntimamente los dos conceptos y los vuelve inseparables.

Inseparables, pero no idénticos. En su expresión superior, es decir, en tanto que gobierno de las mayorías, la democracia supone al socialismo, en la calidad de modo de organización social que, por asentarse en la propiedad colectiva de los medios de producción, asegura la igualdad política a la masa de productores —aunque, como señaló Marx, no les garantice todavía la igualdad económica—. Hay más: la democracia plena no sólo tiene al socialismo como premisa, sino que conduce a él, a menos que se pudiese concebir una mayoría que gobernara en beneficio de la minoría, o sea, en contra de sí misma.

La interdependencia que así se establece entre democracia y socialismo no debe, empero, ocultar el hecho de que, *lejos de constituir una identidad, ambos corresponden a dos conceptos —y, si los conceptos son buenos, a dos realidades— perfectamente diferentes, aunque unidos por un nexo indisoluble*. En tanto que



relación dialéctica, las realidades que allí se inscriben, aunque mutuamente determinadas, poseen vida propia, pudiendo desarrollarse de manera asimétrica y hasta contradictoria. Es así como, en el curso de la revolución proletaria, encontramos situaciones en las que la defensa del socialismo se hizo a costa de la democracia (el comunismo de guerra soviético, de 1918 a 1921, por ejemplo) o las exigencias de la democracia impusieron límites a la socialización (la Nicaragua sandinista).

En general, las críticas equivocadas, de derecha o de izquierda, a las revoluciones proletarias nacen de la no comprensión del carácter dialéctico de la relación socialismo-democracia. Peor todavía: no perciben que esa relación se realiza mediante procesos nacionales, los cuales, por sus determinaciones peculiares de carácter socioeconómico y cultural, así como por la correlación de fuerzas internacionales en la que se enmarcan, afectan el modo mediante el cual se desarrolla, de la misma manera que lo hace el tiempo histórico, el momento particular en que se produce cada revolución.

En lo referente a la relación socialismo-democracia, la confusión respecto a lo que es esencial o contingente, a lo que corresponde al concepto o a la realidad a que alude, no es, sin embargo, exclusiva de sus críticos. Hay en cada proceso particular la tentación de convertir en leyes o imperativos generales lo que no son sino características específicas. Esa tentación se hace aún más fuerte cuanto más controvertidas son esas características, o sea, cuanto más necesaria parece su justificación. Así pasó con la colectivización forzosa en la Unión Soviética, la cual, siendo tan sólo el resultado del aislamiento internacional del país y de las luchas de clases que allí se libraban, fue elevada por sus partidarios más entusiastas a la condición de efecto de una hipotética ley de acumulación socialista originaria.

La realidad es que la expropiación violenta de los campesinos —además de que no ocurrió en las revoluciones que siguieron (China, por ejemplo, o Cuba) —fue en la URSS la expresión, y de cierta manera el momento histórico de solución, de las contradicciones que se verificaban en el seno de la alianza obrero-campesina, las cuales habían dado ya lugar a las requisas de granos, propias del comunismo de

guerra. Cuando Lenin formuló la nueva política económica (NEP), que restablecía el juego del mercado para la producción campesina, lo hizo precisamente para abrir al desarrollo de esas contradicciones una vía pacífica, es decir, democrática.

Las alianzas de clases

Éste es, sin duda, un elemento central en el concepto de democracia y que le confiere su especificidad, independientemente del sistema económico con el que convive: el reconocimiento de divergencias y choques de intereses entre los actores políticos (la democracia socialista no hace sino convertir en sujetos políticos reales a las grandes masas del pueblo, lo que la democracia burguesa coarta y reprime) y la posibilidad efectiva de que ellos puedan solucionarlos pacíficamente, mediante la negociación y el consenso. En el momento en que un sujeto impone a otro una solución de fuerza, está abandonando el terreno de la democracia, por mucho que a los ojos de los contemporáneos o en la perspectiva de la historia esa imposición trate de justificarse como una medida destinada a largo plazo a garantizarla. Se puede discutir si, en caso de que no hubiera procedido a la colectivización, la URSS habría sido capaz de llevar adelante su edificación socialista; de lo que no cabe duda es de que la colectivización constituyó un modo no democrático de solucionar la crisis a que había llegado la alianza obrero-campesina.

En esta perspectiva, la democracia, más allá de las instituciones jurídico-políticas en que se expresa, configura un modo, un método para solucionar las divergencias entre los sujetos políticos, es decir, de manera general, entre las clases sociales. ¿Entre todas? La visión leninista, inscrita en un contexto de guerra civil y de agresión internacional, contesta a la pregunta restringiendo la democracia al campo de la revolución, a la alianza obrero-campesina, y la relaciona con la dictadura que debe ser ejercida sobre la burguesía, que promueve esa guerra y esa agresión. Hagamos a un lado la cuestión de saber si esa dualidad es consustancial al concepto de democracia socialista y ocupémonos, primero, de la



manera por la cual Lenin concibe el ejercicio de ésta.

La alianza obrero-campesina en la revolución rusa no es una alianza entre iguales. Ello queda claramente establecido en la Constitución de 1921, que sobredimensiona la representación política del proletariado en detrimento del campesinado. Se considera esa alianza como la que contrae la clase revolucionaria, el proletariado, con la inmensa masa oprimida y explotada de Rusia, compuesta esencialmente por los campesinos, y que se basa en la insumisión de éstos a esa opresión y explotación, lo que los convierte también en revolucionarios. Pero, mientras los campesinos se pueden contentar con el acceso al derecho de propiedad, manteniéndose por ello en el marco de la revolución burguesa, el proletariado quiere ir más allá y suprimir la propiedad privada de los medios de producción, como manera de garantizar la igualdad política y, por ende, la libertad. La cuestión reside, para el proletariado, en convencer al campesinado de ir en contra de su interés inmediato, la propiedad privada, a cambio de la satisfacción de su interés más general, vale decir, el término de cualquier forma de opresión y explotación.

Convencer quiere decir persuadir. Hay para ello una razón práctica: por su situación minoritaria en la sociedad, el proletariado no tiene condiciones para someter por la fuerza al campesinado, aunque alegara que lo hace en beneficio de éste, sin poner en jaque la alianza de clases. Pero existe también una cuestión de principio: someterlo por la fuerza contraría la vocación democrática del proletariado.

Se requiere, pues, recurrir a la *persuasión*, más que a la *coerción*: esto es lo que hace del Estado obrero-campesino un Estado democrático, vale decir, un Estado cuya característica central es la solución de las divergencias entre las clases mediante la discusión y el consenso. La forma y la duración de la transición socialista estarán determinadas, antes que nada, por el modo como se enfrenten las divergencias y el tiempo que tome su resolución. Hasta entonces, las dos clases tienen que convivir pacíficamente, haciéndose concesiones mutuas, en el marco de instituciones estatales que aseguren esa convivencia.

La convivencia democrática no impide, sin embargo, y más bien exige, iniciativas tendientes a modificarla. Caso

contrario, redundaría en el estancamiento, el peor enemigo de los grandes proyectos históricos. Mientras esas iniciativas se mantengan en el plano de la persuasión, no afectan para nada el carácter democrático del Estado. Bastaría, empero, que asumieran carácter coercitivo para que la democracia fuera puesta en jaque.

Esto lleva a que nos preguntemos qué es la ley en un Estado democrático. Instrumento mediante el cual éste fija objetivos y establece procedimientos so pena de sanción, lo que la convierte en medida coercitiva, la ley no podría existir en un régimen en que todos fueran iguales y en el que nadie tuviera el derecho de imponer cualquier cosa al otro. Para que exista, es necesario que la toma de decisiones en una sociedad *no se reparta equitativamente* entre los individuos y las clases que la componen —lo que no tiene nada que ver, desde luego, con la igualdad de todos ante la ley, noción que la revolución proletaria hereda de la revolución burguesa.

Democracia e igualdad política no son, pues, idénticas. La democracia implica desigualdad en el plano de la toma de decisiones y conlleva necesariamente un modo de dominación. *La especificidad de la democracia socialista reside en que la dominación tiende a ejercerse predominantemente mediante la persuasión y no por la coerción.*

Por eso para Lenin la ley no es un mero imperativo que implica una sanción (como pasa en la democracia burguesa), sino también, y sobre todo, en tanto medio de acción de la democracia socialista, un elemento educativo, que plantea objetivos y que los explica, cabiendo al Estado (y al partido) aplicarlos mediante la persuasión. La ley ideal en la democracia socialista es aquella que contiene más preámbulo que artículos y que sirve de herramienta a los agitadores y propagandistas para inducir comportamientos revolucionarios.⁷ En el límite, la ley no es sino una forma más desarrollada de educación política.⁸

Alianzas y compromisos

El método persuasivo de gobierno se presenta como algo posible cuando se ejerce entre clases que enfrentan un



enemigo común y comparten objetivos históricos, siendo por ello capaces de actuar con base en el consenso. Relaciones de clases de esta naturaleza constituyen una *alianza*, y su expresión política es la *democracia*.

Distinta es la situación si se trata de clases cuya relación se basa en la opresión y la explotación de una por la otra. En este caso, el método por excelencia de gobierno es la coerción, por mucho que la resistencia y lucha de la clase dominada orillen a la clase dominante a hacer concesiones y a recurrir, si no a la persuasión, por lo menos al engaño, con el propósito de limitar el uso indiscriminado de la coerción.

De hecho, ningún Estado puede operar exclusivamente mediante la coerción. Aun el Estado esclavista, que se basa en una relación de opresión-explotación casi indisfranzable y que por esto mismo se encuentra siempre con las armas en la mano, está forzado, para ejercer su poder, a emplear medios no coercitivos: la tradición, la idea de la inferioridad del esclavo, etcétera. Con el advenimiento de la sociedad burguesa, se acentúa, ya que la clase dominante se ve obligada a conciliar la opresión y explotación que ejerce sobre otras clases con el proyecto histórico que ella propuso a éstas y que se basa en las nociones de libertad e igualdad, y de progreso.

Cabe a la ideología burguesa realizar esa tarea. Arma privilegiada que representó para la conquista del poder político, la ideología constituye también para la burguesía instrumento fundamental para ejercerlo. *Ninguna clase en la historia, antes de ella, concedió a la ideología papel tan decisivo en su modo de dominación.* Valiéndose de la ideología, la burguesía realizó un esfuerzo gigantesco, a fin de convertir *la igualdad en subordinación igual de todos ante la ley; la libertad, en la libre disposición de la propia fuerza de trabajo; y el progreso, en perspectiva individual de promoción social.*

La piedra angular de esa construcción ideológica fue el concepto de *ciudadanía* o, lo que es lo mismo, la titularidad individual de los derechos civiles y políticos mediante la cual la burguesía escamoteó a las clases sociales y destinó a cada quien el papel de participante aislado en la vida del Estado. De esta manera, el individuo ha sido confrontado enteramente desarmado al Estado, fuente y guardián del

orden establecido y que basa su existencia en el monopolio de la fuerza.⁹

La democracia socialista, que rompe con el individualismo burgués y se asume como expresión de la lucha de clases, renuncia también a la tergiversación ideológica como instrumento de dominación. Vimos ya la ruda franqueza que reina en el seno de la alianza obrero-campesina, basada en el interés común de poner fin a la opresión y a la explotación, aunque en ella subsistan todavía divergencias respecto a los intereses de clase inmediatos. Con relación a la burguesía, *con la que no comparte ningún objetivo histórico y de la cual lo separa su interés general de clase*, el proletariado no puede practicar una política de alianza; por lo contrario, está obligado a someterla por la fuerza, por la coerción, a su proyecto de sociedad.

Se entiende, pues, que, en una época en que la correlación mundial de fuerzas la favorece, la burguesía se opongá firmemente a los movimientos nacionales de revolución socialista mediante el fomento a la resistencia interna y la agresión exterior. En ese contexto, la dualidad democracia-dictadura, tal como la formuló Lenin, si tiene vigencia. Persuasión y coerción se presentan, en esa perspectiva, como dos líneas claramente diferenciadas, polos opuestos y complementarios de la acción estatal.

Pero ni la resistencia de la burguesía se ejerce de manera constante y uniforme ni la correlación mundial de fuerzas tiene preeminencia sobre aquella que, internamente, va construyendo la revolución. Sea porque la burguesía flaquea temporalmente en su lucha opositora, sea porque se ve forzada a aceptar situaciones *de facto*, la democracia socialista puede —a partir de una clara posición de fuerza— hacerle concesiones, lo mismo que a sectores de otras clases a ella vinculados (como los intelectuales burgueses).

Esas concesiones no se confunden con las que se dan en la alianza obrero-campesina. Éstas son *ilimitadas en su contenido y en el tiempo, determinando por ello el carácter, el ritmo y la duración de la transición socialista.* Las concesiones a la burguesía, inversamente, están *condicionadas por las exigencias de la transición, la cual contribuye a fijar su naturaleza y sus plazos.* Sin embargo, si se revelan exitosas, abren la

Democracia
en proceso

posibilidad de acuerdos específicos, los cuales, sin llegar a configurar una alianza, dado que excluyen objetivos históricos comunes, se definen como *compromisos*.

La política leninista practicó compromisos sin ningún disfraz. Un ejemplo de ello es el decreto de 1918, reglamentando la publicidad comercial, el cual, como subrayó el mismo Lenin, indicaba claramente que el gobierno soviético no se daba como tarea inmediata la socialización total de la industria y el comercio. Otro, los privilegios concedidos a los técnicos, en el periodo de la NEP. La revolución china aseguró la sobrevivencia de las empresas capitalistas nacionales por el tiempo de vida de sus propietarios. Cuba mantuvo durante largo tiempo intocado el pequeño comercio. Y la Nicaragua sandinista, en la línea esbozada por el gobierno socialista chileno de la Unidad Popular, consagró tres formas de propiedad en su estatuto jurídico: estatal, cooperativa y privada.

En este plano, el concepto de dictadura, en tanto que régimen de violencia abierta de una clase contra otra, no se aplica plenamente. *Los compromisos representan una forma de ejercicio del poder hasta cierto punto consensual, aunque tengan como premisa la capacidad de coerción material del Estado.* A diferencia de las alianzas, no implican cuestiones relativas a *propósitos históricos comunes*, sino que se refieren a *intereses de clase inmediatos*, claramente identificados y debidamente considerados por las partes.

Sin embargo, su importancia para el desarrollo de la democracia socialista trasciende el plano meramente táctico y va más allá del ámbito atingente a las relaciones proletariado-burguesía. En efecto, para llegar a practicar una política de compromisos, el proletariado tiene que haber solucionado previamente, de modo correcto, su política de alianzas: sólo un bloque revolucionario sólido asegura un Estado fuerte, condición *sine qua non*, como ya indicamos, del compromiso. En otras palabras, la política de compromisos no es posible si la democracia no se ejerce plenamente en el seno de la alianza, sin lo que se abriría flanco a maniobras del enemigo.

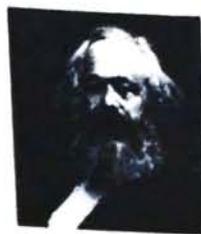
En esta perspectiva, *la política de compromisos no representa sino la irradiación de la práctica democrática del bloque*

revolucionario al conjunto de la sociedad. Por su intermedio, aun la dominación basada en la coerción asume matices más suaves, permitiendo la extensión limitada de la práctica democrática a la misma burguesía.¹⁰ Abre paso, así, a la universalización de la persuasión, particularmente respecto a las nuevas generaciones originarias de la burguesía, respaldando las conquistas que se logren mediante la revolución cultural. Por ello, el compromiso, siempre que sea posible, imprime un carácter más democrático al conjunto de la transición socialista, la cual en ese contexto —y solamente en él— puede adoptar de manera amplia el pluralismo.

Para una transición socialista que privilegia el compromiso, Marx concibió el programa expuesto en el *Manifiesto comunista*. Después de más de un siglo de lucha de clases, la mayoría de los puntos allí incluidos ha sido total o parcialmente aplicada en el seno mismo del capitalismo, por lo menos en los países más avanzados. Se equivocan, empero, los que creen por eso que aquél era el programa de la revolución democrático-burguesa. Basta constatar que, entre esos puntos, está la supresión del derecho de herencia, para darse cuenta de que el programa apuntaba a hacer desaparecer la columna de sustentación de toda sociedad burguesa: la propiedad privada de los medios de producción.

La modestia aparente y el gradualismo que se expresan en el programa del *Manifiesto comunista* tienen que ver con la manera como Marx concebía el advenimiento del comunismo, es decir, como fruto del mismo desarrollo histórico. En la abstracción más elevada, él lo planteó en su "Prefacio" a la *Contribución...*, donde nos presenta el paso del capitalismo al comunismo como una sucesión casi natural de modos de producción. El capitalismo crea, en este marco, las premisas del comunismo y en ellas se apoya el proletariado para promover la transición socialista.

Esto no excluye, de ninguna manera, el hecho de la revolución, vale decir, la conquista del poder político por el proletariado. Efectivamente, para Marx, el Estado es la pala que el proletariado debe tomar en sus manos para remover las formas capitalistas que obstruyen el paso de la historia. Esta idea recorre toda su obra, está presente en *El capital* (donde reivindica, por cierto, el programa del *Manifiesto*



comunista), en su polémica con los cooperativistas y sobre todo en su reflexión sobre la Comuna de París. Al reconocer en ésta la primera expresión histórica del Estado proletario, Marx no hace sino reafirmar (como lo señaló Engels) lo que el *Manifiesto comunista* expusiera, sin dejar lugar a dudas: la necesidad de la revolución proletaria como partera del socialismo.

Los caminos de la revolución

¿Es esa revolución necesariamente violenta? Marx admitía la posibilidad del camino pacífico, basado en el compromiso, en países sin gran desarrollo de la burocracia y del ejército, o sea, en países donde el Estado burgués no alcanzara todavía su plena madurez. En su análisis del problema, Lenin parte de la visión del capitalismo en su fase imperialista para sostener que la vía pacífica se hallaba cancelada precisamente en aquellos países donde Marx la juzgara más practicable (los Estados Unidos, por ejemplo). Las reflexiones de Lenin, retomadas después por la III Internacional, harán del imperialismo la piedra angular de la estrategia de la revolución violenta, particularmente en los países del Tercer Mundo.

La historia le ha dado razón a Lenin. Sin embargo, no hay motivo para suponer que la posibilidad de la revolución pacífica no se pueda replantear, aunque sobre bases distintas de las que estableció Marx. En un marco que se caracterizara por el reforzamiento constante del socialismo y el avance permanente del movimiento revolucionario mundial, la correlación de fuerzas internacional se volvería enteramente desfavorable a la burguesía. Ello sentaría las premisas para las revoluciones pacíficas, capaces de practicar en amplia escala el compromiso y el pluralismo, lo que ahorraría costos sociales y sufrimiento a los pueblos que estuvieran en condiciones de hacerlo.

Obviamente, ésta no es la situación que estamos viviendo. Peor todavía, pasamos por un periodo que no favorece una estrategia ofensiva por parte de las fuerzas socialistas, lo que hace, al menos por cierto tiempo, improbable la revolución violenta. Nos vemos, pues, forzados a buscar nuevas formas

de acción, orientadas a poner a los trabajadores en condiciones de solucionar en su favor la disputa por el poder, en las circunstancias actuales.

Esas formas de acción, como sabemos los marxistas, no pueden ser fruto de una mera invención, sino que tienen que representar la expresión consciente del movimiento espontáneo de las luchas de clases. Setenta años de triunfos y derrotas del socialismo proporcionan una amplia gama de experiencias, cuya riqueza nuestra reflexión está todavía lejos de agotar. No hay duda, empero, de que nos plantean una exigencia fundamental: comprender en su expresión concreta y particular la especificidad de la relación socialismo-democracia y entender, en cada caso, cómo se configuraron las contradicciones que implica. En particular, estamos obligados a analizar las causas de la crisis del socialismo en la Unión Soviética y en Europa del Este, sin lamentar el derrocamiento de regímenes que sabíamos incapaces de realizar las tareas de la transición socialista.

Es necesario, empero, ir más allá. Se trata de investigar y descubrir las perspectivas de transformación social que el actual desarrollo de las fuerzas productivas está abriendo, en la medida en que tiende a superar las diferencias entre el campo y la ciudad, homogeneizar mundialmente las condiciones técnicas de producción e internacionalizar el proceso de trabajo, universalizando la vigencia de la ley del valor. Se trata también de determinar hasta qué punto ese desarrollo, que privilegia al trabajo intelectual y los servicios productivos, afecta el concepto de proletariado, por las diferenciaciones que introduce en la clase trabajadora. Se trata, sobre todo, de entender *las nuevas formas de acción y los mecanismos de participación* que las masas están creando para intervenir de modo más activo en el plano de la gestión empresarial y política.

El control obrero, la cogestión y la autogestión de las empresas; la lucha electoral y la participación en el parlamento y en los gobiernos locales; la injerencia y el control popular sobre las políticas presupuestaria, educativa, de salud, de transporte público, junto a la reivindicación de una mayor autonomía regional y local; la democratización de los medios de comunicación y el rechazo a la censura; la



crítica a las desigualdades económica, étnica o sexual; éstos son algunos de los instrumentos de que las masas están echando mano, aquí y allí, para defender sus intereses, elevar su cultura política y madurar su espíritu revolucionario. Por esa vía se están capacitando para asumir ellas mismas la dirección del proceso de transición socialista. Lo que, al fin y al cabo, es la única garantía segura de su éxito.

NOTAS

¹ Marx considera la propiedad como concepto social básico, tanto en lo abstracto como en criterio de periodización de la historia humana. Así, sostiene que "...decir que no se puede hablar de una producción —y tampoco de sociedad— en la que no exista alguna forma de propiedad es una tautología. Una apropiación que no se apropia nada es una *contradicción in subjecto*" (*Introducción general a la Crítica de la economía política*/1857, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, p. 8).

Refiriéndose a la pequeña propiedad individual, que precede a la propiedad capitalista (la cual, en tanto que base de la pequeña industria, "es una condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador"), Marx señala: "Este régimen supone la diseminación de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye la concentración de éstos y excluye también la cooperación, la división del trabajo dentro de los mismos procesos de producción, la conquista y la regulación social de la naturaleza, el libre desarrollo de las fuerzas *sociales* productivas" (*El capital*, México, FCE, 1973, tomo I, p. 647). Tras examinar el paso de la propiedad privada capitalista y la supresión de ésta, Marx concluye: "Ésta no restaura la propiedad privada ya destruida, sino una *propiedad individual* que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la *cooperación* y en la *posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo*" (*ibid.*, p. 649).

² Esta concepción da forma a su teoría del imperialismo y se expresa en la creación de la Tercera Internacional, definida con singular nitidez en su participación en el segundo congreso de esa organización, en 1920, particularmente en el informe internacional con el que lo inauguró (cfr. *Obras completas*, Editorial Salvador Allende, México, s/f., vol. 33, pp. 339-357). Refiriéndose a una fase anterior del pensamiento de Lenin, correspondiente a 1908-1913, un autor enumera así sus preocupaciones con el desarrollo histórico mundial: "la agudización de las posiciones de clases en Europa, el surgimiento de movimientos antiimperialistas y, sobre todo, la perspectiva de 'una nueva era de revoluciones'" (E. Raggionieri, "Lenin y la Internacional Comunista", en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1973, p. XVII).

³ Es un error corriente entre los marxistas separar mecánicamente, en el tiempo, esas dos formas de producción de plusvalía y desconocer el hecho de que la plusvalía absoluta es condición *sine qua non* del capitalismo, cualquiera que sea la fase en que éste se encuentre. El desarrollo del sistema muestra que el mecanismo por excelencia de producción de plusvalía absoluta es la prolongación de la jornada de trabajo, mientras que los métodos de producción de plusvalía relativa corresponden al aumento de la intensidad o de la productividad del trabajo (es decir, a la reducción del tiempo requerido para la producción de determinado valor, gracias, por un lado, a la intensificación del ritmo de trabajo y, por otro, a la adopción de técnicas superiores de producción o de métodos de trabajo más eficientes). En el plano de la competencia, la remuneración de la fuerza del trabajo por debajo de su valor —o la apropiación por el capitalista de parte del salario a título de plusvalía— viola la lógica de esos métodos de explotación y, por tanto, de la teoría de la plusvalía, la cual se basa en la relación existente entre los dos tiempos de trabajo constitutivos de la jornada (necesario y excedente), teniendo como premisa la coincidencia entre el valor de la fuerza de trabajo y su remuneración o salario. Como, en este caso, esa coincidencia no se da, el resultado es un método extraordinario (aunque frecuente) de explotación del trabajo o, más bien, de superexplotación que: a) no garantiza la reproducción normal de la fuerza de trabajo; b) asume la forma engañosa de plusvalía relativa (al contrario de lo que supone la mayoría de los autores que se refieren a la cuestión), puesto que, manteniéndose invariable la jornada, se reduce aparentemente el tiempo de trabajo necesario; y c) no se confunde con el concepto de plusvalía extraordinaria, o sea, aquella que el capitalista individual obtiene en proporción superior a sus concurrentes, al reducir el tiempo de producción de su mercancía, aunque no su valor (una vez que el valor de la mercancía se establece de acuerdo con las condiciones generales y no individuales de producción).

⁴ Éste es el sentido de las medidas consideradas por Marx y Engels en el programa de la revolución proletaria, incluido en el *Manifiesto comunista*.

⁵ "En nuestro país, la revolución política y social precedió a la revolución cultural, esa misma revolución ante la cual, no obstante, nos encontramos ahora" —dice Lenin, en uno de sus últimos escritos, agregando: "Esta revolución cultural sería hoy suficiente para convertir a nuestro país en un país completamente socialista, pero presenta inmensas dificultades, tanto de carácter puramente cultural (pues somos analfabetos) como material (pues, para ser cultos, debemos alcanzar cierto desarrollo de los medios materiales de producción, debemos poseer cierta base material)" —. "Sobre el cooperativismo", en *Obras completas*, vol. 36, pp. 502-503. En relación con este problema, ver, de Antonio Sánchez García, *Lenin y la revolución cultural*, México, Ediciones Era, 1975.

⁶ Esto fue lo que vislumbró Rousseau, al ocuparse del tema de la desigualdad, y que casi lo llevó al punto de ruptura con la ideología burguesa. Sin embargo, su fidelidad al pequeño productor y, por ende, a la pequeña propiedad individual, le impidió hacerlo, de lo que se ha aprovechado la burguesía para, aun a disgusto, proceder a la recuperación de su doctrina.



⁷ Sobre este tema, escribió Lenin: "Si confiáramos en que la redacción de un centenar de decretos iba a cambiar la vida del campo, seríamos unos idiotas rematados. Mas si renunciáramos a señalar en los decretos el camino que se debe seguir, seríamos unos traidores al socialismo. Estos decretos, que en la práctica no han podido ser aplicados en el acto y en toda su integridad, han desempeñado un importante papel desde el punto de vista de la propaganda [...] Nuestros decretos son llamamientos, pero no al viejo estilo: 'Obreros, levantaos, derroca a la burguesía'. No son exhortaciones a las masas, son llamamientos a acciones prácticas. *Los decretos son instrucciones que invitan a una acción práctica de masas*" ("Informe sobre el trabajo en el campo. Pronunciado el 23 de marzo", VIII Congreso del PC(b) de Rusia, 18-23 de marzo de 1919, en *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, t. III, p. 191). Más adelante, añade: "Nuestros decretos son justos en el fondo. No tenemos motivos para retractarnos de ninguno de ellos ni para lamentarnos. Mas si los decretos son justos, *lo injusto es imponérselos por la fuerza a los campesinos*" (*ibid.*, p. 214).

⁸ Es más desarrollada porque la clase que la utiliza cuenta con el Estado para apoyarla, aunque no tanto mediante el uso de la fuerza, sino más bien de la presión económica; *v. gr.*, la prioridad concedida a las cooperativas agrícolas para la obtención de recursos del Estado.

⁹ El papel destacado que asumió la ideología en la instauración del orden burgués no resta para nada importancia al uso de la fuerza, cabiéndole también a la burguesía la invención del monopolio estatal de la misma. Éste no existe en regímenes anteriores, siendo que el grado mayor de dispersión de la fuerza que observamos en instituciones estatales es el que se da en el Estado esclavista, donde cada propietario de esclavos es libre de emplearla contra sus trabajadores. La burguesía, en su lucha contra el orden feudal, postula el monopolio de la fuerza y, convertida en clase dominante, la emplea contra las demás clases, llegando incluso a suprimir sus propias organizaciones armadas, constituidas en defensa de la autonomía de los burgos en la Edad Media. Bajo el régimen jurídico burgués, el derecho a portar armas es concedido sólo a ciudadanos calificados y sólo para su defensa individual.

¹⁰ La cual puede abarcar incluso el campo electoral. Lenin era enfático en este punto: "La cuestión respecto a la privación de los derechos electorales a la burguesía no la interpretamos de ningún modo desde un punto de vista absoluto, porque en el terreno teórico es perfectamente admisible que la dictadura del proletariado irá aplastando a la burguesía a cada paso, sin privarla, no obstante, de los derechos electorales. Desde el punto de vista teórico, esto se concibe plenamente, y de ahí que tampoco proponemos nuestra constitución como un modelo para los demás países. Decimos únicamente que el que concibe la transición al socialismo sin el aplastamiento de la burguesía no es socialista" (*ibid.*, p. 191).

PERSPECTIVAS DE LA HISTORIOGRAFÍA LATINOAMERICANA

sergio bagú

En historiografía, como en toda actividad científica, tres elementos corren paralelamente y es difícil arribar a conclusiones precisas sobre tendencias y contenidos de la producción si no se toma en cuenta a todos y se les interrelaciona: la ciencia, la técnica y la profesión. El primero se refiere al contenido sustantivo; el segundo, al modo de hacer; y el tercero, a las condiciones sociales en las cuales se busca el contenido y se desarrolla el modo de hacer.

Varias etapas son bien discernibles en la ruta recorrida por la creación histórica latinoamericana desde principios del siglo XIX, aunque es obvio que existen numerosas variantes locales y que cada una de esas etapas es susceptible de una microperiodización.

Durante el siglo XIX, la reconstrucción del pasado se había hecho, con mucha frecuencia, como parte de una definición del historiador en la lucha política de su tiempo. Opinar es siempre polemizar, pero en esa etapa el ánimo polémico ocupa un primer frente en la reconstrucción del pasado. Esta observación no prejuzga, sin embargo, el valor cultural de esa reconstrucción, que en no pocos casos fue elevado.

Cuando ya se inicia el siglo XX, la multiplicación de las cátedras universitarias y la fundación de academias de historia son síntomas de la expansión de una corriente teórica que bien podría denominarse neopositivismo historiográfico, cuyas raíces pueden encontrarse en Europa en la segunda mitad del siglo XIX. Es la búsqueda en archivos

Sergio Bagú. Historiador argentino residente en México. Profesor-investigador del CELA, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Consejo Editorial de Dialéctica. Uno de sus libros más importantes es Tiempo, realidad social y conocimiento. Recientemente se ha vuelto a publicar su Economía de la sociedad colonial.

Conferencia de clausura del Congreso Internacional de Historia de América Latina y el Caribe, 1974-1994, Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Querétaro, Qro., junio de 1994.

© *Dialéctica*, núm. 27; primavera de 1995

del dato preciso muy predominantemente político y su presentación objetiva, como si el autor se desligara de todo prejuicio partidista.

Hasta 1945, el campo observable es predominantemente el fenómeno político, concebido como la lucha por el poder estatal central, aunque se encuentran excepciones notables en autores cuya preocupación por lo económico, lo social y lo cultural parece anunciar los nuevos objetivos de la investigación.

1. 1945-1975

Después de la segunda guerra mundial, aparecen en el horizonte conceptual nuevas actitudes, y en este caso América Latina corre paralelamente con los Estados Unidos y Europa. Se trata de reivindicar la importancia extraordinaria del fenómeno económico, de complicar el acontecimiento político entremezclándole elementos de la estructura social y descubrir el subsuelo demográfico en todas las corrientes de acontecimientos del pasado y del presente.

Fácilmente podríamos insertar este último capítulo entre 1945 y 1975. En esos años es cuando se diferencian claramente aquellos tres elementos que mencionaba: la ciencia, la técnica y la profesión. Después de mucho andar aparece en nuestros países la posibilidad de llegar a un nivel superior de profesionalización: vivir de reconstruir la historia o bien, a lo sumo, dividir la profesión entre investigación y docencia.

Aquí adquieren caracteres diferenciales bastante específicos los tres elementos: la historia-ciencia, la historia-técnica y la historia-profesión. La dependencia profesional del historiador a lo largo de este periodo —el colegio, la universidad, el instituto, la fundación, el Estado— contribuyó a acentuar la importancia de la técnica y a atenuar el horizonte político dentro del cual el historiador actúa y a veces se define públicamente. Los condicionamientos profesionales incidieron inevitablemente en el modo de interpretar el pasado y en el objetivo mismo de la búsqueda del dato.

sergio bagri

Por cierto que no fue ésta la única tendencia que se advierte en esa etapa cercana. Por una parte, hay un renacer y un inevitablemente se proyecta sobre las diversas facetas del trabajo del historiador. Simultáneamente, el vigoroso renacimiento en Europa Occidental del estudio de las obras de Federico Engels y Carlos Marx, inmediatamente después de 1945, se proyecta con rapidez sobre América Latina y todas sus ciencias sociales, incluyendo la reconstrucción del pasado. Esta corriente central tuvo los más diversos matices, desde aportes creadores hasta rutinarias repeticiones manualísticas sin valor científico.

En materia específicamente historiográfica referida a América Latina, debe mencionarse en un primer plano la vasta influencia de la escuela francesa de los *Annales*, muy especialmente en materia histórico-económica. También es importante la expansión de las investigaciones sobre historia de la población, que corre paralela con la creciente tecnificación del levantamiento censal y la valoración de los viejos censos.

Menos importante resultó, entre estas corrientes renovadoras, la investigación sobre historia social, y aún menos sobre historia política e historia cultural.

2. Lo más reciente

En los últimos veinte años se presentaron también algunos importantes cambios de rumbo. En primer término, la profesión acentuó los rasgos de dependencia institucional que se habían advertido durante los lustros anteriores, lo cual corre paralelamente con una mayor preocupación tecnológica y metodológica, así como una menor difusión teórica. Las fuentes de financiamiento estrecharon más su modalidad institucional, con lo que la carrera profesional y la recompensa económica fueron inevitablemente imponiendo normas profesionales de tipo formal, acompañadas de cierto menosprecio por el valor de los contenidos.

Entre la materia histórica y el profesional de la investigación se interpuso, con mayor fuerza en este periodo, la figura del



burócrata que juzga y distribuye fondos. Como nunca antes, las exigencias formales de la carrera profesional condicionaron los contenidos y la temática de la producción escrita.

En el terreno conceptual es fácil advertir un generalizado abandono del tipo de planteamientos y aun de temáticas que en el pasado inmediato aparecían como vinculados con corrientes marxistas.

3. El concepto de ciencia

No puedo extenderme exageradamente en esta exposición, pero tampoco dejar de mencionar una materia que, desde cierto ángulo, podría considerarse sólo paralela, pero que en realidad subyace en cualquier reflexión sistemática sobre el presente y sobre el pasado de las sociedades humanas. Me refiero al concepto mismo de ciencia, cuyas proyecciones alcanzan, por supuesto, todas las disciplinas científicas.

Recuerdo con bastante nitidez, como si el episodio hubiera ocurrido ayer mismo, cuando era común el argumento de que la historia de las sociedades humanas no podía ser ciencia porque los hechos que estudiaba no se repetían en el tiempo. Este concepto estaba fuertemente respaldado por la imagen del verdadero investigador científico, aquel que en el laboratorio repetía cientos de veces exactamente el mismo experimento para extraer conclusiones científicamente válidas.

Ya sé que desde fines del siglo XIX la noción epistemológica subyacente en este concepto había comenzado a debilitarse. El relativismo de Einstein, la teoría cuántica y otras corrientes paralelas introdujeron temáticas inéditas en la mente misma de las ciencias físicas, exactas y naturales.

Hace veinte años, aproximadamente, cuando comenzó a esbozarse la teoría del caos en ciencias físicas, la conmoción epistemológica se extendió aún más. El cálculo electrónico, al hacerse extraordinariamente complejo, parece completar —por paradójico que resulte— el ciclo de la duda acerca de la perfectibilidad del conocimiento en las ciencias duras. Una de las noticias que nos llegan con cierta frecuencia nos hace saber que algún aparato espacial, orientado por las supercomputadoras más increíblemente perfectas, se ha

perdido en la nada por errores de cálculo, como aquel que en 1993 la agencia espacial NASA, de los Estados Unidos, denominó *Mars Observer* y que costó a la humanidad mil millones de dólares. Anotemos, entre paréntesis, que los errores que nosotros cometemos en las ciencias sociales son mucho más baratos.

Otra de las noticias al respecto se refiere a las primeras opiniones de especialistas según las cuales el cálculo matemático ha llegado ya a ser tan extraordinariamente complejo que no hay verificación posible.

Casi diría que la última novedad que espera a los investigadores de las ciencias sociales es la extensión de la teoría del caos, originada en las ciencias duras, al análisis del presente y del pasado de las sociedades humanas. Desde luego, es menester aclarar aquí que lo que en las ciencias físicas y naturales ha comenzado a denominarse *caos* no es la impredecibilidad absoluta en la cadena de fenómenos, sino la existencia de sistemas irregulares que no por ello pierden su naturaleza básica causal, sino que la hacen notablemente compleja y casi impredecible si el investigador maneja sólo una lógica tradicional. Trasladado este nuevo concepto a los fenómenos de la personalidad y de las sociedades humanas, la denominación de *caos* parece acercarnos más a su verdadero contenido. Ahora sí podemos refutar aquella antigua objeción de la irrepitibilidad de los procesos observables en las ciencias sociales, recordando que los procesos físico-naturales también llevan implícita la condición de irrepitibilidad y que la diferencia con los fenómenos humanos reside en que estos últimos manifiestan su irrepitibilidad en plazos muchísimo más breves.

Pero esto no significa, en modo alguno, la negación del concepto de ciencia. Muy por el contrario, a partir de todos estos nuevos horizontes, originados muchos de ellos en las ciencias duras y en la matemática, sólo aparece la necesidad de admitir la extraordinaria complejidad de las estructuras, de los sistemas y de los procesos que se extienden en el tiempo. Esto nos lleva al corazón mismo de las ciencias sociales y, por lo tanto, de la historiografía, oficio este que tiene como objetivo fundamental descubrir el tiempo en el pasado y en el presente de las sociedades humanas.



4. Memoria y estructura social

ensayos

Desde aquellos momentos, cuando se le negaba a la reconstrucción histórica la calidad de la ciencia por empeñarse en descifrar lo que no se repite, hasta nuestros días, en que el antiguo concepto de repetibilidad ya no es la pauta de las ciencias duras, han transcurrido decenios de intensa búsqueda en materia epistemología. La calidad científica de la reconstrucción de los procesos de las sociedades humanas en el tiempo no puede ya ponerse en duda desde ningún ángulo.

Podemos ir aún más lejos. A partir de lo que hoy sabemos sobre la estructura social de las comunidades humanas en el pasado y el presente, se comprueba que la función que cumplían aquellos lejanos cronistas de las comunidades elementales, que consistía en conservar la memoria —mitad verdad y mitad mito— de esas comunidades, constituía un elemento de cohesión comunitaria, lo que hoy llamaríamos el elemento cultural de la estructura social. El oficio ha cambiado de estilo, pero su función sigue siendo ésa: proporcionar el elemento cultural de la estructura social, aunque desde luego abandonando el mito y aferrándose totalmente a la verdad.

5. La teoría económica como modelo

Por lo demás, después de 1945 se acentuó una tendencia que procede, cuando menos, del siglo XIX. Implícita o explícitamente, la economía apareció como modelo para todas las ciencias sociales, incluyendo la historiografía. Desde el punto de vista argumental, la economía era, evidentemente, la que manejaba conceptos más *matematizables*. Se podía expresar fácilmente en números, lo cual invitaba a todo género de especulaciones cuantitativas. En el fondo, palpitaba una realidad psicosocial profunda: las sociedades occidentales habían incorporado el cálculo económico, aunque en su forma más elemental, a las necesidades de la vida diaria de cada individuo. Era la

sergio bagú

primera vez que esto ocurría en el largo transcurso de las sociedades humanas.

La economía es, sin duda alguna, la más matematizable entre las ciencias sociales, más aún que la demografía, que le sigue en esa peculiaridad, pero —valga la paradoja—, ¿es por eso la más científica? En el fondo, se trata del problema básico de la naturaleza del conocimiento científico.

Cómo se puede conocer la realidad social global; cómo se puede descubrir su historicidad; cómo se puede formular ese conocimiento. Éstas son las tres claves de la historiografía como ciencia y la posibilidad de formular respuestas a esas preguntas obliga a recurrir a los aportes de todas las ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas. Desmesurados requisitos para el ejercicio de la profesión de historiador, pero todos ellos válidos en un terreno lógico.

Pensar que la economía es la pauta inapelable para todas las ciencias sociales es reducir notablemente el campo de investigación, transformando en norma universal lo que en realidad es sólo uno de los elementos básicos de ese universo extraordinariamente complejo que es la dinámica global de las comunidades humanas.

En el terreno teórico, ese tipo de apología de la ciencia económica es reduccionista, pero en el terreno práctico ese reduccionismo adquiere proporciones extremas. Si la ciencia social se reduce sólo a lo que es economía, el próximo paso puede ser reducir la economía a uno solo de sus capítulos. Eso es aún más preocupante, porque la tendencia no se manifiesta sólo en el terreno especulativo, sino que invade todos los campos científicos y profesionales.

6. El Premio Nobel de Economía

Quiero referirme aquí a una sola institución contemporánea, que en nuestros días se proyecta como foco de orientación conceptual y metodológica de alcance internacional.

Creado en 1969 por el Banco de Suecia, éste es el único premio Nobel que se otorga en ciencias de la sociedad y de la personalidad humanas. El reduccionismo ya comienza con esa extrema definición. La nómina de los premiados hasta el



último, otorgado en 1993, ya es suficientemente prolongada como para descubrir una verdad de fondo.

Comenzando con los que nunca lo recibieron, tres nombres aparecen rápidamente en la memoria: Joan Robinson, John Kenneth Galbraith y Raúl Prebisch, todos ellos autores de una larga bibliografía en la especialidad. Los dos primeros —Joan Robinson ya desaparecida— son teóricos de primer rango, que insuflaron en sus análisis una amplia visión filosófica e histórica, sin dejar de manejar, aunque mesuradamente, el elemento matemático. Prebisch —también fallecido— dedicó más de cincuenta años al análisis de la economía latinoamericana.

Entre los premiados desde 1969 hay, sin la menor duda, economistas muy meritorios. Pero esta comprobación tiene sus limitaciones, de las cuales sólo es posible enunciar aquí algunos casos elocuentes.

En 1990 el premio fue compartido por Harry Markowitz, por su teoría de elección de la cartera de valores; William Sharpe, por su teoría sobre la formación de precios para activos financieros; y Merton Miller, por su teoría sobre las finanzas corporativas. A juzgar por la información periodística, se trata de técnicas aplicables al mejor manejo de las grandes corporaciones contemporáneas. La técnica, ya lo sabemos, no es ciencia.

En 1993 la recompensa fue otorgada, por primera vez, a dos historiadores económicos. Uno de ellos es Robert William Fogel, quien, en colaboración con Stanley L. Engerman, publicó en 1974 una obra titulada *Time on the Cross / The Economics of American Negro Slavery* (Little Brown, Boston-Toronto). El argumento central de esa obra, sostenido por una larga faena de manejo estadístico, consiste en que en los Estados Unidos, hasta el momento de la guerra civil y la abolición de la esclavitud, la plantación esclavista funcionaba como una empresa privada más eficiente y con mayor éxito de mercado que muchas empresas industriales del norte.

Esta tesis fue amplia y rápidamente refutada en un importante volumen que se titula *Reckoning with Slavery / A Critical Study of the Quantitative History of American Negro Slavery* (Oxford University Press, Nueva York, 1976), redactado por varios historiadores cuantitativistas, con un

sergio bagri

excelente prólogo de Kenneth Stamp. No puedo entrar aquí en el detalle de la polémica, pero es menester dejar constancia de que la refutación, la cual abarca todos los aspectos, es realmente terminante. Sólo parece ausente el aspecto no científico, que en este caso es el ético.

La apología de la plantación esclavista durante la segunda mitad del siglo XIX que hacen Fogel y Engerman con el argumento de su eficiencia gira en torno de una lógica elemental que, sin necesidad de apoyo cuantitativo, podría reseñarse con estas palabras: si existió, fue porque era un buen negocio.

Lo era, sin duda, si se juzga con la mentalidad del empresario esclavista. Pero el testimonio más actual que tenemos para analizarla nos lo ofrece —histórica y elocuente coincidencia— Toni Morrison, novelista estadounidense, nieta de esclavos que vivieron oprimidos ferozmente en las plantaciones del sur de los Estados Unidos, por cuyas novelas, que tratan sobre los negros de esa región y la esclavitud, recibió el Premio Nobel, no de Economía precisamente, sino de Literatura, el mismo año.

En síntesis, lo que recompensa preponderantemente el Premio Nobel de Economía es el éxito empresarial, a cuyas técnicas llama ciencia económica. Parece innecesario aclarar que no es el instrumento —en este caso el cálculo electrónico— lo criticable, sino el tipo de mentalidad con que se maneja.

7. Cuatro obras recientes

Cuatro obras importantes han aparecido muy recientemente, en las cuales, a partir de planteamientos muy disímiles, surge con fuerza la convicción de que el descubrimiento del sentido del proceso histórico es indispensable para juzgar el presente y pronosticar el futuro.

Una se titula *Hispanoamérica-Angloamérica / Causas y factores de su diferente evolución*, por Domingo Maza Zavala, Editorial Mapfre, Madrid, 1992. El autor es uno de los economistas más importantes de América Latina en el presente y ha producido numerosos trabajos en su especialidad, con una larga carrera institucional. Esta obra marca un punto de

TIME ON THE CROSS
The Economics
of American Negro
Slavery



R. W. Fogel • S. L. Engerman

inflexión en esa intensa bibliografía altamente especializada. Ahora el economista reconstruye una extensa trayectoria histórica para explicarse el presente y lo hace apelando al ángulo comparativo, otro de los métodos sobre el cual podríamos detenernos largamente para señalar su importancia lógica.

Otro libro se titula *Preparing for the Twenty-First Century*, Harper-Collins, Londres, 1993. Paul Kennedy, su autor, es el único historiador entre los cuatro. Maneja una vasta información procedente de diversas disciplinas científicas, pero no pierde su intento básico, que consiste en trazar un largo recorrido en el pasado para articular conjeturas sobre el futuro inmediato.

Las dos obras restantes proceden de otros tantos e importantes investigadores en ciencias muy distantes de las sociales.

Jared Diamond es un biólogo estadounidense especializado en aves y, a la vez, evolucionista importante. Su obra más reciente se titula *The Third Chimpanzee / The Evolution and Future of the Human Animal*, Harper Perennial, Nueva York, 1992.

Diamond recurre a la historia de las comunidades humanas para pronosticar el futuro del *Homo sapiens*. Maneja indistintamente desde los datos históricos más remotos hasta la actualidad más palpitante, que incluye el genocidio cometido por el régimen militar que se inicia en Argentina en 1976.

Los temas expuestos por Diamond inciden directamente sobre la materia que nos preocupa. Uno se refiere a la reconstrucción que se ha hecho de la historia de la isla de Pascua, cuyo nombre original es Rapa-Nui, territorio chileno en el océano Pacífico a varios miles de kilómetros de la costa. Hasta hace muy poco, la presencia de una cantidad de esculturas monumentales y la comunidad que las creó constituían verdaderos misterios. Su pasado ha sido reconstruido, no por historiadores, sino por arqueólogos y paleontólogos. Allí vivió, en siglos lejanos, una comunidad que durante un largo periodo se mantuvo con una agricultura depredadora, sin noción del riesgo que implicaba la destrucción de la capa vegetal. Mientras esa agricultura atravesó la etapa expansiva, la comunidad vivió pacíficamente y alcanzó un nivel de existencia aceptable. Cuando la capa vegetal comenzó a

presentar signos de agotamiento, se produjeron divisiones agudas entre grupos sociales, luchas desgastadoras y gobiernos despóticos, todo lo cual agregó el empobrecimiento humano al empobrecimiento del medio ambiente. Simultáneamente cambia la concepción religiosa y el arte adquiere otro sentido y, en consecuencia, otra forma expresiva. Diamond completa su cuadro histórico con otros

numerosos casos de genocidio y de agotamiento de los recursos naturales por defectos graves de su administración, aunque no siempre coinciden ambos procesos. Todos estos casos le sirven para advertir que la presencia de las comunidades humanas en la corteza terrestre no es un dato asegurado en la vida del planeta.

Dos amenazas básicas encuentra Diamond para la supervivencia de la especie humana. Una es la guerra atómica, cuyo riesgo, observa, parece alejarse con la desaparición de la Unión Soviética. Otra es la extinción de los recursos naturales indispensables para la sobrevivencia humana. Si continúa la destrucción indiscriminada de esos recursos, la existencia de la especie corre un serio riesgo. El evolucionista nos advierte: más de la mitad de las especies animales registradas por el investigador ha desaparecido de la tierra. No existe ningún argumento científico —concluye— para negarse a aceptar la posibilidad de la desaparición de la especie *Homo sapiens*.

Es oportuno recordar aquí que en los Estados Unidos se está realizando actualmente una importante investigación, en la que participan treinta científicos, sobre la relación entre la decadencia de los recursos renovables, el aumento de la población y los conflictos sociales violentos (Th. F. Boutwell y G.W. Rathjeb, "Environmental change and violent conflict", en *Scientific American*, Nueva York, febrero de 1993).

8. Una pregunta inquietante

La cuarta obra reciente en la cual el proceso histórico constituye el cauce central de la argumentación es la de Gerard Piel, titulada *Only One World / Our Own to Make and to Keep*, W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1992.

THE THIRD
CHIMPANZEE
The Evolution and Future
of the Human Animal



Jared Diamond

Es imposible comprender el interés que la opinión de este autor tiene para nosotros los latinoamericanos si no trazamos antes un breve esbozo biográfico. Piel fue, apenas finalizada la segunda guerra mundial, el reorganizador de *Scientific American* y su director hasta hace poco. Fundada en Nueva York hace más de un siglo, se cuenta entre las tres o cuatro revistas de ciencias duras más importantes del mundo, con ediciones en varias lenguas y distribución internacional. Piel, como es lógico suponer, procede de las ciencias duras y no es exagerado considerarlo como orientador de la investigación en ese campo. Al parecer, su incursión en el terreno de los problemas mundiales contemporáneos y de la historia de grandes sectores de la población mundial obedece a preocupaciones relativamente recientes.

Esta obra es de tipo verdaderamente enciclopédico y sólo pudo haber sido emprendida por un solo autor si está respaldado por un extraordinario archivo de datos. En una sección del libro, Piel hace un recuento general del problema fundamental contemporáneo de grandes masas continentales. Cuando llega a América Latina, hace una observación de fondo. Este subcontinente —advierte— posee vastos recursos naturales, una densidad demográfica apenas mediana y una intelectualidad numerosa y bien preparada. Sin embargo —observa—, mantiene en la pobreza a un alto porcentaje de su población. ¿Cómo explicarse una contradicción tan notoria?

Gerard Piel recurre al conocimiento histórico para descubrir la continuidad secular que le permita llegar a una conclusión sobre lo contemporáneo. No se trata en esta ocasión de juzgar la validez de la interpretación histórica del autor. Lo fundamental es el interrogante que Piel se plantea: ¿cuáles son los procesos históricos que han impedido que un subcontinente como América Latina supere los niveles de atraso, miseria e injusticia que hoy la perturban tan seriamente?

No es oportuno intentar aquí una respuesta que, por supuesto, debe evadir las simplificaciones y afrontar toda la extrema complejidad de un proceso de siglos y de un presente saturado de contradicciones. Pero el planteamiento de Piel debe gravitar sobre nosotros como una invitación que

sergio bagú

encierra cierta dosis de acusación para la intelectualidad latinoamericana. América Latina tiene, en efecto, una vasta intelectualidad que, en términos generales, se caracteriza por la universalidad de su formación cultural y la aptitud profesional. Esa intelectualidad de hoy recoge una tradición ya antigua en este subcontinente: la avidez por el conocimiento de otras culturas y el manejo fácil de las lenguas que antes y hoy constituyen la clave del conocimiento directo de esas culturas. En dos de sus lenguas —el español y el portugués— se traduce desde hace un siglo lo que probablemente sea el mayor número de autores de otras lenguas en todo el mundo. El acceso a las fuentes informativas procedentes de Europa y los Estados Unidos constituye para esa intelectualidad una norma heredada de sus abuelos. Su aptitud de interpretación, en términos generales, es, por decirlo con prudencia, realmente considerable. Todos estos datos de la realidad acentúan una responsabilidad social muy grande.

9. Una tendencia persistente y una sombra ilustre

Cuando este importante congreso de historiadores latinoamericanos llega a su fin, corresponde recordar una tendencia persistente y evocar una sombra ilustre, una y otra relacionadas con el oficio de historiador.

Para el ser humano, para la comunidad del *Homo sapiens*, reconstruir el pasado —ya lo sabemos— es una necesidad del presente. Político es el individuo que cree tener una fórmula para solucionar problemas de su tiempo y su lugar, pero cuando el político quiere ascender a niveles de responsabilidad social y cultural apela a la historia para justificar su programa del presente. Tanto el socialismo como el liberalismo, las dos corrientes políticas que en el siglo XIX adquieren fuerza multitudinaria, hicieron grandes esfuerzos de reconstrucción y de lógica para encontrar el hilo histórico que formara la columna vertebral de sus teorías y sus programas.

Latente o explícito, el dato histórico refuerza la actitud política, pero, al ingresar, solapada o abiertamente, en la

ONLY
ONE WORLD
Our Own to Make
and to Keep



Gerard Piel

polémica pública afronta el riesgo de la distorsión. En ese terreno se acentúa la obligación del historiador, que es un científico al servicio de la verdad. Vale la pena mencionar aquí un caso nada estridente para ilustrarlo. Cuando Benazir Bhutto ganó las elecciones y llegó al poder en Pakistán en 1988, y luego en 1993, los adversarios políticos de esta mujer alegaron que nunca antes en un país musulmán había ocurrido tamaña afrenta. El argumento fue retomado por la prensa occidental y difundido mundialmente, porque parecía reforzar la notoria inferioridad femenina en los territorios adscritos al Islam.

Fátima Mernissi, historiadora nacida en Marruecos, ha publicado recientemente en francés una obra de investigación, ya traducida al inglés, que se titula *Las reinas olvidadas del Islam*, donde reconstruye con detalles la trayectoria de dieciséis mujeres que entre 1000 y 1800 gobernaron países islámicos. La omisión intencional de esos importantes antecedentes es la obra —asegura— de lo que ella denomina el Islam político, que tergiversa intencionalmente al Islam del Corán.

Por nuestra parte, nos es fácil recordar que en los países occidentales de tradición cristiana la actividad política estuvo por ley rigurosamente reservada a los hombres hasta después de 1945, salvo algunas muy contadas excepciones de reinas, aunque la mujer se hizo presente en la militancia sindical y política en muchos países, sin esperar que la ley se lo permitiera. (Tomo los datos sobre la obra de Fátima Mernissi de *MECC News Report*, Middle East Council of Churches, Limassol, Chipre, marzo-abril de 1994.)

Más aún; en 1992 la Unión Interparlamentaria presentó en la sede de las Naciones Unidas en Ginebra el resultado de una investigación de alcance mundial, que tituló "Las mujeres y el poder político", en la que se demuestra, país por país, que el ingreso de la mujer en los organismos del poder político en todo el mundo es un proceso de limitados alcances y marcada lentitud (*El Día*, México, 14 de marzo de 1992).

Los casos recientes de distorsión de la memoria histórica para servir fines políticos inmediatos aparecen con facilidad. Cuando en Europa surge el fascismo en el siglo XX, se hace

sergio bagú

acompañar desde sus inicios por una nueva interpretación del pasado, e inclusive por una antropología *sui generis*. No puede sorprendernos, pues, que los novísimos fascismos en varios países del continente europeo hayan dado lugar ya a peculiares interpretaciones del proceso histórico que tienden notoriamente a justificar sus objetivos y sus tácticas. Estamos en presencia de un neofascismo, pero también de una corriente historiográfica neofascista. La lucha se presenta en todos los frentes.

No es nada inoportuno, aquí entre historiadores que conocemos muy bien la influencia que la escuela de los *Annales* tuvo sobre la formación de toda una generación de especialistas latinoamericanos, recordar que la idea básica de los *Annales* y la revista misma fueron lanzadas por Marc Bloch, quizá el historiador europeo más importante de este siglo. Precisamente en los días en que se ha celebrado este congreso se cumple medio siglo desde que Marc Bloch fue fusilado en un campo de concentración nazi en su propio suelo francés. Bloch no fue fusilado por su obra histórica, sino por su participación en el movimiento de resistencia a la ocupación nazi. Él, que nunca había sido militante político, sabía que arriesgaba su vida —¡cómo no saberlo!— cuando se definió contra el nazismo. Bloch es una pauta, no porque invite a la militancia política ineluctablemente, sino porque supo conciliar, hasta el sacrificio personal, su virtud de científico con su dignidad de ser humano.



NOVEDAD EDITORIAL

CARLOS FUENTES

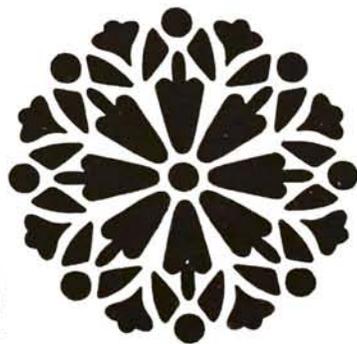
Hermetismo medieval y cultura hispánica

María Teresa Colchero



Gobierno del Estado de Puebla
Secretaría de Cultura

COLECCIÓN PORTAL POBLANO NÚM. 7



HISTORIA Y MARXISMO ABIERTO

john holloway

La teoría marxista es a la vez más urgente y está más desacreditada que nunca. Más urgente porque la creciente naturaleza terrorista de la dominación capitalista hace desesperadamente importante fortalecer y hacer teoría de la lucha de oposición. Más desacreditada, tanto por la terrible historia y colapso de aquellos estados que adoptaron el marxismo como ideología oficial, como por el hecho de que la *academización* del marxismo en Occidente, después de finales de los sesenta, lo ha hecho parecer frecuentemente como algo irrelevante para esa lucha de oposición.

Es, por consiguiente, más importante que nunca destacar la naturaleza del marxismo como teoría de la lucha. Hablar de lucha es hablar de la apertura del desarrollo social; pensar el marxismo como una teoría de la lucha es pensar las categorías marxistas como categorías abiertas, categorías que conceptúan la apertura de la sociedad. Para tomar prestada una frase del título de los recientes volúmenes publicados por Bonefeld, Gunn y Psychopedis (1991)¹ (quienes a su vez lo toman de Agnoli, 1980), es esencial concebir el marxismo como "marxismo abierto".

Esto implica, en primer lugar, una crítica del "marxismo cerrado", todas aquellas corrientes de la tradición marxista que ven el desarrollo social como un camino predeterminado, ya sea desde un

modo de producción hacia otro o, en el lenguaje más de moda de la teoría de la regulación, desde un modo de regulación hacia otro, ya sea que se le vea en los términos tradicionales de la "necesidad histórica" o en los tonos posmodernos, postestructurales, más influyentes de las "inescapables líneas de tendencia y dirección establecidas por el mundo real" (Hall, 1985, p. 15). Existe una larga, ridícula y a veces hasta asesina tradición del marxismo cerrado de imponer demasiado fáciles y mortíferas clasificaciones

John Holloway. Politólogo inglés residente en México. Autor de libros como *State and Capital* y *Posfordismo y forma social*, con B. Bonefeld. Investigador del Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, de la BUAP.

john holloway

sobre el futuro. Esta clase de marxismo viene en diversas formas y figuras, desde el determinismo de la Segunda y Tercera internacionales, hasta las más recientes tendencias, como el estructuralismo, el marxismo de la elección racional, la teoría de la regulación o el realismo crítico, pero todas tienen en común una visión teleológica, funcionalista, determinista, del desarrollo histórico que impone límites a las posibilidades del futuro (Bonefeld, Gunn, Psychopedis, 1991; Bonefeld y Holloway, 1991). Está lejos de ser un desarrollo reciente, pero, mientras que el determinismo tradicional del marxismo "ortodoxo" al menos tenía un *deus* (casi *deus ex machina*), el Partido, que podría salvarnos de las leyes objetivas del desarrollo capitalista, las teorías modernas, más como regla que como excepción, simplemente degeneran en teorías de la reproducción de la teoría burguesa. El marxismo respuestas a las cuestiones de la teoría burguesa. El marxismo deviene, en la frase de Mattick, "el último refugio de la burguesía", proponiendo soluciones a los problemas que la teoría burguesa había fallado en resolver.

Si el marxismo cerrado es una larga tradición, la "tradición subterránea del marxismo abierto", como lo señalan Bonefeld, Gunn y Psychopedis (1991, p. 3), una tradición en la cual incluyen a Luxemburgo, el joven Lukács, Korsch, Bloch, Adorno, Rubin, Pashukanis, Rosdolsky y Agnoli, para no mencionar a Marx mismo, es al menos tan larga como aquélla. La crítica de la cerrazón es tan vieja como la tradición marxista misma, pero ahora, cuando la mano muerta de la teoría burguesa se estira tan lejos, se ha convertido en algo más urgente que nunca. Y a esta crítica el nuevo libro de Heide Gerstenberger, *Die subjektlose Gewalt: Theorie der Entstehung Bürgerlicher Staatsgewalt*,* hace una importante contribución.

Los orígenes del libro de Gerstenberger se remontan a 1974. Ésta fue la época en que el "debate de la derivación del Estado" estaba en su apogeo en Alemania Occidental. El estímulo a este debate lo proporcionaba la insistencia, primero de Wolfgang Müller y Christel Neusüss (1970), en que el entendimiento de la naturaleza capitalista del Estado en la

Die subjektlose Gewalt
Theorie der Entstehung
Bürgerlicher
Staatsgewalt

Heide Gerstenberger

sociedad capitalista podía ser logrado sólo mediante el análisis de la relación entre Estado y sociedad, o más bien a través de “derivar” la particularización del Estado (la existencia del Estado como forma particular de relaciones sociales) de la naturaleza de las relaciones capitalistas como un todo. Como el término “derivación” sugiere, el énfasis se establecía en la conexión *lógica* entre la naturaleza de las relaciones sociales capitalistas y la forma y funciones del Estado. El debate ha sido frecuentemente acusado de adoptar un enfoque de la lógica del capital para el estudio del capitalismo, esto es, de asumir (injustificadamente) que lo que se requiere para la lógica del capital automáticamente sucede, tratar las interconexiones entre fenómenos sociales como lógicas y no como interconexiones sociales. La acusación puede hacerse con justicia contra muchas de las contribuciones al debate, pero dentro de la discusión alemana (para el desarrollo británico, véase Clarke, 1991) había ya voces disidentes.

Dos de las contribuciones más importantes en esta dirección fueron las realizadas por Joachim Hirsch (1973, 1974-1978) y Heide Gerstenberger (1975-1978). Ambos, por diferentes caminos, protestaron contra la orientación puramente lógica del debate. Hirsch señaló que la derivación de las funciones del Estado de los requerimientos del capital conduce todo demasiado fácilmente hacia el supuesto funcionalista de que el Estado desde luego satisface dichos requerimientos, “lo que significa que el problema central en el análisis del Estado, a saber, la cuestión de si el Estado es eficaz en absoluto —y si es así, bajo qué condiciones— para desempeñar ciertas funciones y qué consecuencias tiene esto, es conjurado como fuera de existencia” (1974-1978, p. 187). Él argumenta que el análisis de la forma sólo puede proporcionar “los puntos de partida generales” (p. 119) para analizar las funciones del Estado, que el proceso real de desarrollo tiene que ser sujeto de un análisis histórico (p. 119). La relación entre lógica e historia nunca se resuelve satisfactoriamente en la obra de Hirsch; sin embargo, hay una tendencia a observar la lógica como lo que establece el marco general de desarrollo, con los detalles reales satisfechos por la historia de la lucha de clases, de tal manera que al final la lucha

de clases se ve como algo subordinado a la estructura lógica del capitalismo: “Son siempre el capital mismo y las estructuras los que imponen ‘objetivamente’, detrás de las espaldas de los actores, cómo se establecen las condiciones decisivas para los procesos de la lucha de clases y la crisis” (Hirsch y Roth, 1986, p. 37). La imagen de Hirsch sobre el “posfordismo” es más pesimista que el ingenuo optimismo ciego de muchos teóricos de la regulación, pero, no obstante, el futuro es predeterminado. (Para una discusión crítica, ver Holloway y Picciotto, 1978; Bonefeld, 1987-1991; Holloway, 1988-1991.)

La crítica de Gerstenberger al debate de la derivación del Estado fue mucho más radical. Criticaba a los participantes del debate por una ceguera histórica que los conducía a proyectar las condiciones contemporáneas de Alemania sobre la base del análisis general del Estado y argumentaba que una investigación histórica detallada era precondition necesaria para elaborar una teoría adecuada del Estado: “sólo después de un extenso proceso de investigación histórica —que apenas está comenzando— será posible la construcción sistemática de teorías” (1975-1978, p. 157). Su nuevo libro es resultado de dicho “extenso proceso de investigación histórica”.

Es un trabajo monumental, un monstruo de libro: 530 páginas, con otras 100 páginas de bibliografía comentada. De algún modo, se trata de varios libros en uno. Las 400 páginas centrales del libro se dedican a dos capítulos (que podrían ser libros por derecho propio) que discuten la transición del feudalismo a través del *ancien régime* hacia la sociedad burguesa en Inglaterra y Francia. La discusión se da a tal nivel de detalle histórico en algunos aspectos que se decidió hacer una distinción entre esos pasajes, que serían de interés sólo para los lectores preocupados en especial por el material histórico, y aquellos pasajes de un mayor interés teórico general, mediante la impresión de los primeros en una tipografía aún más pequeña que la del resto del libro. Esto no significa que el libro sea simplemente, o primordialmente, un recuento histórico de la transición del feudalismo al capitalismo. Se ocupa, como el subtítulo lo indica, de la teoría de los orígenes del poder del Estado, pero, en congruencia con su propio criticismo de 1975, la teoría está sustanciada por los resultados de un “extenso proceso de



investigación histórica.¹ Los dos capítulos centrales están complementados por una introducción teórica y unas conclusiones, así como por un capítulo comparativo sobre el desarrollo histórico en los dos países.

Este es un trabajo muy impresionante. El alcance de su cobertura, la profundidad de los detalles, el cuidado con que capta y discute los debates teóricos e históricos, son casi abrumadores. La primera reacción de uno al tratar de discutir el libro es de total inadecuación. Se trata de un trabajo monumental, de tal manera detallado y bien documentado que uno siente que se requeriría un equipo completo de revisores para poder hacerle justicia. Ciertamente, necesita ser reseñado y discutido ampliamente, no sólo en Alemania, desde muchos aspectos y desde diferentes ángulos. El presente ensayo no es un intento de reseñar el libro en el sentido usual: la empresa está más allá de mi alcance. Más bien se trata de un intento limitado de enfocar algunos de los temas centrales del argumento teórico de Gerstenberger.

El argumento teórico del libro se dirige contra lo que podría ser llamado la tradición "cerrada" de la historiografía marxista (y no marxista). Esto es, la imposición de ideas preconcebidas de lo que *debería* haber pasado sobre el material histórico mismo, y, más particularmente, el argumento estructural-funcionalista según el cual, si algo era funcionalmente necesario para la supervivencia o desarrollo de las estructuras sociales, por tanto sucedió. Un concepto central en esta tradición es la noción de "revolución burguesa", teleológicamente entendida como "necesidad histórica", paso necesario del feudalismo al capitalismo. Típicamente, la revolución burguesa se concibe como resultado del desarrollo del capitalismo en los intersticios de la sociedad feudal, hasta el punto en que se produce un creciente e intenso conflicto entre la burguesía en ascenso y la aristocracia feudal, conflicto que entonces da lugar a la revolución, la victoria de la burguesía y la sujeción del Estado a los intereses del capital, completándose así la transición de un modo de producción a otro.

Gerstenberger aborda el análisis de la revolución burguesa en Inglaterra y Francia como centro de su crítica de las

aproximaciones teleológicas y funcionalistas de la historia. Contra la interpretación tradicional de la revolución burguesa, ella argumenta que no había una transición directa del feudalismo al capitalismo. Tanto en Inglaterra como en Francia, el desarrollo histórico se dio del feudalismo a un tipo de sociedad distintivo que Gerstenberger llama *ancien régime*, y desde éste hacia el capitalismo. El *ancien régime* se caracteriza ante todo como la generalización de la dominación personal. El feudalismo se puede captar mejor como una dominación personal, en la cual una persona particular debía lealtad a la persona del señor, y donde la guerra era una importante parte de la práctica de apropiación. Los costos crecientes de la dominación personal, como consecuencia de los cambios en la práctica de la guerra y en los medios no militares de competencia con los otros señores, condujeron a la transformación gradual de los barones feudales en un estamento: la nobleza. Como nobleza, participaban en el poder personal generalizado del monarca. Su posición como nobles fue definida, no tanto por su propio poderío militar, ni por su propiedad de la tierra, sino por su reconocimiento como tales por parte del monarca; ellos gozaban de privilegios y favores concedidos por el monarca, y esos privilegios y favores frecuentemente formaban una parte muy grande del producto social excedente apropiado por la nobleza, de tal manera que las bases de la apropiación ya no eran la dominación personal, sino la generalización de la dominación a través de la persona del monarca. El monarca, por su parte, dependía de la nobleza para poder ejercer la dominación, pero el poder todavía se cifraba en la persona real: la dominación era aún personal, aunque generalizada. Como en el feudalismo, no había aún separación entre apropiación y dominación, y por tanto separación entre economía y política, de tal manera que no es correcto hablar de la existencia de un "Estado" en este periodo.²

La nobleza no era una clase, sino un estamento: su posición estaba definida por el reconocimiento real de sus privilegios. Las "revoluciones burguesas", por consiguiente, no oponían una clase (la burguesía) contra otra (la nobleza): estaban referidas más bien al derrumbamiento del privilegio y del acceso preferencial al proceso centralizado de



apropiación. No era un conflicto interclasista, sino uno interestamental. Existían claros intereses materiales en juego al tratar de privar a la nobleza de sus privilegios, pero no había un interés de clase que dividiera a la burguesía (que frecuentemente poseía tierra) y a la nobleza (que generalmente tenía una participación en el desarrollo capitalista). El conflicto existía entre propietarios privilegiados y no privilegiados. El que esta revolución pudiera lograrse pacíficamente dependía en buena medida de la particular, históricamente específica, estructura de privilegio. En Inglaterra, la revolución del siglo XVII no fue una revolución burguesa, sino un reordenamiento del *ancien régime*: no condujo a una despersonalización del poder, sino a una mayor apertura en el sistema de poder personal generalizado. La verdadera "revolución burguesa", en el sentido de derrumbar el privilegio, y por tanto la despersonalización del poder, la separación de la política (dominación) de la economía (apropiación) y la constitución del Estado, tuvo lugar pacíficamente en el curso de los siglos XVIII y XIX. Una de las razones por las que pudo tener lugar pacíficamente fue que en Inglaterra los sectores que encabezaban a la nobleza habían sido capaces de mantener económicamente su posición dominante, y así no tuvieron mucho que perder con los cambios. En Francia, por otra parte, la posición económica de la nobleza era mucho más dependiente del mantenimiento del sistema de dominación personal y de privilegio, de tal manera que las condiciones para una reforma gradual fueron mucho menos favorables: allí, la revolución, cuando se produjo en 1789, fue violenta (Gerstenberger, 1990, p. 494). En ambos casos, sin embargo, lo que estaba en juego no era la lucha de una clase contra otra, sino un cambio en la forma de dominación: la despersonalización de la dominación, lo que constituye la constitución del Estado burgués, la "fuerza sin sujeto" del título del libro.

Gerstenberger lleva el argumento un paso más adelante. No sólo es equivocado pensar en las "revoluciones burguesas" como resultado del conflicto entre dos clases, sino pensar que la dinámica de las sociedades

Hablar del conflicto de clase como constitutivo de la dinámica de esas sociedades es tan anacrónico, una proyección del presente al pasado, como hablar de un "Estado" feudal o del *ancien régime*. Aunque las relaciones de clase existían en las sociedades precapitalistas, éstas no explican la dinámica de esas sociedades. Es verdad que los levantamientos campesinos eran comunes e importantes, pero no fueron las luchas entre una clase burguesa en ascenso y la nobleza, ni las luchas entre los campesinos y las clases gobernantes, las que conformaron el desarrollo de estas sociedades. Más bien fue la competencia entre los miembros de los estamentos gobernantes por la posesión del poder lo que determinó el cambio social (Gerstenberger, 1990, pp. 507 y *passim*; 1991). Para esas sociedades, la historia es la historia de los poderosos. Como Gerstenberger explica al comienzo del libro, "para los fines de nuestra comparación histórica, la cuestión filosófica sobre la significación del sujeto para el proceso de evolución por el momento puede reducirse a la simple observación de que, para el desarrollo de las estructuras de dominación en la Europa de la Edad Media y en el inicio del periodo moderno, la significación estructural de la práctica viva de los individuos era mayor cuanto más extenso era su poder personal" (p. 132). Esto explica, añade, por qué la mujer juega una parte tan pequeña en su investigación.

Hay mucho de estimulante y mucho de inquietante en la argumentación de Gerstenberger. Ciertamente, el ataque a muchos de los clichés del marxismo, y particularmente a las nociones de la necesidad histórica, son bienvenidos. Ahora más que nunca está claro que no existe la necesidad histórica, ciertamente no la necesidad histórica de una transición a la sociedad comunista, y que el determinismo triunfante de algunos pasajes de Marx (el final de la sección I del *Manifiesto comunista* o el capítulo 32 del volumen I de *El capital*, por ejemplo), repetido a lo largo de gran parte de la historiografía marxista, es difícil de sostener, a la vez que poco útil políticamente hablando. Por encima de todo, la noción de necesidad histórica hace poca justicia a las actuales luchas de la gente, a sus derrotas y victorias reales. Lo crucial es que también va en contra de la noción de autocreatividad.

1789
anc n
r g me



central en Marx y la tradición marxista. Cuando Marx distinguía entre "el peor arquitecto" y la "mejor de las abejas", diciendo que el arquitecto proyecta su estructura en la imaginación que la rechaza en la realidad", podría haber añadido también que el arquitecto corre un riesgo mayor de fracasar en su construcción que la abeja. La creatividad humana implica incertidumbre, apertura, posibilidad de fracasar, poder destruir. El marxismo cerrado niega el poder creativo (y destructivo) del trabajo,³ pero es seguramente este poder del trabajo lo que constituye la base íntegra de la teoría marxista.

Sin embargo, el poder creativo y destructivo del trabajo no juega ninguna parte en el argumento de Gerstenberger. Para ella, al menos en las sociedades precapitalistas (y no resulta obvio por qué la sociedad capitalista debiera ser diferente), el poder que moldea la sociedad no es el poder del trabajo, sino el poder de los poderosos, el poder del no trabajo. A pesar de todos los méritos del libro, encuentro esta conclusión muy preocupante. ¿No existe acaso el peligro de que nos esté sacando de una historia en la cual somos excluidos por las leyes objetivas del desarrollo social, simplemente para conducirnos a otra en la cual somos igualmente excluidos, porque no fuimos, no somos y nunca seremos los "poseedores del poder"? Hace una crítica importante de las tradiciones del marxismo cerrado, pero no estoy seguro de que nos lleve muy lejos en el desarrollo del marxismo como teoría de lucha, como teoría de un mundo abierto.

El concepto de *marxismo abierto* no se refiere al eclecticismo característico del *neomarxismo*, el cual, casi como regla, reproduce en nuevo lenguaje el determinismo del peor *marxismo ortodoxo*, sino al riguroso reconocimiento de la apertura de las categorías mismas, que están abiertas simplemente porque son concepciones de procesos abiertos. La noción de apertura puede ilustrarse al contrastar las categorías de ganancia y plusvalor. La ganancia es una categoría cerrada (o *fetichizada*) porque se refiere a una cosa, sin referencia a la manera como la cosa es producida: como categoría cerrada, también es ahistórica, desprovista de movimiento. La categoría de plusvalor, por otra parte, es una categoría abierta (o *desfetichizada*) porque apunta al proceso

John Holloway
antagónico por medio del cual se crea la cosa, y por consiguiente a la naturaleza no determinada, incierta y dinámica de ese proceso. Un contraste similar puede hacerse entre el concepto burgués y marxista de *clase*. El concepto burgués de clase es un concepto estático que se refiere a un grupo de gente que tiene algo en común; para Marx, una clase es un polo del antagonismo enraizado en la producción, un antagonismo que es inherentemente dinámico e incierto.

Si las categorías del análisis marxista son entendidas como categorías abiertas en este sentido, como conceptualizaciones de un mundo abierto, entonces cualquier noción de necesidad histórica o de "leyes del desarrollo económico" simplemente se disuelven; y lo que nos quedan son las tendencias y los ritmos de la lucha. En otras palabras —y esto me parece la característica distintiva de una aproximación abierta al marxismo—, "no hay distinción entre contradicción y lucha":⁴ todas las contradicciones sociales son relaciones de lucha, y por consiguiente indeterminadas, inciertas, ampliamente abiertas. Nosotros no escogemos (simplemente) luchar, nosotros nacemos dentro y existimos en una relación de lucha. Nosotros estamos constituidos y nos movemos en la lucha. Esto no es necesariamente inquietante; por lo general es aburrido, monótono, pesado. La existencia de sociedades clasistas depende de la repetida lucha cotidiana para explotar: cualquier sociedad en la cual el producto excedente se lo apropia una parte de la población descansa sobre la lucha, sobre la repetida lucha cotidiana por extraer trabajo excedente impago de los productores directos, y todos los que somos miembros de semejantes sociedades estamos constituidos a través de esa lucha. Esto puede no percibirse como lucha por los participantes, pero subsiste el hecho de que la repetida lucha cotidiana para explotar es el prerrequisito necesario de cualquier sociedad clasista: capitalismo, esclavismo, feudalismo o *ancien régime*. No existe razón para pensar en esto como algo económico, como dependiente de una separación entre lo económico y lo político: se trata sencillamente del prerrequisito material para cualquiera de tales sociedades.

La lucha de clases, entonces, permanece en general oculta. Es la lucha de las clases gobernantes de cualquier sociedad

ancien
regime
ggg

clasiesta para someter el poder del cual es dependiente: el poder creativo y destructivo del trabajo. Este poder también permanece oculto. Marx habla del trabajo en relación con la fábrica, pero es probablemente cierto que en todas las sociedades clasistas el trabajo esté oculto, como el de la mujer en el hogar o el trabajo de los empleados domésticos. En este sentido, el marxismo es la teoría del poder de lo oculto, el poder de "los que no tienen poder", sobre cuyo trabajo depende la reproducción de la sociedad y de cuya explotación exitosa depende la reproducción de la sociedad como sociedad clasista. Lo que permanece oculto, no es sólo el trabajo, sino la explotación, el antagonismo, la negatividad. Es solamente cuando el Señor Bolsas de Dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo se introducen en él cuando cambia su fisonomía (*El capital*, I, p. 176), cuando son transformados de hombre rico y hombre pobre en capital y trabajo, en clases opuestas antagónicamente. ¡Búsquese la clase en la abstracción de la producción! ¡Búsquese en las calles y nunca se encontrará! La clase, como lo señala Gunn, "existe en el modo de ser negado" (Gunn, 1987).

Esta digresión sobre la naturaleza oculta de la lucha de clases y del poder del trabajo es necesaria para evaluar críticamente el reclamo de Gerstenberger de que, en las sociedades precapitalistas, la dinámica de la sociedad no estaba moldeada por la lucha de clases, sino por las interrelaciones entre los miembros de los estamentos gobernantes. Aunque no menciona explícitamente la famosa primera línea de *El manifiesto comunista*, su conclusión desafía clara y directamente el reclamo de Marx de que "la historia de las sociedades existentes hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases". Sin que me sienta competente para enfrascarme en una contienda de interpretación histórica, sospecho que su conclusión está basada en una falsa concepción de la clase.

El aspecto central es la visibilidad de la lucha de clases. Gerstenberger es claro en su rechazo a la noción de clase como grupo social (1990, p. 29; 1991, pp. 6-7) y en verla como "relaciones sociales contradictorias que existen entre aquellos que producen y aquellos que se apropian del 'plusvalor'" (1991, p. 7), pero parece identificar la lucha de

clases, no con la producción del plusvalor, sino con la resistencia explícita a la dominación como una dominación de clase. Así, aunque había relaciones de clase en las sociedades precapitalistas, estas "relaciones de clase generalmente no aparecieron como tales" (1990, p. 29; subrayado en el original; ver también 1991, p. 14). No aparecían como tales porque las relaciones de clase eran parte de las relaciones de dominación, de tal forma que los conflictos usualmente involucraban la extensión del poder de un señor en particular. Incluso cuando los conflictos se acentuaban, como en el caso de las revueltas contra el pago de impuestos, adquirían un "elemento de clase, pero no eran luchas de clase" (1990, p. 29). Consistente con esto, parece sugerir en algún otro lugar (p. 27) que la constitución de la clase como fuerza efectiva depende de la generalización de las condiciones materiales de reproducción y la constitución de un dominio público a través del cual podía establecerse un reconocimiento de intereses comunes.

Esto es enormemente problemático. Gerstenberger parece haber asumido en su análisis uno de los clichés del marxismo cerrado: la rígida distinción entre "clase en sí" y "clase para sí". Incluso ha ido un paso más lejos al desterrar en su totalidad el concepto de "clase en sí", de tal modo que lo único que cuenta como lucha de clases es lo que aparece "como tal". Pierde totalmente de vista el hecho de que la lucha de clases es en gran medida subterránea, que la clase existe "en el modo de ser negada". Pero una vez que el concepto de lucha de clases se ha limitado de esta manera a la lucha abierta de clases, la conclusión de la investigación resulta por demás obvia: que el desarrollo histórico de esas sociedades no puede entenderse como resultado de la lucha de clases. Y lo mismo podría decirse de la sociedad capitalista, con la sola excepción de algunos periodos muy específicos. La lucha de clases no aparece "como tal", excepto en situaciones revolucionarias.

Las implicaciones de limitar la lucha de clases a la lucha visible y abierta son muy profundas. Una vez que se concentra en esta forma de comprender la clase, se comienzan a observar fisuras (o al menos interrogaciones) a lo largo de toda la argumentación y en todas direcciones. Se



sugería anteriormente que la clave para desarrollar un marxismo abierto (y por tanto histórico) era el entendimiento de que la contradicción y la lucha son idénticos. El argumento de Gerstenberger, sin embargo, es justamente lo opuesto: hace una clara separación entre contradicción (relación de clase) y lucha de clases. La visión de que en el corazón de la reproducción capitalista la rutina diaria de extraer plusvalor impago de los productores directos es lucha, por consiguiente incertidumbre, apertura (es seguramente el gran mérito de los debates sobre el proceso de trabajo el haber puesto esto en claro). La norma de la clase gobernante (la habilidad del capitalista, el monarca, el señor para mandar) está constantemente cuestionada, jamás puede darse por descontada (cfr. Holloway, 1987). Ésta es la razón por la cual el funcionalismo está fundamentalmente equivocado: jamás puede darse por descontado que aquello que "tiene" que suceder sucederá. A pesar de sus aparentes intenciones, el argumento de Gerstenberger sugiere lo opuesto: la separación de la relación de clase respecto a la lucha de clases sugiere que la producción de un plusvalor puede darse por descontada, que la naturaleza problemática de la lucha por explotar puede hacerse a un lado, de tal suerte que no hay necesidad de preguntar si existen dificultades detrás de los cambios en la forma de dominación en lo referente a la extracción de trabajo excedente impago a los productores directos. El funcionalismo se infiltra en el corazón mismo del análisis: en el campo de la producción, se asume que aquello que debería haber pasado sucedió de hecho, que todo transcurrió suavemente, de acuerdo con los planes del señor feudal o el propietario de la tierra. Es sintomático que, aunque se discuten frecuentemente las formas de apropiación, hay poca o ninguna mención de las formas cambiantes de explotación. Pero si la explotación se da por descontada, no hay lugar para preguntarse siquiera acerca del poder del trabajo, acerca de ese poder subterráneo que constituye la base de la teoría marxista, el poder que crea y destruye, poder que hace absurda la suavidad, los análisis circulares de los funcionalistas (sean *duros* o *blandos*). Existe aquí el peligro de

john holloway

que, en medio de los debates con los historiadores especialistas, la cuestión original del marxismo se pierda: ¿cómo podemos los que carecemos de poder realizar nuestro poder? Si se me dice que nosotros no tenemos poder, todo lo que puedo decir es que ésa jamás fue mi pregunta.

Estoy plenamente consciente de que me encuentro en la posición de un ratón que lanza dardos contra un león. El libro es inmensamente impresionante e inquietante. Su debilidad, en mi opinión, es que en su justificable ataque a la noción de la lucha de clases entre burguesía y nobleza feudal y las ideas convencionales acerca de la revolución burguesa arroja el agua de la bañera junto con el bebé de la lucha de clases. Pero algunas veces, por supuesto, arrojar al bebé también puede ser la forma más rápida de deshacerse del agua sucia. Si el bebé es sano, sobrevivirá llorando. Espero que este ensayo pueda considerarse como el primer grito del llanto de un bebé, y que vendrán muchos otros gritos en el futuro.



NOTAS

- ¹ Los dos volúmenes incluyen un artículo de Heide Gerstenberger en los que argumenta muchos de los puntos que son el tema de su libro.
- ² A lo largo del libro, Gerstenberger hace sólidas e ilustradoras críticas del análisis de Anderson sobre el "Estado absolutista".
- ³ Sobre el concepto relativo al poder productivo y destructivo del trabajo, ver Bonefeld, 1990.
- ⁴ Mi agradecimiento a Guillermo Farfán por ayudarme a ver esto como el problema crucial. Este punto está planteado en términos ligeramente distintos por Bonefeld cuando critica a Clarke por hacer una separación entre la constitución y el movimiento de la contradicción: Bonefeld, 1990, p. 359.
- ⁵ Werner Bonefeld ha planteado un argumento similar en su reseña del libro de Heide Gerstenberger: Bonefeld, 1991.

NUEVAS TENDENCIAS DEL MARXISMO ANALÍTICO

j. francisco álvarez

Hace ya cierto tiempo que se ha ido conformando una corriente del pensamiento social de origen marxista que nos parece merecedora de una atenta reflexión. Desde las páginas del *London Review of Books*, en el artículo "Cien años de ciencia social marxista", Jon Elster hace ya diez años que manifestaba claramente sus particulares objetivos en la investigación social de inspiración marxista: "lo que pretendo es conseguir que el marxismo (o al menos sus partes valiosas) se sumerja en la corriente principal de la ciencia social y que pierda su identidad como una corriente separada".¹

Actitudes muy parecidas, aunque no idénticas, las podemos encontrar en la mayor parte de los que han sido considerados como participantes en ese proyecto general conocido como marxismo analítico; aquí trataré de señalar algunos de sus desarrollos recientes, las líneas que me parecen tendencias actuales.² Ahora tendríamos que ser conscientes de que el programa mismo ha ido desarrollándose y, por ejemplo, alguno de los que se pueden considerar participantes en su expansión han dicho del mismo Elster que puede ser considerado "el Calvino del marxismo analítico, que aplica con ferocidad implacable el rigor..." para, a continuación, decir que en realidad Elster es a la teoría marxista lo que Mrs. Thatcher supuso para la industria contemporánea en el Reino

Unido, nada de indulgencia para la mínima desviación de su proyecto de microfundamentación en el individualismo metodológico. Sin embargo, hay que decir que los trabajos más recientes de Elster, como *Political Psychology* o *Local Justice*, no me parecen merecedores de esa opinión, sino que expresan, junto al rigor, las serias dudas que alberga Elster para mantener algunos de sus fundamentos metodológicos cuando se trata de abordar cuestiones sustantivas de la organización social.

J. Francisco Álvarez. Profesor de filosofía en la Universidad Nacional de Estudios a Distancia, de España. Autor de numerosos ensayos. Próximamente publicará un amplio trabajo introductorio a la obra de John Stuart Mill.

© Dialéctica, núm. 27; primavera de 1995

j. francisco álvarez

En palabras de J. Roemer, en *Free to Lose*,³ lo que en buena medida ha ocurrido con el marxismo y la investigación en ciencias sociales es que ciertas partes del marxismo han sido refutadas decisivamente, mientras que otras aportaciones suyas han quedado incorporadas a la estructura común compartida por todos los científicos sociales.

Pero ocurre, según Roemer, que todavía quedan ciertos elementos valiosos e importantes que no son apreciados fuera del campo marxista y que a veces tampoco son reconocidos desde su interior. Esos elementos valiosos, que parece querer defender Roemer, no son fácilmente identificables; bien pudiera ser que parte del giro que piensa producir en el seno de la investigación marxista refleje una limitación del programa de investigación marxiano y que, a la vez, sea una simple aceptación del programa de la ciencia social académica.⁴ Al menos ésa era la impresión que en alguna otra ocasión yo mismo he señalado,⁵ pero que ahora requiere ser matizada a la vista de los, en mi consideración, importantes trabajos de Roemer, donde se muestra la posibilidad de abordar aspectos como la comparación interpersonal para avanzar en la consideración actual del Estado de bienestar o para reformular sus propuestas sobre la adecuación del socialismo de mercado, entendido como sistema en que se utiliza el mercado para asignar fundamentalmente el mismo tipo de bienes que los distribuidos por el mercado en el capitalismo avanzado, pero en el cual los beneficios se distribuyen con una cierta noción de igualdad entre los ciudadanos; las empresas *maximizan* sus beneficios, pero los derechos sobre los beneficios no se obtienen con dinero en un mercado, sino que se asignan por decisiones surgidas de una política democrática. Una gran parte de ese debate, que configura en mi opinión parte de lo más activo en las cercanías del marxismo, sea analítico o de cualquier especie, puede verse en el colectivo sobre democracia editado recientemente por Copp, Hampton y Roemer.⁶ Es sin duda en la perspectiva señalada por Elster y Roemer, dos de sus principales promotores, en la que se ha continuado desarrollando el trabajo del marxismo analítico: como un programa actual para las ciencias sociales, un programa sin pretensión de exclusividad que intenta ser una

Free to Lose

An Introduction
to Marxist Economic
Philosophy

J. Roemer

contribución a la línea central de la investigación en ciencias sociales, tanto desde el punto de vista sustantivo de la elaboración científica concreta como en aspectos generales metodológicos de esas ciencias.

Sin embargo, es preciso apuntar que algunas de las disputas producidas entre las orientaciones marxistas y las ciencias sociales académicamente establecidas puede que tengan difícil solución. Aunque alguna suerte de equilibrio epistemológico ecléctico quiera recoger la doble perspectiva, ocurre que el espacio conceptual cubierto por las ciencias sociales tiene mucho que ver con espacios de conformación práctica de nuestras creencias y aspiraciones; por tanto, ese espacio conceptual tendrá que ver con la política y con especiales influencias *externas* que aparecen en el filtraje de la zona de ese espacio que será sometida a investigación. Encontramos aquí una conexión, no sólo en el ámbito de la teoría política, sino en las políticas concretas y en sus orientaciones estratégicas; por ejemplo, buena parte de lo que se puede decir sobre economía política está determinada por las realizaciones económicas práctico-materiales; en muy pocos casos sucede al revés —excepto para alguna pretendida y abominable “dirección científica de la sociedad”.

Aún así, y precisamente por el sesgo político de las ciencias sociales, no parece tener mucho sentido mantener posiciones de aislamiento local de la propia teoría; en la práctica se están dando fenómenos suficientemente explícitos de mezclas y combinaciones, que van desde la institucionalización socialdemócrata hasta las transformaciones político-económicas de las sociedades del socialismo real. Unas mezclas que producen nuevos problemas en esas sociedades y fuerzan, por tanto, el análisis del instrumental teórico con el que intentan intervenir los científicos sociales en esas nuevas estructuras políticas.

La aspiración a convertirse en un programa de investigación para las ciencias sociales es la que ha continuado marcando sus desarrollos más recientes; por ejemplo, la expansión de la noción de explotación que había realizado J. Roemer, aplicada ahora a otros tipos de problemas, como los del trabajo en el hogar y la división

trabajo, tal como aparecen en el muy interesante libro de Alan Carling, *Social Division*.⁷

Como son muchos los preconceptos y los prejuicios que se presentan en torno al marxismo, y en el interior de las tradiciones marxistas, por lo que se refiere a los planteamientos sobre la práctica científica en la ciencia social, si queremos avanzar hacia algún tema de interés, tenemos que eliminar algunos pseudoproblemas, o al menos señalar algunas cosas que no nos van a interesar.

En primer lugar, la cuestión no está en que desde el marxismo analítico se señale algún “nuevo método”, ni en que otra vez se ofrezca el “verdadero y auténtico” método marxiano *nucleador* de la investigación sociopolítica desarrollada por Marx. Ahora la cuestión consiste en tomarse en serio algunos tópicos de la tradición marxista referidos a la investigación social, pero tomando en cuenta la transformación del utillaje científico producido en las ciencias sociales durante el último siglo. Sin duda, esto hace a veces conveniente pensar en y con términos de ciertos instrumentos formales, como son la teoría de juegos, la teoría de la decisión y el instrumental matemático de la economía neoclásica.

Si la cuestión del método es el primer preconcepto por desechar, también hay que decir que no se pretende reivindicar sin más el marxismo, ya sea el analítico o el hegelianizante; aunque, como en ocasiones ha dicho J. Muguerza: “Ahora que parece estar en descrédito, valdría la pena estudiarlo atentamente”.⁸

Hace algunos años constituía un tópico la discusión entre análisis y marxismo, entre filosofía analítica y marxismo; no siempre esa confrontación tenía los tonos del debate académico y con excesiva facilidad se utilizaba el *argumentum ad hominem*. En España, al estar ambas tendencias poco institucionalizadas, se producía, sin embargo, cierta común defensa intercategorías; tenía la discusión cierto aire de familia con otros encuentros, por ejemplo, con el intento de diálogo entre cristianismo y marxismo, aunque este último debate tenía mayores condicionamientos políticos.

Con la denominación “marxismo analítico” se quería hacer referencia a una tendencia que estaba adquiriendo en teoría



social carta de naturaleza con intentos varios de institucionalización académica. Como recordaba John Roemer en su introducción a una compilación de textos, que publicó precisamente con el título de *Analytical Marxism*: "...lo que ahora aparece como una nueva variedad en teoría social se ha ido conformando en la pasada década en teoría marxismo analíticamente avanzado. Sus cultivadores están muy influidos por cuestiones marxianas que ahora abordan con el instrumental contemporáneo de la lógica, las matemáticas y la construcción de modelos. Su postura metodológica es convencional; de manera consciente, estos autores se presentan como el resultado conjunto de tradiciones marxistas y no marxistas".⁹

Por tanto, vemos que, al menos explícitamente, no se trata sólo de la influencia de la filosofía analítica sobre el marxismo. Según los autores, unos están más influidos por la filosofía analítica, como es el caso de Gerald Cohen, y otros por las líneas dominantes en la investigación en ciencias sociales (tal es el caso de la influencia de la economía matemática sobre Roemer). El ámbito es plural, se puede por ello discutir sobre la misma denominación y debido al uso que hacen de ciertos modelos de acción estratégica se le podría calificar, como han señalado A. Carling, J. Roemer o, entre nosotros, F. Ovejero,¹⁰ como "marxismo de la elección racional". Pero en definitiva hablamos de un conjunto de autores, mayoritariamente anglosajones, que, en época posterior al florecimiento del marxismo de los años sesenta, y en pleno periodo de lo que se llamó la crisis del marxismo (finales de los setenta), se ha dedicado a aplicar las pautas de rigor conceptual heredadas de la filosofía analítica, las consideraciones de la teoría contemporánea de la ciencia y los resultados de las ciencias sociales, en particular los procedentes de la economía neoclásica, al tratamiento de problemas tradicionalmente abordados por la teoría social marxista.

Es conveniente no olvidar que el calificativo de analítico en un libro como *Analytical Foundations of Marxian Economics*, de Roemer (1981), tiene poco que ver con la filosofía analítica; se trataba allí más bien del uso de las herramientas del análisis matemático para realizar una aproximación formal a la economía marxiana, continuando los antecedentes

J. Francisco Álvarez

importantes de M. Morishima, N. Okishio y, en general, siguiendo la tradición sraffiana.¹¹ Algunos análisis superficiales consideran exclusivamente la influencia de la filosofía analítica sobre el marxismo analítico, y con ello se disponen a seguir a éste en sus peores aspectos, en sus aspectos más conservadores, académicos y, particularmente, escolásticos. Sin embargo, otros autores, entre ellos E. M. Wood y F. Ovejero, han sabido ver otro tipo de conexiones y convergencias inesperadas; por ejemplo, han analizado la conexión con la orientación estructuralista del pensamiento marxista francés, relación que benévolamente se podría explicar utilizando la propuesta hecha por M. Sacristán de ver como herencia hegeliana la noción de sistema utilizada por Marx; pero, en mi opinión, tal inesperada conexión tiene que ver con los peores aspectos dogmáticos del marxismo científicista.

En todo caso, lo que vale la pena observar es que este neomarxismo puede ser un buen punto de partida para la reflexión sobre problemas del presente social, para el debate en ciencias sociales y sobre cuestiones de método en ellas. Así que no estará de más recordar, aunque en nuestro caso no lo hagamos con afán descalificador, la opinión expresada por E. M. Wood¹² sobre que las técnicas de investigación de la elección racional tienen uno de sus orígenes en el renacimiento del pensamiento de la derecha conservadora; si lo peculiar de estos marxistas estuviere sólo en el uso de esas técnicas, desde luego con ello no se les podría caracterizar como grupo diferenciado entre los científicos sociales.

Un primer rasgo de este marxismo, si aceptamos la opinión de Roemer, es su compromiso con la abstracción, la teorización y las exigencias formales de la construcción teórica. Hay pocas dudas sobre que el marxismo se deje caracterizar principalmente por una determinada concepción de la historia; sin embargo, los marxistas analíticos insisten en la necesidad de analizar los productos intelectuales con cierta independencia de su génesis histórico-ideológica. Esa actitud ya les ha reportado alguna que otra crítica, que los considera "marxistas de cátedra".¹³

El compromiso con la abstracción es consecuencia de otro rasgo característico de este particular marxismo: la

Analytical
Foundations
of Marxian
Economics
J. Roemer

investigación de fundamentos para la teoría social y, por ello mismo, no dar por resuelta una serie de cuestiones que el marxismo tradicional evitaba plantearse o que, simplemente, consideraba irrelevante (entre otras razones, por la adopción de una filosofía de la historia escatológico-progresista).¹⁴

Cuestiones como las siguientes: ¿por qué es injusta la explotación, entendida como transferencia de plustrabajo?, ¿es la igualdad un objetivo de la ética marxista?, ¿interesa el socialismo a los trabajadores de las sociedades del capitalismo moderno?, ¿por qué y cómo emergen las clases como importantes actores colectivos?, ¿por qué se produce la acción colectiva a pesar de los beneficios obtenidos por quien se comporta como polizón (*free-rider*?),¹⁵ ¿en qué particular sentido no es libre el proletariado bajo el capitalismo?, ¿qué es superior el socialismo al capitalismo y en qué aspectos? Son preguntas todas ellas que conforman, utilizando el término empleado por Roemer, un conjunto algo herético, ya que su análisis resulta bastante extraño para el marxismo tradicional, pero, sin embargo, corresponden a los trabajos básicos de J. Elster, Allen Wood, A. Przeworski, Gerald Cohen, John Roemer, van Parijs y otros autores que podríamos incluir en la rúbrica del marxismo analítico. La simple formulación de muchas de estas preguntas define un nuevo campo de problemas en la ciencia social de inspiración marxista, asunto que adquiere un interés especial desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, perspectiva que no es precisamente secundaria para nuestros autores.

Un tema sobre el que han llamado la atención los marxistas analíticos es el referido a la explicación, y, en buena medida, constituye el problema principal de un trabajo que puede considerarse pionero de esta corriente, G. Cohen (1976): *Karl Marx's Theory of History, a Defence*.¹⁶ En ese libro, Cohen dedica todo un capítulo al tema de la explicación funcional y lo hace en el mejor estilo de la filosofía analítica, algo realmente infrecuente entre los marxistas.

El tema de la explicación ha sido planteado también en forma minuciosa por Jon Elster y ha formado parte de un debate intragrupal, producido particularmente entre Elster y Cohen.¹⁷ El análisis de la forma de la explicación funcional tiene especial interés porque en la ciencia económica tanto la

J. Francisco Álvarez

perspectiva marxista cuanto la neoclásica comparten ciertos vicios del razonamiento teleológico. Los economistas neoclásicos suelen adoptar una actitud de confianza absoluta ante las consecuencias de las conductas individuales no coordinadas cuando éstas se producen en el ámbito del mercado; los marxistas, aunque no participen de esa actitud esperanzada y teleológica sobre las consecuencias de la actividad de mercado y de la conducta individual, sin embargo, consideran, si se quiere en un marco más amplio, que la historia avanza hacia sociedades cada vez mejores como consecuencia de la teoría del materialismo histórico; todo ello a pesar de que algunos propongan múltiples y diversos matices sobre la plurilinealidad del desarrollo.

El uso del modelo de explicación funcional por parte de los marxistas —y por Marx— está unido, según Elster, a otro compromiso metodológico: la adopción del holismo o colectivismo metodológico. Así ocurre, por ejemplo, con la adopción del “capital” o de la “humanidad” como sujetos colectivos previos, que tienen preferencia sobre los individuos en el orden explicativo. “No lo saben, pero lo hacen de acuerdo con las leyes del capital.” Sin duda, los componentes holistas y los componentes finalistas de la filosofía de la historia marxiana son los que conducen a la adopción del patrón de explicación funcional.¹⁸

En cualquier caso debemos ser precisos y observar que no toda explicación funcional adopta el compromiso del holismo metodológico, aunque normalmente se hayan entendido las críticas al funcionalismo como defensas del individualismo metodológico. Por ejemplo, el mismo trabajo de Cohen puede ser caracterizado como funcionalismo con individualismo metodológico, un matiz entre otros muchos que tampoco discierne E. M. Wood en el artículo ya referido sobre el marxismo de la elección racional.

La reflexión sobre las diversas formas de explicación y la adopción de cierto compromiso con el individualismo metodológico conforman la tendencia principal entre los marxistas analíticos; ocurre así porque la búsqueda de microfundamentos ha conducido de manera natural a una revisión de las discusiones de los años cincuenta sobre el individualismo metodológico y tal reconsideración

Making
Sense of
Marx

•••

J. Elster

metodológica (todo lo matizada que se quiera) ha producido como subproducto no intencional la adopción del instrumental teórico de la teoría de la decisión racional y de las técnicas de la economía neoclásica para replantearse temas centrales —económicos y políticos— de la tradición marxista. Por supuesto que no ha sido sólo la reconsideración metodológica la que ha conducido al uso de esas nuevas técnicas, también ha contribuido a ello que algunos sean economistas destacados y, sobre todo, que la teoría de la elección racional estaba adquiriendo una fuerte expansión en la ciencia social académica.

Entre estos marxistas ha sido Jon Elster, desde los años de su publicación de *Logic and Society* (1978), pasando por *Explaining Technical Change* (1983), hasta *The Cement of Society* (1989), quien ha trabajado con mayor detalle sobre las cuestiones generales de teoría social y sobre filosofía de la ciencia social.

Ahora bien, si se puede hablar del marxismo de la elección racional, es porque, entre otros, Elster, Roemer y Przeworski han reflexionado sobre la teoría estándar de la racionalidad y sobre su posible interés para abordar ciertos temas de la acción política que estaban poco elaborados en el marxismo tradicional. Han tratado de analizar cierto tipo de constricciones no objetivas que puede ser resultado de limitaciones intencionales puestas por el mismo individuo, y que es además parte de cierta clase más general de restricciones a la acción; un tipo de restricciones que resulta indispensable considerar, ya que no pueden evitarse, pues a veces adquieren un papel de determinantes causales de la acción, y, en general, tendrían que ver con la conocida apreciación marxista (gramsciana) de que siempre se es conformista de algún conformismo.

Por nuestra parte, señalemos que en la definición misma de individuo debemos asumir que la actividad social, y los procesos de constricción de información, tienen cierto papel constitutivo de dicha entidad individual. Desde luego que se acepta la presencia de procesos materiales objetivos, no sólo procesos naturales, sino otros que bien podríamos llamar sociales, que nos limitan la información, que pueden ser asimilados a los procesos de producción de información en el

Francisco Álvarez

sentido de producción de posibilidades de información; pero como la información empieza a ser relevante cuando puede ser utilizada, puesto que, por mucha variedad potencial existente de ningún tipo; por tanto, será conveniente considerar la posibilidad de explicar intencionalmente tanto la acción individual cuanto otros diversos resultados de las acciones producidas "colectivamente".

Sobre la conformación de la individualidad, ha hecho aportaciones de mucho interés Amartya Sen, de quien recientemente ha sido traducido el trabajo *Sobre ética y economía*;¹⁹ las elaboraciones de Sen generalmente han sido tenidas en cuenta por los marxistas analíticos; A. Sen, en sus conferencias Dewey de 1985, publicadas con el título genérico: *Wellbeing, Freedom and Agency*,²⁰ formula con precisión lo inevitable de las constricciones informativas presupuestas por todo compromiso o principio moral. No parece que estemos dispuestos sin más a aceptar que la conducta habitual pueda ser analizada como cierto tipo de comportamiento óptimamente racional, pues no se trata sólo de que en algunos casos se produzca una aplicación práctica inadecuada de las normas de racionalidad, sino también porque es difícil suponer que seamos capaces de hacer algo diferente a ejercitar una racionalidad mínima, noción esta que, además, debemos empezar por definir.

Seguramente podemos hablar de poco más que de una racionalidad imperfecta para referirnos a cómo en la conformación de nuestras creencias y de nuestros fines pueden estar actuando fenómenos causales infra y supraindencionales, rasgos que hacen inviable la adopción de una racionalidad restringida exclusivamente a la relación medios-fines. Este conjunto de temas ha sido analizado con mucho detalle por J. Elster, para fundamentar su defensa de la explicación intencional como elemento más característico de las ciencias sociales y para mostrar que no basta con caracterizar la racionalidad como eficacia de la acción, como adopción de medios adecuados para fines deseados. Elster ha presentado esos límites de la racionalidad señalando un conjunto de factores que actúa a espaldas de los actores, a veces desde el interior mismo de ellos y que debemos

Wellbeing,
Freedom
and Agency

•••

Amartya Sen

estudiar para poder adoptar algún tipo de decisión en el ámbito de nuestra acción, especialmente en aquellos aspectos en los que parece necesaria una valoración moral.

Así, Elster ha estudiado situaciones en las que no podemos asignar probabilidades a los estados futuros ni tampoco conocemos esos estados futuros del sistema a los que podríamos querer dirigirnos. En estos casos, de incertidumbre radical, aparece la relevancia del estudio y el análisis de la intencionalidad, qué parte de éstas puede cubrir la acción racional y qué conjunto de factores causales está influyendo en nuestra conducta.

Al mismo tiempo, interesa señalar que la restricción fundamental no reside en exclusiva en el tipo de información disponible, sino que se encuentra en el usuario de esa información, está en el elemento subjetivo de la información, y se configura en el receptor que llamamos individuo, noción de individuo que, siendo central para el análisis moral, es importante también para el análisis político, aunque en uno y otro casos el tipo de información disponible o incorporable sean diferentes.

Observemos que en la descripción precisa de un individuo pueden incorporarse referencias esenciales a otros, ya que muchas de sus características (*v. gr.*, ser explotado, ser poderoso) son inherentemente relacionales. Esa idea es la que ha ido haciendo que las posiciones individualistas metodológicas se hayan ido matizando en el campo del marxismo analítico, podría decirse que hasta el propio Elster, al ir añadiendo cautelas a su propuesta metodológica y sobre todo cuando ha tratado de analizar en detalle las normas sociales configuradoras en muchos casos del espacio de elección individual y de la propia *personalidad*, en definitiva el espacio de la desigualdad y de la diferencia puede surgir e impulsar determinadas prácticas no *elegidas*.

Elster ya señalaba una importante cautela ante el individualismo metodológico: la posibilidad de la reducción no debe cegarnos ante los peligros de reduccionismos prematuros; así ocurre que muchos intentos de explicar fenómenos sociales complejos en términos de motivaciones, creencias individuales y procesos cognitivos individuales producen con frecuencia explicaciones arbitrarias, estériles o

J. Francisco Álvarez

que llegan por otros caminos a la posición ingenua de quien aspiraba a que el análisis químico de la sopa supiese a sopa. Elster mismo ha estudiado tales dificultades, y creo que hasta las ha experimentado, en el problema de la búsqueda de microfundamentos para la acción colectiva. Su posición es que, aun cuando en esos casos puede parecer conveniente mantener las explicaciones tipo caja negra, no debemos olvidar que la adoptamos a falta de otra explicación mejor. En tal sentido, el holismo metodológico puede ser una necesidad temporal, pero nunca un desiderátum.

Quizá valga la pena señalar, aunque sin discutirlo, que el individualismo metodológico no hace referencia a la forma de evaluar los fenómenos sociales, sino al modo de intentar explicarlos; esto es tanto como decir que debemos mantener clara la diferencia entre individualismo ético e individualismo metodológico. Por ejemplo, se puede observar que Marx resulta más consistente en la adopción del individualismo ético (la principal atracción del comunismo es que hará posible la completa realización de los individuos en libertad) que en la pretensión de explicar, en cuanto a las acciones de los individuos, los procesos orientados al logro de la *fase* comunista de la sociedad.

Si pretendiésemos identificar compromisos metodológicos adoptados por Marx, sin duda el apoyo textual estaría con el rechazo al individualismo metodológico y, a la vez, con la aceptación del modelo de explicación funcional.

Para nosotros, lo importante es que, según los marxistas de la elección racional, el individuo aparece *metodológicamente* como responsable de la selección de la información.

Por ese camino volvemos a encontrarnos con las propuestas de A. Sen, quien en diversas ocasiones, la más reciente quizá en su *Inequality Reexamined* (Oxford, 1992), ha presentado su posición: "El individuo retorna como logro social, como conquista social". "La libertad individual, no es sólo un valor social central, sino que es también inevitablemente un producto social." No podemos considerar responsable a quien no es agente; no creo que el pecado de omisión no consciente, u omisión no intencional, sea relevante. De todo ello aparece la importancia del análisis de la conformación autónoma de la individualidad y de la



valoración de las capacidades, que permite o facilita desarrollar una sociedad, con preferencia sobre los aspectos cuantitativos del bienestar. Este camino seguido por A. Sen nos parece muy relevante para una evaluación crítica de los sistemas sociales.

Algunas veces he señalado ciertas primeras dificultades que presentaba el marxismo analítico. Una primera limitación hacía referencia a lo inadecuado de su tratamiento de los conceptos teóricos y del papel jugado por ellos en el seno de las teorías científicas; como consecuencia, la adopción de una excesiva dependencia de las concepciones verificacionistas de las teorías científicas, con lo que se enredan en discusiones ontológicas de las que por desgracia bien lleno está ya el marxismo.²¹ Un buen ejemplo lo suministra la ambigüedad de las posiciones que adoptan con respecto a la teoría del valor-trabajo. Una teoría que, si bien parece derruida por la reconstrucción *neoclásica* de Roemer, siguiendo los pasos de Morishima, aparece aún ante los ojos de Elster como un mal menor, como una posible vía interpretativa a falta de otra mejor. Más bien parece que no saben a qué carta quedarse. Creo que se necesita una mayor precisión sobre el uso de modelos en las ciencias sociales y no temer a la dificultad de ausencia de realismo en las teorías. Sin duda que los modelos construidos a partir de la teoría del valor-trabajo tienen un alto rendimiento práctico y, además, la noción *valor* tiene tanta legitimidad en el campo de las teorías económicas como la que pueda tener el término teórico *fuerza* en la mecánica clásica de partículas.²² Ahora precisamente en el libro citado con anterioridad de A. Carling sobre la división social aparece con claridad el rendimiento de adoptar una línea de análisis que no excluya sin más ciertas formas estructurales o funcionales de explicación y la consideración de aspectos de incidencia de lo colectivo sobre la conformación individual de las preferencias. En definitiva, ciertos procesos *sistémicos* que actúan a espaldas de los actores. Por ejemplo, así puede que ocurra con la noción de individualidad considerada como un *constructo* social, sin esperanzas de posterior reducción. Aun siendo consciente de lo tentativo de estas propuestas, creo que configuran un plano importante de la investigación que

J. Francisco Álvarez

está siendo sugerido, por ejemplo, por R. Boudon en sus reconstrucciones de la sociología de Simmel y de las propuestas metodológicas de Max Weber.²³ También debemos señalar que ciertas correcciones de las reflexiones metodológicas más recientes de Elster parecen avanzar en este sentido.²⁴

Otras limitaciones tienen que ver con el papel jugado por las instituciones que configuran la situación en la que se encuentra incorporado el individuo que actúa. No basta con decir que se es precavido respecto a las versiones reduccionistas apresuradas, como hace Elster, sino que debemos considerar elementos metodológicos que no faciliten la tendencia a ese infundado reduccionismo.

En cualquier caso, será conveniente deslindar nuestras críticas de las que han empezado a producirse desde ámbitos de los marxistas fundamentalistas. Podemos citar el ejemplo de Scott Meikle, de la Universidad de Glasgow, quien, en un número de *Inquiry* de 1986, dedicado al análisis de *Making Sense of Marx* de Elster, tras establecer que los componentes del pensamiento de Marx son: su teoría de la historia, su teoría del valor y su método dialéctico, aspectos que conjuntamente forman una teoría unificada, termina estableciendo que el libro de Elster no puede ser juzgado sino considerándolo un panfleto antiMarx, antimarxista, bastante agrio e intemperante, dogmático por el sarcasmo y por su constante recurrir a los prejuicios antimarxistas de los lectores.

Con ánimo de concluir, y dejando al margen ese tipo de valoraciones y tentaciones, podemos aún señalar algunas otras deficiencias de importancia. Por un lado, cierto aire de escolástica permea a los autores del marxismo analítico, tanto por no haber superado aún del todo la tendencia exegética sobre la obra de Marx (quizá por la imposibilidad de obviar en la práctica el papel de los fundamentalistas), cuanto por añadir un refuerzo proveniente de la misma filosofía analítica; un refuerzo que no procede del uso de los instrumentos formales del análisis, sino de quedarse en el verbalismo del análisis terminológico y considerar conseguida una explicación adecuada tras la mera clasificación de los significados de los términos utilizados. En algunas de las valoraciones de Roemer, de Elster o de Cohen se vislumbra



cierta convicción en la capacidad de deslindar ciencia y metafísica mediante algún expediente metodológico que pudiese operar como criterio de demarcación, resonancia que aparece cuando insisten en distinguir entre teoría de la historia y filosofía de la historia.

Por esa razón, en ciertas ocasiones, cuando se acercan a cuestiones de filosofía política, parecen recaer en aquella trivialidad de los ejemplos que en otra época criticábamos a los filósofos morales analíticos. Sin duda no será totalmente justa esta crítica si la generalizamos, ya que a veces están tratando de estudiar mecanismos causales intrapersonales relevantes para una teoría general de la acción colectiva; y, por ello, la ejemplificación puede realizarse tanto analizando las dificultades surgidas para seguir un régimen alimentario determinado como en las dificultades cognitivas para percibir el peligro de la existencia de una base militar en nuestro entorno. Pero el aire de superficialidad ejemplificatoria cuando va unido a cierta actitud escolar de análisis de significado resulta bastante llamativa.

En suma, aun pensando que el marxismo analítico es una corriente contemporánea interesante en la reflexión y práctica de las ciencias sociales y, sin duda, una de las más prometedoras dentro del pensamiento marxista, sin embargo, creo que es conveniente señalar esas debilidades, producto de sus residuos exegéticos y de su débil incorporación de la filosofía actual de la ciencia restringiendo su uso a la "concepción heredada" de las teorías científicas.

El estudio de las condiciones bajo las cuales se pueden poner en marcha reformas a gran escala en las sociedades modernas es una actividad que conecta las pretensiones de las ciencias sociales académicas con algunos objetivos "científicos" del marxismo. Veamos cómo aparece ese aspecto praxeológico en el trabajo de alguno de los marxistas analíticos, aunque, si hay un aspecto en el que las diferencias son notorias entre ellos, es aquí donde se acentúan, pues en definitiva es el ámbito que está más condicionado por los compromisos políticos e institucionales de cada uno.

En las sociedades complejas, industriales, democráticas, los argumentos para la reforma los podríamos clasificar, siguiendo a Elster,²⁵ en argumentos consecuencialistas y

José María Álvarez

argumentos ético-valorativos, según sea porque pensemos que la reforma tiene efectos buenos o deseables, o bien porque por sí misma sea considerada valiosa. Posiblemente es Elster el que más se aleja de los argumentos consecuencialistas, ya que la posibilidad de predecir los efectos globales netos en el equilibrio a largo plazo es algo que parece estar, como dice Elster, a años luz de la situación actual de las ciencias sociales, y, por tanto, la ingeniería social fragmentaria, mediante el aumento de la planificación y el incremento de los mecanismos de ensayo y error, no ayuda a resolver tal déficit porque su método nos conduce a estimaciones locales, parciales, a corto plazo y a algunos efectos de transición. Hay que distinguir entre establecer una pequeña reforma con carácter general, una gran reforma con carácter local o bien una reforma importante con carácter general. Por ejemplo, probablemente no sería legítimo inferir del comportamiento de las cooperativas obreras en una sociedad capitalista argumentos sobre la eficiencia de un socialismo de mercado, una cuestión que ha sido analizada por Elster utilizando como caso particular el fenómeno cooperativista de Mondragón.

Por otro lado, nos encontramos con el contraste entre efectos parciales y efectos netos. Debido a las necesarias cláusulas *caeteris paribus* que aparecen en las ciencias sociales, éstas son muy débiles para actuar de instrumento en la planificación y la reforma; los rasgos que mantenemos constantes pueden ser afectados por los cambios previstos. Por ejemplo, con determinadas motivaciones iniciales, la reforma puede cambiar los comportamientos y, llegado el caso, hasta las mismas motivaciones; en este tipo de consideración sobre los cambios motivacionales tiene interés analizar fases posteriores a transformaciones institucionales. Así se podrían analizar los cambios de comportamiento en nuestro país antes y después de la constitución de 1987: desde luego que cambian la conducta, pero también las motivaciones para defender el proceso constitucional; ésa es una razón para que no resulten tan zafios los argumentos de quienes consideran "vendaval antidemocrático" toda crítica a los procesos políticos que ellos mismos encabezan, y olvidan que pueden darse cambios en las preferencias de los

Analytical
Marxism

demócratas. Los afectados por la reforma se adaptan estratégicamente (también los llamados "poderes fácticos", que sería un buen caso de análisis), y además un beneficio pensado inicialmente como local y sectorial puede favorecer la tendencia de todos a solicitar la extensión de ese beneficio (pudiendo situarnos como efecto lateral no deseado ante un caso de "falacia de composición").²⁶ Los temores a la extensión de las conquistas sociales conseguidas por un sector concreto indican que no se trata sólo de un exclusivo problema de política económica, sino del cambio de preferencias. Efectos no deseados en ambos polos de los conflictos pueden situarnos en una situación de incertidumbre. En la encrucijada, los valores técnicos y consecuencialistas de la toma de decisión no pueden ser los que orienten el comportamiento que desearíamos calificar como "racional".

Hay otros argumentos fuertes a favor de la incertidumbre. Baste recordar que la eficiencia dinámica de un sistema económico supone una tasa óptima de política de inversión y de innovación técnica, pero su estudio parece señalar que estamos más bien ante procesos de decisión no racionales (ausencia de intencionalidad y presencia de factores causales de interacción); por tanto, no parece que puedan ser anticipadas las consecuencias a largo plazo de las reformas generales y volvemos a estar ante un caso de incertidumbre y no de riesgo.

Por último, añadamos que, aun cuando pudiésemos prever un estado accesible y óptimo del equilibrio social, no deberíamos embarcarnos (al menos no embarcar a otros) en tales reformas sin conocer los efectos de transición. Como recuerda Elster, el legado de Marx no sólo incluye el sustrato intelectual de creer con certidumbre total que el advenimiento del comunismo es inevitable, sino también el error moral de pensar que ese objetivo justifica todo sacrificio impuesto a las generaciones intermedias. De ahí que algunos autores del llamado marxismo analítico se preocupen cada vez más de esos efectos de transición, de la reversibilidad y la no acumulación de las reformas y de la necesaria microfundamentación de la teoría social.

Desde luego que este marco problemático no está dirigido a una simple consideración negativa de la ingeniería social

entendida como aplicación de los resultados de las ciencias sociales para implantar determinado tipo de reformas, lo que indicamos es que la percepción de la justicia de las instituciones y de las políticas es una condición fundamental para conseguir situaciones democráticas viables a largo plazo. Muchas de estas cuestiones aparecían como plan de trabajo hace unos años; lo que ahora puede decirse es que ese impulso no ha disminuido y que, quizá sin empeñarse tanto en definirse, sin insistir tanto en establecer la "marca de fábrica" marxismo analítico, se está trabajando en aspectos básicos de teoría social, de filosofía moral y de filosofía política. Por ello, si antes era conveniente estudiar a estos pensadores, ahora que los tiempos se mueven tan rápido resultan inexcusables para todos aquellos que quieran intervenir conscientemente en los procesos sociales con una concepción del individuo que no quede subsumida en la aparentemente inevitable rueda de la historia.

NOTAS

- ¹ Recogido en J. Elster, "One Hundred Years of Marxist Social Science", en *London Review of Books*, 16 de junio-6 de julio de 1983, pp. 8-10.
- ² El presente trabajo supone una reelaboración de mi "Individuos e información: sobre el marxismo analítico", que apareció en las páginas de *Isegoría*, núm. 3, pp. 159-175, abril de 1991. En aquella ocasión la amabilidad del director y el Consejo de Redacción de *Isegoría* facilitaron la publicación y lograron que pusiese orden a muchas de mis notas de seminarios y cursos de doctorado que venía impartiendo sobre el asunto en la UNED (Madrid) y en la UAM (México). Posteriormente, la amable y persistente voluntad de Francisco Martínez, compañero en la UNED y con quien tengo la suerte de colaborar en más de un proyecto, logró superar mi inveterada resistencia a dar por terminada una fase de reflexión. Por esa razón envié este trabajo a la FIM (Fundación de Investigaciones Marxistas) de Madrid para sus actas y documentos de trabajo. Ahora los amigos de *Dialéctica* han visto la conveniencia de publicar estas notas actualizadas; particularmente a Gabriel Vargas Lozano le agradezco sus múltiples muestras de amistad y estímulo intelectual, facilitando mi relación con *Dialéctica* y con la Universidad Autónoma de Puebla.
- ³ J. Roemer (1988), *Free to Lose / An Introduction to Marxist Economic Philosophy*, Radius, Century Hutchinson, Ltd., Londres. A este libro, siguiendo el viejo estilo escolástico del marxismo, ya algún discípulo (A. Carling) lo ha llamado "el libro de texto de la teoría marxista contemporánea".



- ⁴ Ésa es la opinión expresada en J. Weldes: "Marxism and methodological individualism", en *Theory and Society*, núm. 18, 1989, pp. 353-386. El mismo término "marxismo analítico" le parece algo pretencioso a Jutta Weldes.
- ⁵ Ver mi "Individuos e información: sobre el marxismo analítico", en *Isegoría*, núm. 3, abril de 1991, pp. 159-175.
- ⁶ D. Coop, Jean Hampton y John R. Roemer (eds.), *The Idea of Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993. En conjunto, es un trabajo que merece ser estudiado y debatido en extenso; aborda un amplio temario por autores de primera fila, desde la noción misma de democracia hasta los problemas de las preferencias, la elección pública, las relaciones ética y política, los aspectos económicos de la democracia, además de algún estudio empírico sobre los vínculos entre el desarrollo capitalista y la democracia.
- ⁷ Alan H. Carling, *Social Division*, Verso-New Left Books, Londres, 1991.
- ⁸ En varios lugares, por ejemplo en su prólogo a Gerard Vilar: *Raó e marxism*, Eds., Barcelona, 1979, p. 62: "El marxisme evidentment es troba en crisi, però aixó és el que el fa apassionadament interessant per als no-marxistes com jo i ens porta a desconfiar d'aquestes liquidacions totals que tan apressadament emprenen avui tants antics marxistes, vells nous filòsofs".
- ⁹ J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986. Introducción. (Anunciada traducción en México, Fondo de Cultura Económica, 1990.)
- ¹⁰ A. Carling, "Rational Choice Marxism", en *New Left Review*, núm. 160, Londres, 1986; J. Roemer, "«Rational Choice» Marxism: some issues of method and substance", en J. Roemer (ed.), en: *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- ¹¹ Vale la pena recordar que J.M. Vegara (1982), *Lecturas sobre economía política marxista contemporánea*, Antoni Bosch, ed., Barcelona, ya recogía un artículo de J.E. Roemer (1977): "Technical Change and the «Tendency of the Rate of Profit to Fall»", en traducción a cargo de F. Sancho; ahí puede verse claramente la conexión indicada.
- ¹² Ellen Meiksins Wood, "Rational Choice Marxism: Is the Game Worth the Candle?", en *New Left Review*, núm. 177, 1989, pp. 41-89.
- ¹³ Ver el número monográfico sobre estos temas de la revista noruega *Inquiry*, octubre de 1986.
- ¹⁴ Véase M. Sacristán, "Comunicación a las Jornadas de Ecología y Política en Murcia", en *Mientras Tanto*, núm. 1, Barcelona, 1979.
- ¹⁵ Se han ofrecido diversas traducciones del término por quienes vienen trabajando en la teoría de la elección racional, entre otras: gorrón (propuesta por Paulette Dieterlen en "Racionalidad colectiva y marxismo", México, IIF-UNAM, 1986, ahora recogido en L. Olivé (comp.): *Racionalidad / Ensayos sobre la racionalidad en ética y política, ciencia y tecnología*, Siglo XXI Editores, México, 1988, y polizón. Gorrón parece captar mejor cierto componente negativo del no cooperante.
- ¹⁶ Hay versión española: G. Cohen, *Teoría de la historia de Karl Marx, una defensa*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986.
- ¹⁷ El análisis de la noción de explicación en el marxismo analítico lo he tratado con cierto detalle en "Sobre la noción de explicación en el

- marxismo analítico: un primer balance", recogido en J.F. Álvarez, J. Arriero, E. Bustos, P. Castrillo, E. Rada y L. Vega, *Variaciones sobre la explotación*, UNED, Madrid, 1990. En algunos pasajes he reformulado algunas partes de aquel trabajo porque, siendo una de las características del marxismo analítico, debemos dejar claro que el problema de la microfundación ocupa un lugar central.
- ¹⁸ Elster es, de entre los autores del marxismo analítico, quien ha planteado su reflexión desde un ángulo más puramente metodológico.
- ¹⁹ A. Sen, *On Ethics and Economics*, Basil Blackwell, Oxford, 1987. (Versión española de A. Conde, Alianza Editorial, Madrid, 1989.)
- ²⁰ A. Sen, *Wellbeing, Freedom and Agency*, J. Dewey Lectures / *The Journal of Philosophy*, 1986.
- ²¹ El artículo de J. Weldes ya citado es un buen ejemplo de enredo "ontológico" interno a la tradición marxista. Tanta es la tendencia a la discusión ontológica que cada vez que habla de individualismo metodológico para proceder a su crítica en realidad no está sino hablando de "individualismo ontológico" (a veces hasta utilizando explícitamente el término).
- ²² Los problemas de la teoría del valor, la investigación sobre la noción de explotación en el marxismo analítico y mi opinión sobre el programa económico marxista, que se apoya en la teoría del valor-trabajo, como un programa degenerativo, aparecen en "Valor y explotación: apuntes sobre filosofía de la economía marxista", en el número extraordinario de *Arbor* (en prensa), compilado por Fernando Quesada.
- ²³ R. Boudon, *La Place du désordre*, PUF, París, 1984 (hay una versión inglesa, *Theories of Social Change*, traducido por J. C. Whitehouse, Polity Press, Oxford, 1986); R. Boudon, "Les «Problèmes de la philosophie de l'histoire» de Geog Simmel: une théorie de l'objectivité en histoire et dans les sciences sociales", en G. Simmel, *Les problèmes de la philosophie de l'histoire*, edición al cuidado de R. Boudon, PUF, París, 1984.
- ²⁴ Para todas estas cuestiones tiene un interés fundamental J. Elster, *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Seguramente es Elster el autor que, dentro de este grupo de pensadores, más ha reflexionado sobre el conjunto de los problemas metodológicos en las ciencias sociales. Se dispone en español de versiones de J. Elster, *Explaining Technical Change*, 1983 (*El cambio tecnológico*, Gedisa, Barcelona, 1990), obra en la que se ofrece una presentación general del debate en torno a la explicación. Ahora mismo, y también por la misma editorial, hay versiones, no queda más remedio que decir que son versiones descuidadas, de otras obras de Elster más recientes: *Solomonic Judgements, Nut and Bolts in the Social Science* y *The Cement of Society*, los tres publicados por Cambridge University Press en 1989. Los más recientes, *Political Psychology* y *Local Justice*, 1993 y 1992, respectivamente, significan una clara desviación hacia un abordaje más atento de los procesos "colectivos".
- ²⁵ En lo que sigue nos fijamos en los trabajos de Elster, "La posibilidad de una política racional", recogido en L. Olivé (comp.) (*op. cit.*), pp. 132-176, traducción de Adriana Sandoval, y su comentario a las proposiciones de van Parijs y van der Veen de transición capitalista al comunismo



Wittgenstein

mediante el salario universal garantizado ("universal grant"), recogido en *Theory and Society*, núm. 15, 1986. Algunos de estos materiales los conocí gracias a Fernando Aguiar, quien obtuvo el grado de doctor en la UNED con una tesis, que me honré en dirigir, 1992, sobre elección social y la paradoja del liberal paretiano.

²⁸ Que para todos sea posible ser atendido en la sanidad pública no significa que sea posible atender a todos en esa red sanitaria. Para detalles sobre esta noción, véase Elster, *Logic and Society*, 1978; y *Making Sense of Marx*, p. 44, donde se relaciona este tema con la noción de contradicción social y algunos aspectos que considera recuperables del razonar "dialéctico". Precisamente estos aspectos relacionados con la asignación de recursos escasos, en situaciones realmente límites, como es el de los recursos sanitarios y, dentro de ellos, asuntos como la asignación de los trasplantes, los aborda Elster en *Local Justice*.

HOMINES

Homines es una revista para investigadores, maestros, coleccionistas y todas las mujeres y hombres interesados en la transformación de la sociedad.

Pida una muestra de *Homines* por sólo 8 dólares US o suscríbese y recíbala cómodamente por correo dos veces al año.

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN (2 números al año)

- Puerto Rico \$15,00
- El Caribe, los Estados Unidos y Centroamérica 22,00
- Sudamérica, Europa y otros 25,00
- Muestra de un ejemplar 8,00

Nombre

Dirección

Llene este cupón y envíelo con su pago, cheque o giro a **Directora Revista Homines** • Universidad Interamericana • Decanato de Ciencias Sociales • Apartado 1293; Hato Rey; Puerto Rico 00919

Internationale Zeitschrift für Philosophie
Revista Internacional de Filosofía
Revue Internationale de Philosophie
International Journal of Philosophy

CONCORDIA 27

José Martí
(1853-1895)

mit Beiträgen / con artículos de
avec articles de / with articles by

Reiniero Arce
Raúl Fernet-Betancourt
Martin Franzbach
Ignacio Delgado
Ottmar Ette
Antonio Melis
Pedro P. Rodríguez
Teresa Rodríguez de Lecea

Verlag der Augustinus-Buchhandlung

DESPUÉS DE LOS ACUERDOS ISRAELÍ-PALESTINOS, La nueva cuestión palestina y oriental*

samir amín

Los acuerdos concertados en agosto de 1993 entre Israel y la OLP¹ han sido saludados, en la opinión occidental y mundial, como si fundaran una paz justa y definitiva, posible, entre otras razones, por el fin de la guerra fría, poniendo término a medio siglo de conflicto absurdo. Esta apreciación es ciertamente errónea. De hecho, estos acuerdos registran una victoria israelí total y la derrota del campo palestino y árabe; una derrota que ha tenido lugar en cuatro momentos sucesivos, a partir de 1967.

En un primer momento, el proyecto nacionalista radical árabe, simbolizado en su periodo ascendente, por el nasserismo y la unión del Baas a la unidad egipcio-siria (1957-1961), se debilitó por la combinación de sus propios límites internos y la hostilidad del Occidente capitalista en el *Samir Amín*. Sociólogo y politólogo árabe. Autor de importantes libros y ensayos. En español han sido conocidos, entre otros, *¿Cómo funciona el capitalismo?*, *Crítica de la teoría del subdesarrollo* y *Eurocentrismo*.

* Traducción del francés de Gloria Espejel Mendoza.

© *Dialéctica*, núm. 27; primavera de 1995

curso de los años sesenta, conduciendo a la derrota militar de 1967. La compensación parcial de esta derrota por medio de la guerra de 1973 no llegó a imponer una negociación equilibrada, como probablemente lo deseaban, en aquella época, los regímenes árabes y la OLP, apoyados por su aliado soviético.

Traicionada por el deslizamiento de la Intifada y los precipitados acuerdos de Campo David (1977), que rompieron la unidad del campo árabe, rechazada por la parte europea que quedó dentro de la órbita americana, la oportunidad de una negociación verdaderamente equilibrada se perdió así. Israel se movilizó entonces para profundizar su victoria, anexarse Jerusalén-este y el Golán, y proceder a repetidas agresiones contra el Líbano, que culminaron en 1982.

En un segundo momento intervino el derrumbe de la Unión Soviética (1989-1991), el aliado y único sostén militar del campo del nacionalismo árabe. Ciertamente, ni Moscú, ni la coyuntura de la guerra fría, se encuentran en el origen del nacionalismo árabe; pero, reuniendo sus puntos de vista a partir de 1955, la diplomacia soviética les había permitido radicalizarse y obtener

aparentes victorias en el primer momento de su despliegue, de 1955 a 1967.

En un tercer momento sobrevinieron la guerra del Golfo (1990-1991), la derrota infligida a Irak y la ocupación militar estadounidense de toda la región petrolera del Golfo, transformando los regímenes de la región en verdaderos protectorados desvinculados del resto del mundo árabe.

En un cuarto momento intervino el debilitamiento de la Intifada palestina. Si en el curso de los años 1987-1990 esta forma de lucha contra el ocupante militar israelita había comenzado a rendir sus frutos, dando al pueblo palestino confianza en sí mismo, erosionando la arrogancia israelita y apelando a la conciencia universal, el bloqueo económico y financiero de los ghettos palestinos, puesto en marcha por los Estados Unidos, sus aliados europeos y sus servidores del Golfo, llegó finalmente a debilitar seriamente la intensidad de la Intifada. El ascenso del Islam político, paralelo al debilitamiento de la Intifada, sustituyó progresivamente la resistencia real y eficaz por la ilusión de un repliegue sobre lo imaginario-religioso.

Concertados en estas condiciones, los acuerdos en cuestión han sido dictados por una coyuntura marcada por un desequilibrio total, dejando en manos de Israel cien por ciento de las cartas y nada en las de los palestinos y de los árabes. Se puede decir, con toda certeza, que en estas condiciones no había otra opción, sino la capitulación incondicional, como sucede después de una derrota total. Pero la capitulación incondicional anima casi siempre al vencedor a no otorgar ninguna concesión, a perder de vista la perspectiva a largo plazo, para creer que el desequilibrio en su favor se perpetuará necesariamente de manera indefinida. En estas circunstancias, el proyecto de reglamento concebido no consideraría sino la transformación de

la Palestina ocupada en un "Bantustán", a imagen de los acuerdos que el régimen del *apartheid* había concebido para regular la "cuestión negra" en África del Sur.

Una lectura cuidadosa de los acuerdos y de sus anexos confirma, en efecto, el objetivo israelí. "La administración" de los territorios palestinos no está inscrita en la perspectiva de la construcción de un Estado; ésta queda bajo la estrecha tutela de Israel, de la cual tal administración solamente permite aligerar el costo de la dominación, asociando a ésta una policía indígena, es decir, palestina.

Lo cierto es que la historia nunca tiene final. La autonomía actual de Gaza y Jericó, y quizá mañana de la mayor parte de los territorios ocupados —por limitada que sea al principio— constituye solamente el nuevo marco en el que se desarrollará el combate del pueblo palestino por un verdadero reconocimiento de sus derechos, como en el futuro pueden serlo los acuerdos de paz con sus vecinos (Siria, Líbano, Jordania), marco cuya evolución permitirá llegar a un ajuste correcto de las relaciones entre Israel y el mundo árabe.

La verdadera interpretación de los acuerdos internacionales depende siempre de las correlaciones de fuerzas entre las partes y de la evolución de las mismas. Los acuerdos de agosto de 1993 no son la excepción. Lo que yo llamo su puesta en marcha honesta y seria implica que la parte israelí acepte hacer las concesiones que la paz de los pueblos exige, y esto en las cuatro direcciones siguientes:

En primer lugar, que permita la construcción de un Estado palestino (y no solamente de una administración propia) en el conjunto de los territorios ocupados, incluido Jerusalén oriental. Esto implica que se encuentre una solución aceptable para el problema de la implantación de colonias israelitas en estos territorios desde

1967. El reconocimiento de ese Estado palestino es la condición a partir de la cual se puede entonces vislumbrar la institucionalización de sus relaciones con Israel: separación completa, aunque ésta estuviera asociada a garantías internacionales, confederación económica e incluso política; inserción en el sistema de un Medio Oriente renovado, etcétera.

En segundo término, que se permita el reconocimiento del derecho de los palestinos a retornar a su patria, un derecho que no es mencionado en los acuerdos de agosto de 1993.

En tercer término, que se permita la construcción de una economía palestina capaz de asegurar un mínimo de vida normal a los habitantes de los territorios que la constituyen. Con esto no entiendo, por supuesto, ni una economía nacional autóctona sólida, ni menos aún una socialista, por ejemplo; sino sólo un conjunto mínimo de actividades susceptibles de asegurar ingresos a los palestinos y recursos financieros a su Estado. La infraestructura de dichas actividades, que existía antes de 1967, ha sido sistemáticamente desmantelada por la ocupación, precisamente con la perspectiva de constreñir a los palestinos al hambre y al "destierro voluntario" y de *bantunizar* a la miserable población restante.

Parece ser que las potencias occidentales están dispuestas ahora a otorgar importantes fondos en favor de la reconstrucción palestina. Sin embargo, la estrecha tutela bajo la cual los acuerdos concertados colocan a "la administración" de la OLP deja a Israel la posibilidad de disponer de estos fondos a su antojo. Habiendo ya acaparado los recursos hidráulicos del país y despojado a sus habitantes, Israel puede entonces restringir el uso de estos medios a la puesta en marcha de la *bantunización* prevista.

La administración palestina —aunque ésta fuera electa— puede también, en totalidad o en parte, entrar en este juego. Los temores de que la dirección oportunista de esta administración se apropie de tales fondos para usos personales y políticos, asegurando así la gestión del país por medio del clientelismo que financiaría, no carecen de fundamento. Aquí también el modelo de la *bantunización*, donde estas prácticas son corrientes, viene inmediatamente a la mente. ¿Una vez más Occidente se haría cómplice de este proyecto, a pesar de su discurso sobre la "democracia"?

En cuarto término, que se permita la consolidación del acuerdo sobre Palestina por medio de la extensión de la paz a los estados vecinos, lo que implica la restitución del Golán a Siria, condición *sine qua non* de un acuerdo de paz con ese país, así como la evacuación del Líbano meridional ocupado por los ejércitos de Israel y por sus agentes directos, y la renuncia a la continua intervención en los asuntos libaneses.

La puesta en marcha de los acuerdos, desde esta perspectiva honesta y seria, no está de antemano ganada; lejos de ello, ésta implica un combate sistemático de todas las fuerzas democráticas en Palestina, en el Líbano, en Siria, en Jordania, en Egipto y en Israel; implica un apoyo real a este combate por medio de la opinión occidental. La responsabilidad de Europa, que se ha dejado marginar por los Estados Unidos en esta región del mundo —como en otras regiones— e incluso ha contribuido activamente a instalar el poder militar de Washington en el Golfo, es aquí particularmente grande.

El combate por una solución justa al problema palestino no se ha perdido. Por el contrario, elementos favorables al desplie-

gue de fuerzas democráticas en Palestina, en Israel y en la región árabe están, tal vez, en vías de conjuntarse por primera vez.

Israel ha perdido una de sus mayores funciones al servicio del sistema imperialista. Cabeza de puente militar, Israel, siempre presto a intervenir contra el nacionalismo árabe, era tanto más útil cuanto que la alianza árabe-soviética reforzaba los riesgos —para Occidente— de una radicalización árabe. Actualmente, la URSS ya no existe, y los regímenes árabes, todos avasallados o en vías de serlo, están abiertos a la expansión del capital dominante. Una parte del *establishment* israelí, agrupado atrás de Shimon Peres, ha comprendido perfectamente que el momento presente era el mejor posible para que Israel impusiera "su paz" y que las condiciones óptimas que se encuentran conjuntadas actualmente no lo serán necesariamente mañana.

Sin embargo, ese "salto hacia lo desconocido", ya que el sionismo se ha nutrido del temor al enemigo árabe, comporta sus ventajas para las fuerzas democráticas que anhelan una solución justa al problema. Una dialéctica de la paz puede tener repercusiones profundas sobre la sociedad israelí, reforzar las tendencias y hacer comprender que el futuro de este país exige su integración a la región. El *establishment* sionista extremista ha comprendido también los "peligros" de esta paz, a pesar de las garantías que los acuerdos de agosto de 1993 ofrecen a Israel.

Israel buscará, pues, compensar esta función militar perdida por medio de nuevas funciones militares, que podría llevar a cabo en el seno del sistema imperialista estadounidense, regional y avasallador, que todas las fuerzas conservadoras y reaccionarias árabes apoyan en forma incondicional.

artículos

Me viene a la mente el proyecto del "mercado común del Medio Oriente" que se perfila detrás de la paz israelí-árabe. La proposición está fundada en la fragmentación del mundo árabe en tres regiones: el Maghreb, unido al tren de vida europeo (sin perspectivas reales de integración a una construcción europea, fragilizada por la evolución de los últimos años); la región petrolera del Golfo, sometida al protectorado militar estadounidense; y, finalmente, un pequeño Medio Oriente reducido a seis socios (Israel, Palestina, Jordania, Líbano, Siria y Egipto). La región ha sido tallada a la medida para permitir a Israel cumplir, de manera óptima, las funciones de relevo principal del capital dominante.

Pero aquí también señalaré que el desafío que enfrentan las fuerzas democráticas en la región debe ser visto con lucidez y puede ser encarado con éxito. El proyecto será probablemente puesto en marcha, se le desee o se le condene, en principio; que la *bantunización* de Palestina se imponga o que su rechazo conduzca a un Estado palestino. El mercado común regional constituirá, entonces, el marco en el que las batallas políticas y sociales democráticas y progresistas por venir deberán ser libradas.

El "mercado común" no constituye, por otra parte, una fórmula exclusiva y definida de antemano. Su configuración, su estructura, las políticas que excluirá y las que permitirá dependerán de la suerte de estas batallas, para las cuales es preciso prepararse desde ahora. Dichas batallas no se han perdido de antemano, ni mucho menos, puesto que la realidad económico-social que representa Israel es en sí misma frágil y vulnerable. Aún resta por verse si estará en condiciones de cumplir con las funciones que a sí mismo se asigna o que le asignan.

samir amín

Es, sin duda, justo y útil desenmascarar los objetivos del proyecto, tal como sus promotores estadounidenses los han concebido: las funciones particulares de Israel en este marco (funciones en el fondo bastante mediocres: de intermediario financiero y comercial que dicho país disputará al Líbano y a la Palestina si ésta supera la bantunización; el papel poco honorable de socio subalterno que facilite tanto la penetración occidental como la israelí —que ciertas direcciones del movimiento palestino podrían pensar en asignarse a sí mismas—; la mediocridad de las perspectivas sociales del proyecto para Egipto y Siria; etcétera.

Sin embargo, aún no existe ninguna certeza de que los promotores del proyec-

to consigan cada uno de estos objetivos. La dialéctica de las luchas democráticas y progresistas en la región podrían orientar la evolución de las mismas en direcciones que no sean de la conveniencia de las fuerzas reaccionarias que desde los Estados Unidos hasta el mundo árabe, pasando por Israel, ocupan actualmente la escena de los poderes allí instalados.

NOTAS

- ¹ Organización para la Liberación de Palestina.
² Se refieren a la reducción del pueblo palestino a una situación miserable similar a la de los bantús, conjunto de los pueblos de África sud-ecuatorial, perteneciente a la misma familia lingüística, pero de tipos étnicos muy variados.

CUADERNOS AMERICANOS 48

NUEVA ÉPOCA ♦ AÑO VIII ♦ VOLUMEN 6 ♦ NÚMERO 48 ♦ NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1994

HOMENAJE A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI (1894-1930)

Textos de Pablo González Casanova □ Leopoldo Zea □ Javier Mariátegui Chiappe □ Ricardo Melgar Bao □ José Antonio Matesanz □ Gabriel Vargas Lozano □ Liliana Irene Weinberg □ José Luis Gómez-Martínez □ Mónica E. Scarano □ Eugenia Revueltas □ Françoise Peris □ Aralia López González □ Diony Durán □ Aymar de Llano □ José Luis González Martínez □ Sergio Raúl Arroyo García □ DESDE EL MIRADOR DE CUADERNOS AMERICANOS □ Irene Zea Prado □ Edgar Llinás □ Mario Contreras □ Ángel Cerutti y Daniel Lvovich □ Napoleón Fuentes □ Lorenzo Ochoa

• Suscripción por año (seis números): México: \$ 105 ■ Otros países: US \$125 Dlls.

• Redacción y administración: Segundo Piso, Torre I de Humanidades, Ciudad Universitaria; 04510 México, D.F. ■ Teléfono 622 19 02; fax 616 25 15 ■ Giros: Apartado Postal 965; México 1, D.F.

POBREZA, DESEMPLEO Y NARCOTRÁFICO EN AMÉRICA LATINA*

adalberto santana

Se reconoce que América Latina y el Caribe constituyen una región rica y exuberante por su diversidad cultural y geográfica. Sin embargo, en lo social esa diversidad es dramática y llena de marcados contrastes.

En América Latina y el Caribe se puede constatar que, en lo social, las desigualdades que se viven son demasiado complejas. En un estudio dado a conocer por la Organización de Estados Americanos se señalaba que esos graves problemas de desigualdad social se estaban profundizando. Según estimaciones vertidas por la misma OEA, se apunta que, después de una década de políticas neoliberales, "el número de pobres en Latinoamérica pasó de unos 120 millones de personas —33 por ciento de la población de la zona en 1980— a 270 millones en 1990, que constituyó 62 por ciento del total de los habitantes".¹

Existen, por tanto, condiciones en extremo desiguales que muestran, según la

* Ponencia presentada en la Cátedra Latinoamericana, que con el tema "Integración y desintegración de América Latina" se realizó en la Universidad de Guadalajara los días 26 y 27 de mayo de 1994.

Adalberto Santana. Profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Miembro del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos.

adalberto santana

Es evidente que los elevados índices de la tasa de desempleo que se observan en América Latina, además de producir mayor empobrecimiento de la mayoría de la población, con fuertes impactos en salud, vivienda y educación, también condicionan la relativa estabilidad política y social. Aunado a esto, el incremento del desempleo propicia que en nuestros países se eleve sustancialmente el constante flujo de migrantes hacia polos de gran desarrollo. Sin duda, en el caso latinoamericano el punto de mayor atracción de mano de obra son los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero si bien el desempleo es un fenómeno crónico de los países latinoamericanos, es también un fuerte problema para las economías del llamado Primer Mundo. Tan sólo en los Estados Unidos, el desempleo llegó en 1993 a 6,1 por ciento, porcentaje inferior al de 1992, pero más elevado que el reconocido durante la segunda mitad de la década de los ochenta. Canadá cuenta actualmente con uno de los niveles más altos de desempleo de su historia. Se afirma que en ese país el porcentaje llegó en 1993 a 11,1 por ciento. Al analizar tal situación, se comenta que el descontento generalizado por la falta de fuentes de empleo fue una de las causas por las que "en las pasadas elecciones generales de octubre, el Partido Conservador, que estaba en el poder, fuera derrotado".⁷

Es reconocido que el desempleo es uno de los fenómenos más graves en la historia del capitalismo contemporáneo. Sin embargo, se dice que, por la misma lógica de la modernización de la economía, el reto al que se enfrenta la llamada economía de libre mercado no es generar más empleos, sino incrementar y obtener mayor productividad de los trabajadores.

Tal tendencia se ha manifestado al "concluir" la etapa de la guerra fría.⁸ Si,

por una parte, se reconoce que el bloque socialista dejó de representar una amenaza, por la otra se sigue sosteniendo tal peligro frente a otros elementos que puedan atentar contra la seguridad nacional estadounidense, figurando entre ellos el flujo de inmigrantes ilegales latinoamericanos y el narcotráfico. Así, la crisis del desempleo ha alcanzado una dinámica bastante diferente de la que se desarrolló después de la Gran Depresión de los años treinta. En aquellos momentos en Europa y en los Estados Unidos se logró abrir numerosas fuentes de trabajo, en virtud de la imperiosa urgencia de la reconstrucción, la explosión industrial y la escasa mano de obra. Por el contrario, en nuestros días la dinámica de la recuperación no está creando más empleos. El desarrollo técnico-científico, que va acelerando la producción industrial y la extensión de los servicios, ha significado, por su proceso intrínseco de modernización, un impacto tremendo en el empleo de personal manual y administrativo, rubros en los que se ubica la mayoría de los asalariados.

A esta situación se suma la explosión demográfica. Todo esto, llevado a nuestras economías, muestra el nivel que alcanza el desempleo y el grado de pobreza en América Latina. Por esa situación se afirma:

...aunque la economía regional dejó de crecer en la década de los ochenta, la población del área aumentó de 362 millones de habitantes en 1980 a 426 millones en 1990. Tanto la recesión como las modificaciones en el sistema de empleo, el deterioro del salario real y las restricciones del gasto público incidieron en el aumento de la pobreza extrema, sobre todo en las zonas urbanas.⁹

La competencia por incorporarse al mercado de trabajo se hace más aguda y

contradictoria. Por una parte, se incrementa contradictoriamente el número de personas en edad de trabajar, y, por la otra, se expresa una reducción del empleo, agravada por mayor exigencia de calificación, máxime cuando la necesidad de incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo contribuye, por la misma dinámica de la modernización económica, a crear expectativas de más ingresos para el ámbito familiar. Toda esta situación manifiesta que la competencia por el empleo deteriora aún más el salario, de lo cual, sin duda, sale beneficiado el capital.

En este contexto, y desde una percepción más ligada al papel estratégico que ha tenido la región en la historia mundial, los países latinoamericanos han estado identificados por las grandes potencias occidentales como fuente esencial de aprovisionamiento de mano de obra barata, materias primas y como mercado consumidor en relativa expansión para sus productos.¹⁰ Sin embargo, para los intereses vitales de los Estados Unidos y de otras potencias del orbe, la preocupación fundamental hacia América Latina sigue naciendo de la fragilidad de la situación política, social y económica de nuestros países. Los rasgos que hemos señalado anteriormente respecto al nivel de desempleo y grado de pobreza pueden ser considerados como detonantes frente a la fragilidad de la paz en la región, tal como ha acontecido con las sublevaciones campesinas en Paraguay y Bolivia, el estallido social de noviembre de 1993 en la provincia argentina de Santiago del Estero y, posteriormente, la insurrección indígena en la selva y montañas del estado mexicano de Chiapas, suceso este último que se inició en las primeras horas de 1994, cuando entró en vigor el Tratado de Libre Comercio entre México, los Estados Unidos y Canadá.¹¹

Por otro lado, se sostiene que hoy en día se están levantando nuevos muros de Berlín, unos flotantes y otros terrestres, como medidas de interdicción contra indocumentados haitianos, mexicanos y latinoamericanos. Se ha cuestionado en el caso de la frontera mexicana en el norte la instalación de un muro de acero.¹² La Casa Blanca intenta frenar el flujo constante e incrementado de indocumentados latinoamericanos al establecer nuevas medidas antiinmigratorias. Dentro de las campañas racistas contra los indocumentados de origen latinoamericano, se habla de suspender los servicios a inmigrantes. Asimismo, se argumenta que uno de los objetivos de esa campaña es anular la ciudadanía estadounidense a los hijos de inmigrantes.¹³ El propio gobernador de California, Pete Wilson, "señaló que se ha pedido al Congreso que cancele todos los beneficios que reciben esos inmigrantes, como los de salud, educación y la ciudadanía a sus hijos nacidos en este país".¹⁴ Tan sólo en 1993 el gobierno estadounidense puso en marcha la Operación Bloqueo. Desde la perspectiva norteamericana del Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN), el problema de los inmigrantes ilegales se considera tema de seguridad nacional, por lo que es de prever que la sobrevigilancia en la frontera sur de los Estados Unidos, no sólo no disminuirá, sino que se incrementará. Para los próximos dos años, el gobierno estadounidense asignará 540,5 millones de dólares para frenar ese flujo. La Patrulla Fronteriza en Texas y California contará con nuevos agentes para patrullar los 3 mil kilómetros de la frontera México-Estados Unidos; con ello sumarán un total de 4 462 efectivos policiales, número que será indudablemente insuficiente para frenar el gran torrente de indocumentados latinoamericanos que siguen siendo alentados por los mismos

grados y niveles de desigualdad social que se viven en sus países.

Al creciente número de ilegales latinoamericanos en el territorio norteamericano se sumará el alto número de personas de origen latinoamericano que reside desde hace tiempo en él. "Según la Oficina del Censo de los Estados Unidos, la población hispana legalmente establecida sobrepasa los 20 millones, mientras que se calcula entre 3 y 6 millones de personas el número de inmigrantes ilegales procedentes de los países latinoamericanos".¹⁵ Tal cantidad resulta para las esferas de poder estadounidenses un grave problema, particularmente en un momento en el que las minorías residentes tienen cada vez mayor capacidad de incidir en la elección de un nuevo gobierno. Esta situación para la concepción de la seguridad nacional estadounidense manifiesta la tendencia de un grave riesgo para la sociedad puritana anglosajona. Así, por ejemplo, se han incrementado las campañas contra los inmigrantes hispanos, sobre todo en California.

Es evidente que la propia situación de desempleo, pobreza extrema y explosión demográfica en América Latina incide en diversos aspectos dentro de la relación de los países latinoamericanos con sus vecinos del norte. De ahí que sea en los asuntos sobre el creciente flujo de indocumentados latinoamericanos y el narcotráfico donde se han proyectado los mayores roces de la relación diplomática en los últimos tiempos.

En este sentido, el tema del tráfico de drogas y las campañas mundiales de interdicción son un problema que supera con mucho las esferas de cualquier interés nacional. En la relación Estados Unidos-América Latina, y particularmente en las economías latinoamericanas, el fenómeno del narcotráfico reviste características

muy complejas. Buena parte de los países latinoamericanos afectados por el flagelo del tráfico de drogas y del combate al mismo se ve involucrada en el debate entre dos necesidades contradictorias. Por un lado, los gobiernos latinoamericanos están empeñados en demostrar que sus esfuerzos de interdicción son exitosos (lo cual requiere minimizar la magnitud del problema). Y por el otro, tienen que aprovechar el hecho de que en la actualidad los esfuerzos antinarcóticos atraen recursos financieros, lo cual exige magnificar el problema. Así, a mayores problemas, mayor necesidad de recursos.¹⁶

Desde 1985 hasta 1994, se considera que el problema internacional más destacado ha sido el del narcotráfico. Incluso se ha afirmado que la llamada "narcoeconomía es parte inseparable de la economía mundial, y, al controlar recursos, los narcotraficantes controlan el destino político de las naciones".¹⁷ Durante buena parte de la década de los ochenta, el gobierno estadounidense —principalmente las administraciones de Reagan y Bush— en su estrategia antinarcóticos reiteró como punto medular del problema el asunto de la oferta y no el de la demanda. De esta forma, parecería que el peso del problema tendría que recaer en los países productores latinoamericanos, naciones que frente a las mismas condiciones de agravamiento de pobreza extrema y desempleo se han enfrentado al hecho real de que determinados sectores de la sociedad han acudido a esa producción y tráfico ilegales como una vía extremadamente rápida de acumulación de capital, fenómeno que sin duda se alienta todavía más por las grandes expectativas de ganancia que genera la sociedad de consumo. Hoy en día, en el mercado internacional existe y se desarrolla una subcultura del narcotráfico que ha valorizado tal actividad. Es-

to quiere decir que, en una sociedad como las de los países industrializados del norte, donde prevalece un gran espíritu consumista, existen y se perpetúan condiciones económicas para hacer de este negocio una empresa altamente rentable, lo que se complementa con ser ilegal y libre de toda tributación. Es de tal magnitud el peso económico de esa empresa ilegal, en relación con el empleo, que se ha llegado a afirmar:

Nadie sabe cuántas personas están trabajando para la droga en los Estados Unidos. Para toda la economía subterránea, hay una estimación de Gutmann de 20 millones de personas, o sea, aproximadamente una cuarta parte de la mano de obra en los Estados Unidos. De éstos, trabajarían 16 millones en actividades suplementarias y 4 millones sin tener otro empleo.¹⁸

De ahí que se reconozca que la narcoeconomía genera empleos en todos los niveles de la cadena, desde la siembra hasta el consumo. Esta situación, que no está nada alejada de la realidad, también es un hecho palpable en América Latina, lo que hace pensar en el peso que tiene el paradigma de la narcoeconomía en la región, ya sea en los sectores marginados (donde abunda el desempleo y la pobreza extrema), como en determinados grupos de poder que por medio del ejercicio de esa actividad ilícita incrementan ese mismo poder en lo económico y en lo político.

El principal mercado mundial de drogas ilegales, el estadounidense, tiene sus principales fuentes de abastecimiento en los países de América Latina. El mismo Departamento de Estado certificó que, durante 1993, 60 por ciento de la marihuana y 20 por ciento de la heroína que se consumen en ese país procedían de México;

en Perú se produjo 56 por ciento de la coca existente en el planeta; en Bolivia se alcanzó una producción de ese mismo cultivo cercano a 47 mil 200 hectáreas; diversas naciones del Caribe se mantuvieron como puntos claves de transbordo de los embarques de drogas de Sudamérica a los Estados Unidos, destacando dentro de ellas Haití, país sobre el cual constantemente se ha reiterado, incluso por el Departamento de Justicia estadounidense, la supuesta complicidad de los militares en el poder con los grupos de narcotraficantes colombianos. Paradójicamente, en el combate a las drogas es donde la relación Washington-La Habana tiene su mejor colaboración. Señala el mismo Departamento de Estado que se han fortalecido como puntos destacados del llamado *lavado de dinero* Panamá, Venezuela, Nicaragua y Costa Rica. Incluso en el caso de Panamá, en 1991, los Estados Unidos firmaron con ese país el Tratado de Asistencia Legal Mutua (TALM) para combatir el *lavado de dinero* y el narcotráfico, tratado que aún falta ratificar por el gobierno estadounidense. Se ha afirmado que en el caso de Panamá, después de la invasión estadounidense de 1989: "El lavado de dinero creció enormemente y eso incluso se refleja en la configuración física de la ciudad. Se han construido rascacielos a granel, lo que es una expresión del sistema de *lavado de narcodólares*".¹⁹

En el caso mexicano también ha sido reiterado el tema del *lavado de dinero*. A principios de mayo de 1994, la Procuraduría General de la República llegó a admitir que en los estados fronterizos con los Estados Unidos, Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León, "se investiga a empresarios que presuntamente lavan dinero en la industria de la construcción, agencias de viajes, bienes raíces, exportaciones y transportes de carga".²⁰ La región fronteriza

del norte de México (Tijuana, Ciudad Juárez y Matamoros) se ha convertido en un escenario de guerra entre las bandas de narcotraficantes por la disputa del control del mercado de drogas, disputa cuyo paradigma en América Latina ha sido la guerra entre las bandas de narcotraficantes de Medellín y Cali.²¹

Toda esta situación nos hace ver el peso de la llamada narcoeconomía latinoamericana. Es evidente que la tremenda y rápida acumulación de capital que genera el fenómeno del narcotráfico, y que se fortalece como gran paradigma en los sectores marginados, fenómeno que sin duda genera grandes expectativas en diversos segmentos de la sociedad, evidentemente causa mayor impacto en aquellos sectores que carecen de otra posibilidad de obtener ingresos. En torno a las grandes expectativas que sobre el empleo genera la narcoeconomía, se ha llegado a sostener:

Para el caso de Colombia, se estima que entre 1979 y 1988 los narcotraficantes colombianos invirtieron cerca de 5 mil 500 millones de dólares en la compra de las mejores tierras. Por eso se estima que la acumulación de ellas en manos de narcotraficantes es el resultado de la fuerte inyección de capitales ligados al lucrativo negocio y a las condiciones de marginación y pobreza del campesinado. Elemento este último que va ligado estrechamente a la generación de empleos, que si bien abarcan todos los niveles de la cadena, desde la producción hasta el consumo, es en la agricultura donde amplía su incorporación de la fuerza de trabajo. Se estima que la *narcoeconomía*, sin contarse con cifras exactas, emplea en Bolivia de 600 a 700 mil personas; en Perú, 900 mil; en Colombia, 250 mil; y en México, 300 mil.²²

Esta situación, de una u otra manera, nos lleva a ubicar nuevos aspectos de la relación entre pobreza, desempleo y narcotráfico, que con grave riesgo comienzan a tomar una dinámica bastante compleja en la sociedad latinoamericana. De igual forma, el fenómeno del desempleo en América Latina nos muestra el hecho de que, pese a que se derrumbó el muro de Berlín, de nueva cuenta se levanta otro, precisamente allí donde cruzan miles de indocumentados latinoamericanos y buena parte de las drogas ilegales que consumen regularmente más de treinta millones de estadounidenses.

En este sentido, se puede decir que el desempleo, la pobreza extrema y el narcotráfico representan el fantasma de nuestro tiempo. Son una amenaza latente contra esa frágil estabilidad política y social de la región y del mundo.

De ahí que el crecimiento desmesurado de la pobreza y el desempleo en América Latina, así como del correspondiente fenómeno del narcotráfico, son elementos que inciden gravemente en la desintegración de la región. Por el contrario, hoy en día el combate a la pobreza extrema y al desempleo, sobre todo con proyectos y propuestas de alternativa, son elementos que ayudan a minar las bases sociales y económicas del narcotráfico. Sin duda con ello también se construye una mejor alternativa para el proceso de la integración latinoamericana.

NOTAS

¹ *Uno Más Uno*, México, 8 de febrero de 1994, p. 20.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Novedades*, México, 4 de marzo de 1994, sección de Finanzas, p. B-1.

⁵ *Uno Más Uno*, México, 6 de mayo de 1994, p. 22.

⁶ *Novedades*, op. cit., p. B-4.

⁷ María Gallo, "La economía mundial vive la peor crisis laboral de la postguerra; problema de ricos y pobres", en *El Financiero*, México, 19 de marzo de 1994, p. 28.

⁸ Sin embargo, la llamada *guerra fría* para el caso de América Latina y otras regiones del Tercer Mundo no ha concluido. La política de intimidación se ha prolongado, particularmente contra Corea del Norte y Cuba. En la región se hace más que evidente con el bloqueo impuesto desde hace más de 30 años contra la mayor isla de las Antillas. Hoy en día la situación internacional pone de manifiesto —después del derrumbe de los gobiernos socialistas en Europa Oriental, de la intervención militar estadounidense en Panamá en 1989 y tras la victoria norteamericana en el Golfo Pérsico— que en el aspecto político-militar los Estados Unidos son la principal potencia del mundo, con lo que se ha logrado reafirmar la hegemonía militar mundial en manos de Washington. La actual coyuntura mundial muestra que existe una correlación internacional de fuerzas favorable a los intereses económicos de las grandes potencias (Estados Unidos, Japón y Alemania). Máxime cuando el llamado *nuevo orden mundial* perfila con más vigor que la estrategia de esas potencias es fortalecer su poderío geoeconómico.

⁹ Lucrecia Lozano, "Ajuste y democracia en América latina", en *Cátedra de América Latina. Iberoamérica 500 años después. Identidad e integración*, México, Cuadernos de Cuadernos / UNAM, 1993, p. 159.

¹⁰ Tan sólo pensemos que en un área latinoamericana como la llamada Cuenca del Caribe, zona vital para los Estados Unidos, circula la mayor parte de sus importaciones de petróleo y es el tránsito obligado del comercio estadounidense hacia el sur y desde el canal de Panamá. Desde el punto de vista militar, es también la zona de un conjunto de actividades militares y de inteligencia vinculadas a la política global de los Estados Unidos. En esa área se ubican puntos estratégicos para la seguridad militar estadouni-

dense: la base militar de Guantánamo (Cuba), la de Palmerola (Honduras) y la sede del Comando Sur (zona del canal de Panamá). Desde la perspectiva política, América Latina y el Caribe siguen siendo su área "natural de influencia".

¹¹ El propio candidato oficial a la Presidencia de México, Ernesto Zedillo Ponce de León, ha reconocido que "el conflicto armado en la zona de Los Altos tiene como raíz la pobreza y la desigualdad". (*El Día*, México, 7 de mayo de 1994, p. 7.)

¹² Diversos dirigentes políticos mexicanos se han opuesto a esas medidas de interdicción, manifestando que "la instalación del muro de acero en la frontera entre Naco, Sonora, y Naco, Arizona, afecta las relaciones diplomáticas de ambos estados, además de que 'indica' una falta de respeto y confianza para con los mexicanos", en *ibid.*, p. 10.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Uno Más Uno*, México, 6 de mayo de 1994, p. 10.

¹⁵ *El Día*, México, 8 de mayo de 1994, p. 15.

¹⁶ Cfr. Eduardo Crawley, "Tráfico de drogas en América Latina", en *Latin American Newsletters Ltd. / Informe confidencial*, 1, Londres, 1990, p. 5.

¹⁷ "Pierde México la guerra contra el narcotráfico", entrevista a Michel Levine [veterano de las guerras secretas de la Drugs Enforcement Administration (DEA) en Latinoamérica], por Dolia Estévez, en *El Financiero*, México, 14 de mayo de 1994, p. 11.

¹⁸ Nicolás H. Hardinghaus, "Droga y crecimiento económico. El narcotráfico en las cuentas nacionales", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 102, 1989, p. 101.

¹⁹ "Entrevista a Nils Castro", por Carlos Facio, en *El Día*, México, 7 de mayo de 1994, p. 17.

²⁰ Éste es el llamado cártel de Matamoros, al cual, en el momento actual, se le considera por parte de la PGR como uno de los más fuertes en América Latina. Esta organización opera en países como Venezuela, Perú, Argentina, los Estados Unidos, México y Europa. E incluso se afirma que "las pequeñas ramificaciones que tiene el cártel de Matamoros en el norte del país tiene invertidos unos cuatro mil millones de dólares en el comercio y la industria", en *ibid.*, p. 11.

artículos

adalberto santana

²¹ En relación con la disputa de los mercados por las bandas de narcotraficantes en el norte de México, en un reportaje periodístico relativo al tema se comentó: "Entre las características de Tijuana, Ciudad Juárez y Matamoros, para que los cárteles de la droga busquen establecerse en esos lugares, destacan el desarrollo industrial que han impulsado las maquiladoras en esas ciudades, el gran intercambio comercial que se mantiene con las regiones estadounidenses colindan-

tes y el elevado flujo de comercio exterior por la vía terrestre, además del constante incremento de cruces de personas de ambas naciones por los puertos internacionales, y de la gran actividad de la industria de la construcción", en *Uno Más Uno*, México, 23 de mayo de 1994, p. 14.

²² Adalberto Santana, "El fenómeno del narcotráfico en América Latina", en *México Internacional*, núm. 6, México, febrero de 1990, p. 17.

La Jornada EDICIONES



Coediciones con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIIH) de la UNAM

Los derechos políticos como derechos humanos

• Miguel Concha (coordinador)
152 páginas

Tecnología ciudadana para la democracia

• Enrique Calderón y Daniel Cazés
120 páginas

Democracia y política económica alternativa
• Enrique de la Garza Toledo (coordinador)
345 páginas

Elecciones con alternativas
• Jorge Alonso y Jaime Tamayo (coordinadores)
301 páginas

Religión, iglesias y democracia
• Roberto J. Blancarte (coordinador)

La República Mexicana / Modernización y democracia de Aguascalientes a Zacatecas
• Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores)
Tres volúmenes

A la venta en las principales librerías y en Balderas, 68; Centro; 06050 México, D.F. ■ Teléfonos 728 29 84, 728 29 85 y 512 67 84

ILUSIONES Y DESILUSIONES DE LA DEMOCRACIA

gabriel vargas lozano

Iniciamos hoy el coloquio "Ilusiones y desilusiones de la democracia", organizado por la revista *Dialéctica*, de la BUAP. Este coloquio forma parte de una serie de actos que se ha realizado en memoria de uno de los más insignes pensadores revolucionarios de América Latina: José Carlos Mariátegui, a cien años de su nacimiento. Hoy en la tarde se realizará un acto especial en donde se hablará de su obra y de su aportación; aquí sólo quisiera recordar su espíritu universal, abierto y crítico, pero también profundamente arraigado en estas tierras y que guió siempre su intensa reflexión. Ese espíritu es el que impulsa este coloquio.

Nunca como hoy la democracia había ocupado un lugar tan preponderante en grandes extensiones del mundo. Nunca como hoy había representado tantas esperanzas e ilusiones debido al redescubrimiento que han hecho amplias fuerzas sociales de su potencial revolucionario, de su capacidad para hacer posible la representación de los intereses de los sectores más des-

Los días 7, 8 y 9 de diciembre de 1994 se realizó, en el Salón Barroco y en el Paraninfo de la BUAP, el coloquio "Ilusiones y desilusiones de la democracia", organizado por la revista *Dialéctica*, como parte del homenaje nacional a José Carlos Mariátegui. Fue inaugurado por las autoridades de la Universidad y a él asistieron destacadas personalidades, entre las que se encontraban Pablo González Casanova, Sergio de la Peña, Sergio Bagú, Fernando Quesada, Celia Amorós, Angelo Altieri, Pablo Guadarrama y otros.

© *Dialéctica*, núm. 27; primavera de 1995

gabriel vargas lozano

pos de naciones. En otras palabras, en la búsqueda de una inserción en la reordenación global con una cuota de independencia y de soberanía, palabras hoy deterioradas por quienes apuestan a la globalización como sinónimo de dependencia, pero no menos válidas para quienes no estamos a favor de esta identificación.

Pero a lo anterior habría que agregar un tercer elemento que ha puesto la democracia en el centro del debate político: el derrumbe del llamado socialismo realmente existente. Este derrumbe puso de manifiesto la necesidad de una democracia política, la necesidad de preservar la identidad entre socialismo y democracia, y la necesidad de realizar toda una depuración y refundamentación del paradigma crítico, para incorporar en él la defensa del Estado de derecho y el respeto a las libertades esenciales del hombre.

Finalmente, la democracia cobra centralidad como uno de los grandes mitos de este fin de siglo, por la necesidad de reconocer los derechos de las mujeres a la igualdad y la diferencia, los derechos de los indígenas que sacudieron nuestras conciencias con la rebelión de Chiapas, los derechos de todas las razas a poder convivir pacíficamente y el reconocimiento de la complejidad y heterogeneidad de los sujetos en su diversidad y multiplicidad. Todo ello nos revela que, a pesar de su aparente simplicidad, el concepto de democracia es polisémico y que, cuando lo encontramos a cada paso, lo más probable es que no estemos pensando en lo mismo: para algunos será la democracia de élites, la democracia de mercado, la democracia procedimental, el pluralismo democrático; y, para otros, la autonomía democrática, la democracia participativa o la democracia radical. Se impone, entonces, una precisión de sentido, una distinción tajante entre una mascarada de

143

democracia y una auténtica democracia. Una reflexión sobre sus alcances y potencialidades, pero también sobre sus límites y debilidades.

Pero la democracia asimismo ha generado desesperanza y desilusiones. Esta desesperanza proviene, en los países desarrollados, de que, habiendo ya logrado una democracia compleja, han comprobado límites, como los que nos reveló Bobbio en su libro *El futuro de la democracia*: la influencia de los medios masivos de comunicación, especialmente electrónicos, en la conformación de una opinión mediante técnicas mercantiles subliminales; la poderosa influencia de las élites de poder económico, político y militar que operan detrás de las urnas; la apatía y desinterés del ciudadano común al no ver cumplidas sus expectativas; la intervención de los tecnócratas; los *arcana imperii*; el narcotráfico. Eso quiere decir que, a pesar de poder contar con un equilibrio de poderes —como era el sueño de Locke, de Montesquieu o de Stuart Mill—, a pesar de poder contar con reglas del juego claras, allí siguen presentes fenómenos que deforman, que pervierten y que conculcan los procesos democráticos. Lo paradójico del caso es que, en nuestros países latinoamericanos, están presentes todos estos fenómenos negativos, mientras, al propio tiempo, grandes fuerzas sociales buscan arrancar a la estructura de dominación formas democráticas.

En México vivimos una lenta, difícil, larguísima, transición a la democracia. A un país contrastado han correspondido también diversos grados de realización de la democracia. Si tomamos en cuenta la situación en la que vivíamos hasta finales de la década de los sesenta, no hay duda de que hemos avanzado: hay reconocimiento a los partidos de oposición, hay reconstitución de diversos sujetos políticos, hay

una mayor competencia electoral y una serie de medidas que ha generado diversos arreglos políticos, pero nos falta una verdadera democracia que permea a todas las capas sociales, que penetre en todos los partidos políticos (de derecha y de izquierda), que involucre una separación del partido oficial con respecto del Estado, un poder judicial autónomo y un reconocimiento de otras formas de democracia, como las existentes entre los núcleos indígenas. Pero, sobre todo, hace falta una cultura democrática que arraigue en lo profundo de las costumbres y las creencias de los ciudadanos.

Todo lo anterior nos ha llevado al Consejo Editorial de *Dialéctica* a proponer a las autoridades de la Universidad Autónoma de Puebla la realización de este coloquio, que tendrá como cometido reflexionar justamente sobre los tres grandes rubros mencionados: la definición de la democracia desde el punto de vista teórico, la situación de la democracia en América Latina y la situación de la democracia en México. Para ello se ha reunido a un selecto grupo de investigadores del más alto nivel, a quienes agradecemos muy especialmente

haber aceptado nuestra invitación, procedentes de diversas disciplinas, y que encontraran en la BUAP un espacio para el análisis libre, reflexivo y democrático, con el propósito de lograr un mejor conocimiento de un tema fundamental para nuestro mundo y para nuestro país. La Universidad Autónoma de Puebla tiene ya una larga y rica tradición en este tipo de actividades académicas, y se ha ganado ya un lugar que queremos conservar.

Finalmente, queremos agradecer al licenciado José Dóger Corte, rector de esta institución, no sólo la posibilidad de realización de este coloquio, sino el apoyo, sin precedentes, que ha otorgado a nuestra revista y la libertad de la que hemos gozado tanto para su realización como para la organización de actos como éste. Y también al doctor Pablo González Casanova, doctor *Honoris Causa* de esta universidad, así como digno presidente del Comité Nacional para la Conmemoración del Nacimiento de José Carlos Mariátegui, y quien ha dado a *Dialéctica* un apoyo entusiasta que mucho agradecemos.

Puebla, Pue., a 7 de diciembre de 1994

dialéctica

da la bienvenida a todas las colaboraciones que se deseen enviar para su publicación en cualquier sección de la revista. Dichas colaboraciones deberán tener las siguientes características.

Los ensayos no deberán ser mayores de 15 cuartillas. Los artículos, de 8 cuartillas. Las críticas de libros, de 5 cuartillas. Deberán ser escritas a doble espacio. No se publican trabajos de creación literaria.

Todas las colaboraciones serán sometidas a

dictamen de nuestros consejos de asesores Nacional e Internacional.

Deberán ser capturadas en el programa Word Perfect en su versión 5.0 y enviadas en un *diskette* de 3 1/2 pulgadas, junto con tres impresiones en papel, que serán los originales revisados por el autor.

Envíe una breve nota biobibliográfica de cinco renglones y su dirección completa, incluyendo número de fax.

Para las citas, se podrá recurrir a cualquier forma aceptada internacionalmente.

■ NUEVAS
TECNOLOGÍAS Y
EL FUTURO DE
AMÉRICA LATINA
/ RIESGO Y
OPORTUNIDAD
Varios autores

COEDICIÓN
CON LA UNIVERSIDAD
DE LAS NACIONES
UNIDAS



LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS
Y EL FUTURO DE
AMÉRICA LATINA
Riesgo y oportunidad

ILUSIONES Y AGONÍAS
DE LOS NIETOS
(TEÓRICOS)
DE LENIN
CARLOS MAYA
AMBIÉT



ILUSIONES
Y AGONÍAS
DE LOS NIETOS
(TEÓRICOS)
DE LENIN
Carlos Maya
Ambiét

COEDICIÓN
CON LA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE SINALOA



EL MUNDO
EN EL SIGLO XXI
Robert Fossaert



BARTOLOMÉ CLAVERO

Derecho indígena
y cultura constitucional
en América

DERECHO
INDÍGENA
Y CULTURA
CONSTITUCIONAL
EN AMÉRICA
Bartolomé Clavero



MÁS ALLÁ
DEL DERRUMBE
Gabriel Vargas
Lozano

COEDICIÓN
CON LA BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE PUEBLA

NOVEDADES

siglo
veintiuno
editores